

Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

MISERICORDIA

APROXIMACIÓN TEOLÓGICA
Y PASTORAL

157

Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad
Enero-Marzo, 2016

Director: Ángel Galindo García

Consejero delegado: Vicente Altaba Gargallo

Coordinador: Francisco Prat Puigdengolas

Edición: *Cáritas Española*. Editores

Embajadores, 162

28045 Madrid

Tel.: 914 441 000

publicaciones@caritas.es

suscripciones.ssgg@caritas.es

www.caritas.es

Tels.: Suscripción: 914 455 300

Dirección-Redacción: 914 441 019

Fax: 915 934 882

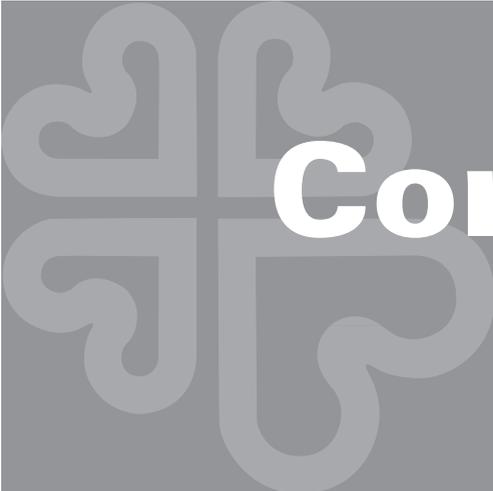
Suscripciones 2016:

España: 33,35 euros.

Europa: 45,50 euros.

América: 74,00 dólares.

Precio de este número: 13,30 euros.



Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

MISERICORDIA

APROXIMACIÓN TEOLÓGICA
Y PASTORAL

Enero-Marzo 2016 / n.º 157

- Director:** Ángel Galindo García
- Consejero delegado:** Vicente Altaba Gargallo
- Coordinador:** Francisco Prat Puigdemgolas
- Consejo de redacción:** José Bullón Hernández
Fernando García Cadiñanos
Juan Manuel Díaz Sánchez
Fernando Fuentes Alcántara
Santiago Madrigal Terrazas
Agustín Domingo Moratalla
Miguel Anxo Pena
Santiago Soro Roca
Antonio Jesús Martín de Lera
- Consejo asesor:** Mons. Luis Antonio Tagle. Cardenal arzobispo de Manila y presidente de Caritas Internationalis
Mons. Elías Yanes. Obispo emérito de Zaragoza
Mons. Fernando Sebastián. Cardenal. Arzobispo emérito de Pamplona
Mons. Atilano Rodríguez. Obispo de Sigüenza-Guadalajara. Miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social (CEPS)
Mons. Mario Toso. Secretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz
D. Eloy Bueno de la Fuente. Profesor de la Facultad de Burgos
D. Luis Ángel de las Heras. Presidente de la Conferencia Española de Religiosos
D. Luis González Carvajal. Profesor emérito de la Universidad de Comillas
D. Pedro Jaramillo Rivas. Misionero en Guatemala
Dña. Soledad Suárez Miguélez. Presidenta de Manos Unidas
D. Eduard Ibáñez Pulido. Presidente Justicia y Paz
D. José Román Flecha. Profesor emérito Universidad Pontificia de Salamanca
D. Manuel Pizarro Moreno. Economista, jurista. Exdiputado por el Partido Popular
D. Carlos García Andoin. Grupo Federal de Cristianos Socialistas (PSOE)
D. Segundo Pérez López. Catedrático del Instituto Teológico Compostelano
D. José Luis Segovia Bernabé. Director del Instituto de Pastoral de Madrid
D. Francisco González de Posada. Expresidente de Cáritas Española. Fundador de *Corintios XIII*
- Redacción de la Revista:** Embajadores, 162. 28045 Madrid. Tel. 914 441 000/019 – Fax 915 934 882 publicaciones@caritas.es

© **Cáritas Española.** Editores

ISSN: 0210-1858

ISBN: 978-84-8440-613-6

Depósito Legal: M. 7206-1997

Preimpresión e impresión: Gráficas Arias Montano, S. A. • www.ariasmontano.com

Los artículos publicados en la revista *Corintios XIII* no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia. La revista *Corintios XIII* no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

Corintios XIII

Índice

Presentación

Ángel Galindo García	5
1. Un Dios entrañable	
Mariela Martínez Higuera	11
2. Jesús, rostro visible del Dios misericordioso	
Carmen Román Martínez	27
3. Dimensión pastoral catequética de la misericordia. La misericordia del señor cada día cantaré y anunciaré su fidelidad por todas las edades	
Juan Luis Martín Barrios	43
4. ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos? Transitando una teología de las migraciones?	
Alberto Ares	69
5. Dios otorga a los pobres su «primera misericordia». El Año jubilar de la misericordia ilumina las claves pastorales del Papa Francisco.	
Mons. Fernando Chica Arellano	85

6. Misericordia con presos y cautivos	
Pedro Fernández Alejo	115
7. Misericordia y Reconciliación	
José-Román Flecha Andrés	149
GRANDES TESTIGOS DE LA CARIDAD	
8. Francisco García Tejero y Mercedes Trullás y Soler. Testigos de la Misericordia en el siglo XIX	
Angelines Ruiz Torres MDC	159

Presentación

Ángel Galindo García

Director

El papa Francisco ha abierto su pontificado diciendo que «el rostro de Dios es el de un Padre misericordioso, que tiene siempre paciencia». Ya los papas anteriores habían hablado de la misericordia de Dios. Juan XXIII indicó el camino mismo del Concilio Vaticano II con estas palabras: «Hoy la Iglesia prefiere usar la medicina de la misericordia más que el de la severidad». Por su parte, Juan Pablo II ha querido dedicar una encíclica a la misericordia divina, *Dives in misericordia*. Y Benedicto XVI ha continuado hablando de ello en su primera encíclica *Deus caritas est*. Es evidente el deseo del papa Francisco de subrayar de forma especial este misterio de la fe cristiana. Por eso ha iniciado el jubileo de la Misericordia, para celebrarse en todas las iglesias diocesanas, comenzando por la de Roma.

Ante la importancia significativa del gran acontecimiento del jubileo de la Misericordia, los responsables de la revista *Corintios XIII* hemos visto conveniente ofrecer a los lectores un comentario tanto de este evento como de la bula *Misericordiae vultus (MV)*, proclamada por el papa Francisco. Firmada el 11 de abril, domingo de pascua de la misericordia y dirigida a «cuantos la lean: con deseo de gracia, misericordia y paz», esta bula está compuesta de 25 números. Es importante recordar, en primer lugar, las fuentes del documento que señalan el horizonte doctrinal y eclesial del mismo:

Se puede decir que los últimos papas y el Concilio Vaticano II, junto con santo Tomás de Aquino, san Agustín y san Juan de la Cruz son las fuentes más significativas (Concilio: DV4; LG 16; GS 15; Juan XXIII, discurso de apertura al Concilio; Pablo VI: clausura del Concilio; Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, 15; 13; Tomás de Aquino *Sum Theo.* II-II q. 30; San Juan de la Cruz *Palabras de luz y de amor* 57; San Agustín, *Enarratio ps 76*; San Beda el Venerable *Hom 21*; Sacramentario gelasiano; Papa Francisco EG, 24; 2).

Asimismo, la temática principal se centra en torno a la teología y a algunos conceptos en relación con la celebración litúrgica que el jubileo lleva consigo. En cuanto a la dimensión teológica, el horizonte más significativo es el siguiente: Jesucristo, rostro de la misericordia del Padre, Misericordia en el AT y Misericordia en el NT, El valor salvífico de la Misericordia, La Trinidad y la misericordia, La misericordia en la Vida de la Iglesia, La iglesia como anuncio y servicio de la misericordia.

De todos modos, es importante delimitar algunos conceptos que definen la misericordia: es palabra, acto, ley, vía. Misericordia, entendida no como debilidad sino como fuerza y omnipotencia: «Es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad... es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro... es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con los ojos sinceros al hermano... es la vía que une a Dios y el hombre» (MVI).

La misericordia, por tanto, como concepto definible y como veremos en este comentario, **es la inclinación a sentir compasión por los que sufren y ofrecerles ayuda.** Referido a Dios, es la cualidad en cuanto Ser perfecto, por la cual perdona los pecados de las personas: **«La misericordia es lo propio de Dios y en ella se manifiesta de forma máxima su omnipotencia»** (*Suma Teológica*, 2-2, q. 30, a. 4). Pero como todo concepto, su etimología no abarca toda su verdadera dimensión **misere** (miseria, necesidad), **cor, cordis** (corazón) e **ia** (hacia y alrededor de los demás), pues un corazón solidario con los necesitados posiciona a la persona en una búsqueda ante el misterio de su propio ser y del Ser trascendente y su interrelación con la casa común y con los demás.

Por otra parte, el tema se enmarca en la acción litúrgica y pastoral de la reconciliación con temas como los siguientes, presentes en todo el documento: *Misericordiosos como el Padre* es el lema del año santo; El signo de la peregrinación y sus etapas; Abrir el corazón a las periferias; Las obras de misericordia; Según el evangelio de Lucas: año de gracia y del Espíritu; La cuaresma; 24 horas para el Señor; Los confesores y la misericordia; Misioneros de la misericordia; Los destinatarios del perdón: criminales, corruptos; Justicia y misericordia; La referencia a la indulgencia; La madre de las misericordias.

La misericordia como el perdón son atributos divinos. Es verdad que la misericordia no es exclusiva al cristianismo, pues se ha dado en diversas culturas y religiones. Pero es evidente que **la misericordia es un atributo divino, genuinamente cristiano, que se desarrolla en la caridad y el perdón**, tal y como indica el Catecismo de la Iglesia católica (n.º 2447): **«Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (Is 58, 6-7; Hb 13, 3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (Mt 25, 31-46)».**

Estas palabras nos sirven para descubrir el horizonte en el que se sitúan los colaboradores de este volumen. Mariela Martínez Higuera, OP, profesora del Seminario Diocesano y del Instituto Superior de CCRR de Málaga, presenta un trabajo con el título *Un Dios entrañable*. El mensaje de la misericordia atraviesa todo el Antiguo Testamento. En el libro del Éxodo, la misericordia aparece vinculada al nombre de Dios en las tres revelaciones de este. Dios se llama misericordia y ese sentimiento de ternura materna se desborda en acciones concretas con los más débiles: los pobres y los pecadores, regalándoles una nueva oportunidad de vida. El acercamiento a dos profetas del siglo de oro de la profecía (VIII a. C.), uno del Norte, Oseas, y otro del Sur, Miqueas, muestran que el verdadero culto, el que Dios quiere, es practicar el derecho y la misericordia, es vivir la relación con Dios y con los hermanos conforme al proyecto de salvación de Dios, en el que tienen un lugar privilegiado los más débiles. Por último, los salmos nos permiten hacer nuestra la experiencia de la misericordia de Dios. Según el momento que estemos atravesando tendrán eco y resonancia en nosotros, los salmos de petición de misericordia por una acción no adecuada al proyecto de Dios, de súplica de misericordia ante una situación de peligro no controlable o de cantar la misericordia de Dios por las acciones salvíficas que Dios ha hecho con nosotros.

Carmen Román Martínez, profesora de la Facultad de Teología de Granada, escribe sobre *Jesús, rostro del Dios misericordioso*. Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre, con esta frase comienza el papa Francisco la bula *Misericordiae Vultus* e invita a iniciar el año de la Misericordia. El Dios bíblico es el Dios de la Misericordia que se conmueve ante el sufrimiento de sus criaturas y hacia ellas dirige su actuación. La misericordia de Dios, que Jesús actualiza, queda reflejada ya al inicio de su ministerio público, con su palabra y su persona. Él es el ungido por el Espíritu de Dios que trae la liberación a los que sufren. Toda su predicación, al igual que sus acciones, son un despliegue de misericordia a favor de todas las personas. A través de sus parábolas, nos enseña que practicar la misericordia consiste

en sentir compasión, hacerse prójimo, salir a buscar lo que estaba perdido. Jesús nos muestra que la misericordia es un itinerario, no tanto geográfico, como un viaje interior al corazón del ser humano y que esta se aprende en el camino del seguimiento. La misión de Jesús es revelar el misterio del amor divino en plenitud. Encontrarse con Jesús es acercarse al Dios clemente y misericordioso.

El profesor, director del secretariado de la subcomisión de la Comisión Episcopal española de Catequesis, Juan Luis Martín Barrios, aporta un trabajo con el título *Dimensión pastoral catequética de la misericordia*. En las siguientes líneas se presenta una reflexión de la dimensión pastoral catequética de la misericordia a través de las palabras misericordia y fidelidad. El autor estructura su reflexión en tres pasos: primero se realiza un acercamiento al significado y contenido de la misericordia; segundo, se analiza el jubileo convocado por el papa Francisco, y en tercer lugar se lleva a cabo una recapitulación de las obras de la misericordia, analizadas desde un punto de vista pastoral y catequético, complementado con una mirada de la misericordia en la vida cotidiana. El artículo finaliza con una conclusión centrada en María como figura e imagen de la Iglesia y en la invocación que el pueblo cristiano hace a María como madre de la misericordia.

Alberto Ares, SJ, Instituto Universitario de Estudios sobre emigraciones (UP Comillas), y delegado del Sector Social de los Jesuitas de España, escribe su trabajo enunciado de forma interrogativa *¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos? Transitando una teología de las migraciones*. La realidad migratoria como *locus theologicus* necesita ser apropiada con mayor intensidad y hondura por la reflexión teológica. El contexto actual de las migraciones a nivel mundial y la invitación que recibimos a redescubrir una mirada misericordia ante esta misma realidad nos plantea cuatro encrucijadas: la encrucijada de la identidad, de la dignidad, de la justicia y de la hospitalidad. ¿Quién es mi familia? ¿Cómo nos ha creado Dios? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos? ¿Con quién comparte la mesa Jesús? Estas cuatro preguntas siguen alentando, retando y cuestionando la manera de acercarnos a la realidad de los migrantes, en nuestro tránsito por una teología de las migraciones.

El artículo de Mons. Fernando Chica Arellano, observador permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, FEDA y PMA), lleva por título *Dios otorga a los pobres su «primera misericordia»*. *El año jubilar de la misericordia ilumina las claves pastorales del papa Francisco*. El artículo nos acerca al magisterio de Francisco a través de *Evangelii gaudium* y *Laudato si*. El autor presenta la continuidad entre el magisterio de Benedicto XVI y del papa Francisco. El texto analiza tres núcleos referenciales para el quehacer pastoral: la alegría de evangelizar, la urgencia de una Iglesia «en la salida» y el riesgo de la exclusión y el descarte, deteniéndose particularmente en la opción por los pobres. El artículo sugiere unas líneas de compromiso que

ayuden al cambio de vida demandado por el Papa, recogiendo su invitación a ser evangelizadores con Espíritu.

Pedro Fernández Alejo, Trinitario, delegado diocesano de Pastoral Penitenciaria, Archidiócesis de Sevilla, nos ofrece un trabajo titulado *Misericordia con presos y cautivos*. El autor presenta el ser y el hacer de la pastoral penitenciaria como una acción eminentemente misionera y evangelizadora de la Iglesia. La pastoral penitenciaria responde a un vivir en comunión con la «Iglesia-misericordia» y la «Iglesia-samaritana», enviada para anunciar la liberación a los cautivos, y a ser también profeta de la misericordia como conciencia crítica ante la Iglesia y la sociedad. El elemento clave de la pastoral penitenciaria no es el ir a la cárcel para «hacer obras de misericordia» con los privados de libertad, como si se tratara de una acción social más de la Iglesia. Se trata más bien de vivir el «principio-misericordia» como expresión del Espíritu de Jesús, que anima un peculiar modo de ser y de estar ante el caído en la prisión. La misericordia actúa como motor que impulsa a esta pastoral a sentirse vinculada a Jesús, participando de sus mismos sentimientos.

El profesor emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca, José-Román Flecha Andrés, escribe sobre *Misericordia y Reconciliación*. El presente artículo gira en torno a la reconciliación como manifestación de la misericordia. El autor comienza recordándonos como la misericordia de Dios florece, de una forma o de otra, en todas las páginas de la Biblia y en muchos escritos cristianos. Las líneas siguientes del artículo se centran en el legado de Juan Pablo II en lo referente a la misericordia, continúa con una pequeña reflexión sobre la misericordia y el perdón y finaliza con un pequeño resumen de la naturaleza y las expectativas que debe suscitar en toda la Iglesia el Año Santo de la Misericordia.

En el capítulo sobre *Testigos de la caridad* es la Hermana Angelines Ruiz Torres MDC quien escribe sobre *Francisco García Tejero y Mercedes Trullás y Solere, testigos de la misericordia en el siglo XIX*.

Por tanto, como el lector podrá observar, el horizonte de la experiencia vivida del jubileo de la Misericordia es inexcusablemente teológico. Es decir, los motivos o la motivación han de ser teológicos. No se trata tanto de ofrecer buena imagen o de ejercitarse física o espiritualmente sino de potenciar el seguimiento del Señor haciéndose a su imagen.

Asimismo, el marco es antropológico. El jubileo es un tiempo para exultar de gozo porque Dios es misericordioso. Es el ser humano en su integridad quien salta de gozo como María al conocer que Dios ha puesto su mirada en ella. El jubileo ha de vivirse por tanto con el cuerpo y con el espíritu, con una vida intensa de relación con la familia, con la creación, con la sociedad con uno mismo.

Se ha de vivir con una antropología eclesial donde la capacidad humana del sacerdocio, la profecía y la realeza se hagan realidad: oración, anuncio y generosidad han de ponerse en funcionamiento en su dimensión vertical y horizontal.

La misericordia se vuelca especialmente en los pobres y excluidos, que son los destinatarios de las palabras del Evangelio y que nos recuerda Francisco: **No a una economía de la exclusión** (cf. *Evangelium Gaudium* 53); **no a la nueva idolatría del dinero** (cf. EG 55); **no a un dinero que gobierna en lugar de servir** (cf. EG 57); **no a la inequidad que genera violencia** (cf. EG 59). Esto significa **la opción preferencial por los pobres del Evangelio y que manifiesta la misericordia de Dios hacia los más débiles, empobrecidos e indefensos**. La falta de misericordia es no reconocer a nuestro prójimo, lo que conlleva un pecado de omisión, pues **es de justicia curar las heridas con aceite y vino, y vendar al necesitado**, tal como hizo el samaritano, pese a sus diferencias religiosas con los judíos. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él (Lc 10:25-37). Jesús concluye de modo imperativo: **«Vete y haz tú lo mismo»**.

I. Un Dios entrañable

Mariela Martínez Higuera, OP

Profesora del Seminario Diocesano y del Instituto de CCRR de Málaga

Resumen

El mensaje de la misericordia atraviesa todo el Antiguo Testamento. En el libro del Éxodo, la misericordia aparece vinculada al nombre de Dios en las tres revelaciones de este. Dios se llama misericordia y ese sentimiento de ternura materna se desborda en acciones concretas con los más débiles: los pobres y los pecadores, regalándoles una nueva oportunidad de vida. El acercamiento a dos profetas del siglo de oro de la profecía (VIII a. C.), uno del Norte, Oseas, y otro del Sur, Miqueas, muestran que el verdadero culto, el que Dios quiere, es practicar el derecho y la misericordia, es vivir la relación con Dios y con los hermanos conforme al proyecto de salvación de Dios, en el que tienen un lugar privilegiado los más débiles. Por último, los salmos nos permiten hacer nuestra la experiencia de la misericordia de Dios. Según el momento que estemos atravesando tendrán eco y resonancia en nosotros, los salmos de petición de misericordia por una acción no adecuada al proyecto de Dios, de súplica de misericordia ante una situación de peligro no controlable o de cantar la misericordia de Dios por las acciones salvíficas que Dios ha hecho con nosotros.

Palabras clave: Misericordia, Antiguo Testamento, Oseas, Miqueas.

Abstract

The message of mercy is present throughout the Old Testament. In the book of Exodus, mercy appears linked to the name of God under his three revelations. God is called mercy, and that feeling of maternal affection overflows in particular actions towards the weakest: the poor and the sinners, giving them a new life opportunity. Getting closer to two prophets of the golden age of prophecy (8th century BC), one from the North, Hosea, and one from the South, Micah, we can see that the true cult, the one God wants, is to practice the law and the mercy, it is to live the relation with God and with brothers and sisters according to God's salvation project, where the weakest are preferential. Lastly, psalms allow us to experience the mercy of God. Depending on our circumstances, psalms will have different echoes on us; like psalms asking for mercy due to an action which is not adequate for God's project, psalms asking for mercy in a situation of danger that cannot be controlled or singing the mercy of God because of the rescuing actions that He has done upon us.

Key words: Mercy, Old Testament, Hosea, Micah.

1. Un año de júbilo

«Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Es por esto que he anunciado un jubileo extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes. El Año Santo se abrirá el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción. Esta fiesta litúrgica indica el modo de obrar de Dios desde los albores de nuestra historia» (M.V. 3). Con estas palabras de la *Misericordiae Vultus*, convocaba el jubileo extraordinario de la misericordia el Papa Francisco.

Aunque la Iglesia ha celebrado a lo largo de su historia diversos jubileos, tanto ordinarios como extraordinarios, hemos de decir que este año jubilar tiene un carácter especial, puesto que el jubileo, por sí mismo, está intrínsecamente relacionado con la misericordia. Los israelitas poseían dos leyes que están en el origen de la institución del Jubileo: la del año sabático (Ex 21, 1-11; Dt 15, 1-18; Lv 25, 1-7) y la del año jubilar (Lv 25, 8-55). En ellas se concedía el perdón de las deudas y la libertad a los esclavos, se daba descanso a la tierra y se recuperaban los bienes perdidos, especialmente la tierra, don de Dios para todos. En definitiva, el objetivo de estas fiestas era reestablecer las relaciones humanas y redistribuir la riqueza según proyecto original de Dios. El jubileo de por sí implicaba la práctica de la misericordia. Celebrar un año jubilar dedicado precisamente a la misericordia hace que este sea especialmente significativo.

2. Acercándonos a las palabras

La palabra misericordia viene de dos términos latinos: *misereor* o lo que es lo mismo, apiadarse de los pobres, los desgraciados, los infelices, y *cor*, corazón. El vocablo viene a significar el sentimiento que nace del corazón hacia la pobreza de otros, cualquiera que sea su índole. De hecho el DRAE lo define como «virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y la miseria ajena». En ese sentido aparece muy vinculada a la compasión. Esta palabra, que viene del griego, tiene que ver con el *pathos*, con el sufrimiento, el dolor y la pasión. Según el DRAE «es el sentimiento de pena, de ternura y de identificación ante los males de alguien». La compasión llevará consigo compartir el sufrimiento, hacerlo propio.

Pero ¿qué vocablos hay en la Biblia tras la palabra castellana misericordia? Analizarlos nos permitirá profundizar en el significado de la misericordia en el AT, y captar la riqueza de matices que tiene este vocablo en los textos bíblicos.

El primero de los términos hebreos con que el AT se refiere a la misericordia es *Hesed*¹ (con todos sus derivados). Si lo traducimos, vemos que tiene gran cantidad de matices: bondad, ternura, gracia, generosidad, amor, misericordia, indulgencia, benevolencia. Generalmente se manifiesta en forma de piedad, de compasión o de perdón, debido a la debilidad del otro, sea pobre o pecador. Tiene como fundamento la fidelidad a un compromiso procedente de vínculos familiares u otros libremente asumidos en otro tipo de relaciones. Por ello, no es tanto un sentimiento cuanto una deliberación. Generalmente se da por parte del superior con el inferior: el marido con la mujer, los padres con los hijos, el soberano con sus súbditos.

Aplicado a Dios, el término implica el ejercicio de una bondad desbordante, fuera del control de la lógica humana. Implica ir más allá de lo merecido por el ser humano según su actuación (Is 43, 1; 44, 22; 48, 20; Is 54, 6; Jr 31, 3).

El segundo de los términos hebreos con que el Antiguo Testamento se refiere a la misericordia es *rahámim*². Con él se designa las «entrañas». Viene del singular *reHem*, que se refiere explícitamente al seno materno. En el mundo bíblico, en las entrañas habitan los sentimientos, por lo que en sentido metafórico se utiliza para expresar un sentimiento íntimo, profundo y amoroso que liga a dos personas por lazos de sangre o de corazón, como a la madre o al padre con su propio hijo (Sal 103, 13; Jer 31, 20) o a un hermano con otro (Gén 43, 30). El sentimiento que brota de allí es espontáneo y está abierto a toda forma de cariño, ternura. Cuando lo requieren las circunstancias, se manifiesta espontáneamente en actos de compasión, de perdón, de amor (Sal 106, 43; Dan 9, 9).

Cuando se refiere a Dios, designa el amor maternal y entrañable a sus hijos, pero este amor desborda sin límites el amor de una madre: *¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré* (Is 49, 15).

En ocasiones ambos términos aparecen juntos con lo que se deja ver tanto el matiz afectivo de cariño y ternura de la misericordia, como el matiz de compromiso ante la debilidad del otro. Podríamos decir que aparece la doble dimensión de la misericordia que va a implicar por un lado una dimensión afectiva, es decir, un sentimiento de dolor ante la debilidad y el sufrimiento de los otros; y por otra, una dimensión efectiva, o la actuación encaminada a remediar dicho dolor (Ex 34, 6; Dt 4, 31; Sal 25, 6; Sal 86, 15; Sal 103, 8; Jer 16, 5; Os 2, 19; Jon 4, 2; Jl 2, 13; Neh 9, 17).

1. H.J. ZOBEL, «Hesed» en H.J. Fabry-H. Ringgren (eds.) (2002): *Grande Lessico del Antico Testamento*, vol. III, Brescia, pp. 57-83.

2. H. SIMIAN-YOFRE, «rh, rahámim, rahûm, rahámänî» en H.J. Fabry-H. Ringgren (eds.) (2002): *Grande Lessico del Antico Testamento*, vol. VIII, Brescia, pp. 351-370.

La Biblia utiliza también otros vocablos en relación con estos y que en ocasiones aparecen junto a ellos: *hānan*³, mostrar gracia, ser clemente, apiadarse (Éx 33, 19; Is 27, 11; 30, 18; Sal 102, 18); *hāmal*⁴, compadecerse, sentir compasión, y por tanto perdonar (al enemigo), dejar con vida (Jer 13, 14; 21, 7); *hūs*⁵, conmoverse, sentir piedad, sentir lástima, hacer un favor, conceder una gracia (Ex 33, 19; Is 13, 18).

Todo este conjunto de vocablos nos ayudaran a acercarnos al significado de la misericordia en la Biblia, tanto cuando se refiere a Dios como cuando se refiere a los seres humanos de unos con respecto a otros. Todos ellos van a implicar la gratuidad de un don no merecido y el regalo de una nueva oportunidad para vivir.

3. El nombre de Dios es misericordia

En la Biblia Dios se va revelando progresivamente. En la mayoría de las ocasiones, lo que encontramos no es fuente de la especulación o de reflexión humana. Ha sido Dios mismo el que ha ido comunicando quién es y cuál es su proyecto de salvación para el ser humano; ha ido desvelando un misterio que nos sorprende, nos sobrecoge y nos interpela.

En el mundo judío el nombre no es una designación arbitraria o estética. El nombre nos dice la identidad o la vocación de aquel que ha sido designado con él. Recordemos entre otros a Abraham (padre de muchos pueblos), Samuel (el nombre de Dios es Él), Pedro (piedra). En el libro del Éxodo, Dios mismo revela quién es comunicando a Moisés su nombre. Lo hace por tres veces⁶. La primera revelación se realiza en el Horeb, tras la huida de Moisés de Egipto. La segunda y tercera tienen lugar en el monte Sinaí después de recorrer el desierto y realizar la Alianza.

3.1. Primera revelación del nombre (Ex 3,13-15)

Moisés había sido educado en la corte del faraón por lo que, aunque era de familia hebrea, no conocía la fe de sus antepasados. Tras haber sido

3. L. ALONSO SCHÖKEL, «Hānan» en L. Alonso Schökel (1994): *Diccionario bíblico hebreo-español*, Estella (Navarra), p. 235.

4. L. ALONSO SCHÖKEL, «Hāmal» en *Diccionario*, p. 262.

5. W. KASPER (2013): *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Maliaño (Cantabria), pp. 51-55.

6. W. KASPER (2013): *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Maliaño (Cantabria), pp. 51-55.

acusado de matar a un egipcio, huye de la corte para salvar su vida y se dirige a Madián donde se casa (Ex 2, 13-23). Un día mientras pastorea el rebaño de su suegro Jetró, Dios se le aparece de forma misteriosa, a través de una zarza que arde y no se consume, y se presenta como el Dios de los patriarcas: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob» (Ex 3, 6).

A continuación y antes de revelar su nombre le comunica: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto; he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel» (Ex 3, 7-8).

No aparecen los vocablos de la misericordia (*Hesed, raHamím* u otros de los asociados) pero sí encontramos el sentimiento y la actitud que conlleva y las acciones en las que cristaliza a través de los verbos pronunciados por el mismo Dios:

Acción	Objeto de la acción	En relación con
<i>he visto</i>	<i>la aflicción de mi pueblo</i>	<i>los sentidos</i>
<i>he escuchado</i>	<i>el clamor ante sus opresores</i>	
<i>conozco</i>	<i>sus sufrimientos</i>	<i>la mente</i>
<i>he bajado para subirlo de</i>	<i>para librarlo de los egipcios de esta tierra a una tierra buena</i>	<i>la mano y el brazo poderoso (la actuación)</i>

El Dios que se revela no es un Dios impasible, insensible, impertérrito, inmutable, es un Dios que se deja afectar por lo que ve y oye. Lo que recibe por los sentidos no le deja indiferente. Le lleva a conocer y el conocer a actuar. El conocimiento no es meramente teórico, sino que lleva a la acción y le urge a una intervención salvífica. Es más, Él decide *bajar* para *subir* a su pueblo a una tierra nueva, sacarlo de la esclavitud para conducirlo a una tierra de libertad. Para realizar esa misión elige a Moisés: «Yo te envío para que saques a mi pueblo» (Ex 3, 10).

Moisés se resiste a ser enviado a esa tarea (3, 11) y pide a Dios que diga su nombre: (3, 13). Entonces Dios responde: «"Yo soy el que soy". Y añadió: "Así dirás a los israelitas: "Yo soy" me ha enviado a vosotros". Siguió Dios diciendo a Moisés: "Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación"» (3, 14-15).

La respuesta de Dios a la pregunta ha dado que hablar a generaciones de creyentes. La expresión hebrea *'ehyeh asher 'ehyeh* que se condensa en el nom-

bre de Dios YHWH⁷, no es fácil traducir pues, literalmente sería «yo soy el que soy», una fórmula estática, mientras la forma hebrea es dinámica. Se podría traducir en futuro «seré el que seré» o «soy el que seré», o leerlo a la luz del v.12: «Yo soy el que está contigo», o mejor en futuro: «Yo soy el que estaré contigo» como promesa de acompañamiento y protección permanente: «Yo soy el que está junto a vosotros y con vosotros en vuestra aflicción». Dios ya le había dicho que los guiaría a la tierra que mana leche y miel. Es un Dios del camino, un Dios que guía a los suyos por un itinerario, que no puede ser fijado de antemano y en el que se hará visible de forma no previsible, nueva e inesperada. No es un Dios vinculado a ningún lugar donde conseguir su favor, sino que manifestará su poder en el camino por el que el pueblo sea conducido⁸.

Por ello aunque en la primera revelación del nombre no aparece ningún vocablo específico de la misericordia, sí que aparece una imagen de Dios-misericordia que se deja afectar por el sufrimiento de su pueblo, y eso le lleva a adoptar una acción concreta. Decide sacar a su pueblo de la esclavitud para conducirlo a una tierra de libertad. Dios acompañará a su pueblo todo el camino. Ese es su nombre: «yo estaré con vosotros», acompañando y protegiendo, como una nube de día o una columna de fuego de noche, independientemente de cómo se comporte Israel⁹. La revelación del nombre de Dios aparece ya directamente vinculada a la fórmula de la alianza: «Os adoptaré como pueblo mío y seré vuestro Dios» (Ex 6, 7).

3.2. Segunda revelación del nombre de Dios (Ex 33, 16-19)

La segunda revelación del nombre de Dios tiene lugar en otro monte. Dios había sacado a su pueblo de la esclavitud de Egipto y los israelitas han recorrido la primera etapa del desierto. Llegan al Sinaí y Dios realiza un pacto con ellos que implicará un com-promiso, una promesa por ambas partes: «Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 5-6a). Pero mientras Moisés sube al monte

7. El pueblo judío no pronuncia el tetragrámaton (YHWH) sino que lee «Adonay». La Santa sede pidió en 2008 no usar el término «Yahvé» en las liturgias, oraciones y cantos, sino la traducción propia de la lengua del griego *Kyrios*, en español, Señor. (Cf. Carta a las conferencias episcopales sobre el nombre de «Dios» de la Congregación para el culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos del 29 de Junio de 2008).

8. Hay autores que consideran que el sentido es «yo soy el que hace ser», «el creador de la vida» (Cf. W.F. ALBRIGHT (1959): *De la edad de piedra al Cristianismo*, Santander, p. 205 y J. HUESMANN (1971): *Éxodo* en R. Brown (ed), *Comentario Bíblico San Jerónimo*, Madrid, pp. 157-207), aunque es un tema en discusión (Cf. R. DE VAUX (1975): *Historia Antigua de Israel, vol. I*, Madrid, pp. 330-347).

9. P. R. ANDIÑACH (2006): *El Libro del Éxodo*, Salamanca, pp. 82-84.

a recibir las tablas con la ley (Ex 24, 12-13), el pueblo, ante su tardanza, se impacienta y pide a Aarón que le haga un dios que los guíe, pues desconocen lo que le ha ocurrido a Moisés. Así se construyen un dios a su medida, un becerro de oro para adorarlo (Ex 32, 1-6).

Dios, que había sacado a su pueblo de la esclavitud Egipto y lo ha cuidado durante la travesía por el desierto, no soporta la traición del desagradecido pueblo que muy pronto ha abandonado el camino que le había propuesto. Entonces se irrita y enciende su ira contra ellos (Ex 32, 7-10). Como signo de la alianza rota, Moisés rompe las tablas de la ley al pie de la montaña (Ex 32, 15-24).

Sin embargo, Moisés, como líder del pueblo, se siente comprometido con él, incluso a pesar de su debilidad e intercede por el pueblo tres veces pidiendo a Dios clemencia y compasión e intentando aplacar la ira de Dios que está dispuesto a destruir al pueblo (32, 11-14; 30-35; 33, 16). Tras esto, Yahvé parece haber sido persuadido por Moisés y está dispuesto a cesar en su empeño de castigar al pueblo (Ex 33, 17).

El líder hebreo no se conforma con esto, da un paso más y le pide al Señor que le deje ver su gloria (Ex 33, 18). Es en este contexto inmediato en que el Señor hace la segunda revelación de su nombre: *«Él le contestó: "Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia"»* (Ex 33, 19).

Dios asocia su nombre de forma explícita a la misericordia mediante dos vocablos en su doble forma de verbo y sustantivo: Dios dice de sí que *«agracia (Hānan) con su gracia (Hen)»* a quien quiere y *«se compadece (rāHan) misericordiosamente (raHamīm) de quien quiere»*. Es como si en este contexto de pecado grave por parte del pueblo que acaba de romper una alianza casi recién estrenada, Dios manifestara la plenitud de un amor no merecido. Dios se revela explícitamente como el que muestra su gracia, su favor y el que tiene misericordia-ternura-cariño, sentimiento que brota de sus entrañas ante la debilidad del ser humano que es capaz de romper la relación con el mismo Dios. Una misericordia que no es respuesta al comportamiento del pueblo sino que es totalmente gratuita y libre por parte de Dios. Es pura gracia. La misericordia es una dimensión esencial en las relaciones Dios-ser humano porque él libremente la derrocha. Así dirá el Salmo: *«No nos trata como merecen nuestros pecados»* (Sal 103, 10).

Tras esta segunda revelación del nombre, Dios responde a la petición que había hecho Moisés de ver su gloria. Eso no será posible porque nadie puede verlo y seguir con vida (Ex 33, 20), pero podrá ver su espalda (Ex 33, 21-23). Podrá ver los destellos de su gloria en la historia a través de las huellas de su misericor-

dia con el ser humano. Dios pasará por la historia y dejará la estela de su bondad, ternura y compasión¹⁰. La teofanía de Dios en la historia son sus gestos de gracia y misericordia con su pueblo, con nosotros.

3.3. Tercera revelación del nombre de Dios (Ex 34, 6-7)

A la mañana siguiente tiene lugar la tercera revelación del nombre de Dios. El Señor ha decidido libremente perdonar y acompañar a su pueblo, dándole una nueva oportunidad de vida y renovando la Alianza. Para ello le pide a Moisés que suba al monte con dos tablas de piedra talladas para escribir de nuevo las palabras que había en las tablas rotas. Cuando Moisés sube al monte, el Señor desciende en una nube y se detiene junto a él. En este contexto de teofanía y encuentro personal, Moisés invoca el nombre del Señor, que pasa delante de él exclamando: «Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso (*raHum*) y clemente (*Hannun*), tardo a la cólera y rico en misericordia (*Hesed*) y fidelidad (*'emet*) que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex 34, 6-7)¹¹.

Dios habla de sí mismo mediante cinco títulos, cuatro de ellos asociados a la misericordia: misericordioso (*raHum*), clemente (*Hannun*), tardo a la cólera, rico en misericordia (*Hesed*) y el quinto a la fidelidad.

El derroche de la misericordia de Dios, que habíamos recogido en la segunda revelación del nombre de Dios, ahora llega a su máximo exponente. A través de los distintos vocablos se deja ver todas las dimensiones de la misericordia de Dios: la gracia, el favor, el amor, la generosidad, la ternura, la generosidad, el cariño, la cercanía, la compenetración entre las personas. Junto a esos tres términos, misericordioso (*raHum*), clemente (*Hannun*), rico en misericordia (*Hesed*), encontramos la expresión «tardo a la cólera».

El texto hebreo recoge una expresión llena de plasticidad que literalmente se podría traducir por «Dios es de narices largas»; en un español coloquial se diría que «Dios tarda en que se hinchen las narices». Así junto a la plenitud de misericordia que constituye la identidad de Dios a través de esos tres vocablos, se nos dice que Dios tarda en enfadarse ante las acciones del ser humano no conformes al pacto realizado. Dios es muy paciente.

10. A. RODRÍGUEZ CARMONA (2015): *La primera alianza. Una historia de misericordia*, Madrid, p. 42.

11. Esta fórmula de la revelación de Dios se convierte en un credo que es pronunciado en las distintas etapas de la historia de la salvación (Dt 4, 31, Jon 4, 2; Jl 2, 13) e incluso se convierte en fórmula litúrgica presente en los salmos (Sal 86, 15; 103, 8; 116, 5; 145, 8).

El quinto título que recoge «el nombre de Dios» es «rico en fidelidad (*'emet*)». El señor es un Dios verdadero y veraz, es firme, estable; el ser humano puede depositar en Él su confianza. Es roca firme en la que nos podemos apoyar; no es variable como nosotros. Dios es fiel a pesar de la infidelidad del pueblo. Por ello no se cansa de perdonar. Y es que Dios está siempre a «favor» de su pueblo.

Pero todo esto no hace que Dios ignore y se mantenga indiferente ante las acciones que rompen el compromiso realizado en la alianza, bien sea en la relación Dios-ser humano, o de unos seres humanos con otros. Por ello realiza un castigo correctivo encaminado al aprendizaje como el que hace un padre con su hijo o un maestro con su discípulo. Eso sí, hay una desproporción, mientras el castigo dura hasta la cuarta generación, su amor y su misericordia se despliega indefinidamente en el tiempo. La fidelidad del Señor dura por siempre (cf. 116).

3.4. A modo de síntesis

La misericordia aparece vinculada al nombre de Dios en las tres revelaciones, manifestándonos así su identidad. Con ello muestran «algo» del misterio de Dios, al que no puede acceder el pensamiento humano y que solo conocemos por su revelación gratuita. Dios se llama misericordia porque esa es su esencia: ser misericordioso. Dios revela por tres veces su nombre, por lo que teniendo en cuenta el significado bíblico del número tres, podríamos decir que Dios es plenamente misericordioso.

Dios manifiesta su misericordia acercándose al ser humano en su doble debilidad: el sufrimiento y el pecado. El Dios de Israel se deja afectar por el dolor de su pueblo y decide actuar para sacarlo de esa situación. Pero también se conmueve ante la experiencia de fracaso del pueblo por no haber cumplido su parte del pacto. Dios no abandona al pueblo a su suerte sino que renueva la alianza y concede al pueblo una nueva oportunidad de vivir la existencia desde la plenitud que da el vivir de la mano de Dios.

4. Los profetas voceros de la misericordia

Los profetas son hombres y mujeres inspirados por Dios y enviados a proclamar la Palabra que el Señor le comunica personalmente. Aparecen como vigías

que otean el horizonte a fin de que el pueblo permanezca fiel a la alianza y no se desvíe del camino del Señor. Desde ahí, recuerdan cuál es el proyecto de salvación de Dios para que tengan vida, y vida en abundancia, animando a la esperanza en tiempos de desánimo y abatimiento. Pero también denuncian comportamientos no armoniosos con el pacto realizado con Dios, tanto en lo que se refiere a la relación con el mismo Dios (idolatría), como en lo que se refiere a la relación con otros seres humanos (injusticia). Son muchos los profetas que recuerdan al pueblo la misericordia de Dios, pero también los que interpelan a vivir en clave de misericordia unos con otros. Nos vamos a acercar fundamentalmente a dos profetas, ambos del siglo de oro de la profecía, el siglo VIII a. C., pero uno del Norte, Oseas, y otro del Sur, Miqueas.

4.1. «Misericordia quiero, no sacrificio» (Os 6,6)

El punto cumbre de la revelación de la misericordia divina en el Antiguo Testamento lo encontramos en el profeta Oseas. Inició su actividad profética en una época de prosperidad económica, durante el reinado de Jeroboán II (782-753), prolongándose durante el gobierno de sus sucesores, época de decadencia que terminará en la desaparición del Reino del Norte (722 o 721 a. C.).

El mensaje de Oseas va a estar encaminado a condenar la *idolatría*, que se manifiesta en la compatibilización del culto a Yahveh con el de Baal, dios agrícola de las lluvias y las cosechas (4, 12b-13; 7, 14b; 9, 1), y con la adoración de los becerros, instalados por Jeroboán I en el año 931¹². Esto llevara a un culto superficial y falso (6, 4-6; 5, 6; 8, 11-13)¹³. Junto a ello, al igual que había hecho Amós, denunciara las injusticias y la corrupción reinante (4, 1-2)¹⁴.

Dios se sirve de la situación personal del profeta para comunicar al pueblo su Palabra. Su esposa le ha sido infiel¹⁵. En esa circunstancia, Oseas podía romper su relación con ella y repudiarla, al igual que en un primer momento quiere hacer Dios. Sin embargo, algo ocurre en el corazón de Dios que hace que la historia discurra por otro camino. La misericordia de Dios siempre nos conduce por ca-

12. En el año 931 a. C. a la muerte de Salomón se separan los reinos del Norte y el Sur: Cada uno establecerá su lugar de culto.

13. La idolatría tiene para Oseas otra vertiente: la política. Ante el peligro de la subsistencia del país los israelitas pretenden buscar la salvación fuera de Dios, en las alianzas con Egipto y Asiría, las grandes potencias militares del momento, como nuevos dioses capaces de salvar. El pueblo se va tras ellos olvidando a Yahvé.

14. J. L. SICRE (1998): *Profetismo en Israel*, Estella (Navarra), pp. 275-276.

15. Los expertos no se ponen de acuerdo si corresponde a una realidad o es una ficción literaria, aunque la mayoría de ellos consideran, no tanto que fuera una prostituta, sino «una muchacha normal, que más tarde fue infiel a Oseas» sino que se casó con ella y en un momento dado le fue infiel Cf. J. L. SICRE, *Profetismo*, pp. 274-275.

minos imprevisibles e imprevistos. El relato de Oseas se va a ir desarrollando a modo de historia en tres tiempos: pasado, presente, futuro¹⁶. El lenguaje de la ternura y el amor impregna el relato.

a) El pasado: la alianza

El profeta relata lo que Israel ha vivido hasta ahora. El Señor se había comprometido con su pueblo, lo había sacado de Egipto, había establecido una alianza con él y lo había conducido por el desierto hasta la tierra prometida. La narración presenta la relación de Dios con su pueblo con un amor lleno de ternura. Las imágenes en clave paterno-maternofamiliar son muy gráficas: como un padre o una madre que enseña a caminar a sus hijo, lo atrae con lazos de amor, lo alza cariñosamente hasta sus mejillas y le da de comer inclinándose, poniéndose a su altura, sin embargo el pueblo no ha captado que el Señor lo cuidaba (Os 11, 1.3-4).

b) El presente: la infidelidad

El pueblo ha abandonado a Yahve y ha roto la alianza: «Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: a los Baales sacrificaban, y a los ídolos ofrecían incienso» (Os 11, 2). El profeta denuncia que el culto se ha convertido en un culto vacío que no es expresión auténtica del corazón (Os 8, 11-13) ni se está manifestando en acciones concretas en la vida conformes al vínculo que tenían con Dios. Se está cultivando la maldad (10, 13a), no hay ya fidelidad ni amor; ni conocimiento de Dios en esta tierra; sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre que sucede a sangre (Os 4, 1-3). El romper la alianza no solo tiene una dimensión cultica sino que también la falta de ética se está haciendo presente. El profeta condena la situación de injusticia y opresión a que se está sometiendo a los pobres, puesto que la alianza que garantizaba derechos de los pobres (Os 14, 4) se ha abandonado.

Pero el profeta no solo denuncia, sino que también anuncia y propone lo que el Señor desea. El profeta comunica que el verdadero culto no son los sacrificios ni holocaustos: «Porque yo quiero amor (Hesed), no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos» (Os 6, 6). El verdadero culto no queda reducido a la esfera de lo sagrado, sino que se traduce en acciones concretas con los hermanos según lo que ha propuesto el Señor en el código de la alianza¹⁷, donde los más débiles son cuidados y protegidos y donde la mentira, la injusticia o la

16. J. M. ÁBREGO DE LACY (1993): *Los libros proféticos*, Estella (Navarra), pp. 92-94.

17. Hay que notar que el tema se encuentra en los tres códigos legales del Pentateuco: «Código de la Alianza» (Ex 20, 22-23, 19); «Código Deuteronomico» (Dt 12-25); «Ley de Santidad» (Lv 17-26).

corrupción no tienen cabida¹⁸. El amor a Dios se manifiesta en el amor a los hermanos. El verdadero culto es la misericordia¹⁹.

c) El futuro: la promesa

Frente a esto, Dios se plantea castigar al pueblo y dejar que caigan en manos de los pueblos vecinos para que lo destruyan²⁰ (Os 9, 7; 10, 7-10). Sin embargo, aparece un sentimiento ilógico: se da un vuelco en el corazón de Dios, se estremecen sus entrañas, y se pregunta ¿cómo voy a destruirlo? (Os 11, 8-11). La misericordia, identidad de Dios hace que su corazón dé un vuelco y hace que reoriente su acción. El Señor se conmueve y se arrepiente de castigarlo porque le duele²¹.

En vez de aniquilar y romper definitivamente la alianza, le ofrece el perdón, le invita a cambiar de vida (14, 2-3) y le hace una promesa de futuro que conllevara la restauración del pueblo, y con ello su revitalización: «Yo sanaré su infidelidad, los amaré graciosamente; pues mi cólera se ha apartado de él. Seré como rocío para Israel: él florecerá como el lirio, y hundirá sus raíces como el Líbano. Sus ramas se desplegarán, como el del olivo será su esplendor; y su fragancia como la del Líbano. Volverán a sentarse a mi sombra; harán crecer el trigo, florecerán como la vid, su renombre será como el del vino del Líbano» (Os 14, 5-8).

Dios misericordioso y entrañable es irracional y actúa de forma ilógica, rompiendo nuestros esquemas. Lo normal sería que el Señor pidiera primero la conversión del pueblo y, cuando se produjera ésta, otorgarle el perdón. La novedad de Oseas es que el perdón antecede a la conversión. Por ello el profeta termina preguntándose: «¿Quién entiende esto? La misericordia de Dios no se entiende» (Os 14, 10). La promesa de futuro termina en la renovación de la alianza, una alianza que Dios hará para siempre en clave de misericordia, de justicia y derecho: «Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho en amor (*Hesed*) y en compasión (*raHamim*), te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahveh» (Os 2, 21-22).

18. Amós, el otro profeta del Siglo VIII a.C., denunciará con gran fuerza esta dimensión de injusticia social (Am 2, 6).

19. Trito-Isaías (56-66) dará un paso más y explicará el ayuno que quiere el Señor (Cf. Is 58, 1-12).

20. La acción simbólica que realiza el profeta es de tal envergadura que el nombre de sus hijos expresan la situación en que se encuentra el pueblo: *no compadecida* (sin entrañas) (1, 6) y *no pueblo* (1, 9).

21. El Deutero-Isaías (40-55) dirá después: ¿Puede una madre olvidar al hijo de sus entrañas? (Is 49, 15).

4.2. «Lo que el Señor quiere de ti... que ames la misericordia» (Mi 6, 8)

Miqueas, profeta del Sur actuó en los reinados de Yotán, Ajaz y Ezequías, es decir antes y después de la toma de Samaria. Fue contemporáneo a Oseas e Isaías. Nació en Moreset (I, 1), una aldea de Judá, cerca de Jerusalén. El vivir en un ambiente campesino le hace estar en contacto directo con los problemas de los pequeños agricultores, víctimas del latifundismo, por lo que va a denunciar la opresión de los campesinos de la Sefela por parte de los terratenientes y las autoridades de Jerusalén. Hay que destacar el carácter «religioso» de los opresores, que consideran a Dios de su parte. Por eso, Miqueas no solo se enfrenta a una serie de injusticias, sino a una «teología de la opresión»²². En este contexto el profeta vuelve a plantearse la pregunta que se habían hecho profetas anteriores (Amos, Oseas, Isaías): ¿Qué quiere Dios, el culto o la justicia?

Dios había interrogado a Israel: «¿Qué te he hecho? ¿En qué te he molestado?» (Mi 6, 3). Dios recuerda todo lo que ha hecho con su pueblo (sacarlo de la esclavitud, acompañarlo por el desierto...). Ante esto, Israel reconoce su culpa y desea presentarse ante el Señor; «¿Con qué me presentaré yo a Yahveh, me inclinaré ante el Dios de lo alto?» (Mi 6, 6^a), pero sabe que no puede presentarse con las manos vacías (Cf. Ex 34, 20). Entonces va interrogándose una serie de posibilidades para ofrecer al Señor: ¿ofrendas económicas que se presenten como holocausto?: «¿Me presentaré con holocaustos, con becerros añales? ¿Aceptará Yahveh miles de carneros, miríadas de torrentes de aceite?» (Mi 6b-7a); ¿el primer hijo?: «¿Daré mi primogénito por mi delito, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?» (Mi 7b).

El profeta recuerda que lo que Dios quiere no es novedoso. Ya ha sido comunicado hace tiempo: «Se te ha declarado, hombre, lo que es bueno, lo que Yahveh de ti reclama: tan sólo practicar la equidad, amar la piedad (Hesed) y caminar humildemente con tu Dios». (Mi 6, 8). Son tres las actitudes las que se proponen practicar la justicia, amar la misericordia y mostrarse atento con Dios. Dios no quiere cosas externas, quiere que el ser humano se entregue a sí mismo. La misericordia aparece en el profeta Miqueas de la mano del derecho y la justicia²³.

La primera exigencia de Dios, *practicar la justicia*, no se refiere al mero cumplimiento de las leyes, sino que con ella se hace alusión a un compromiso con los hermanos, a establecer relaciones con el hermano conforme a la alianza establecida por Dios (Ex 20, 22-23, 19). Esta palabra resume para los profetas la

22. J. L. SICRE (1998): *Profetismo en Israel*, Estella (Navarra), pp. 297-299.

23. La bina derecho-misericordia la encontramos también en Os 12, 7 y Jr 9, 23.

responsabilidad social e incluye no oprimir, no sobornar, y la responsabilidad sobre los más débiles de la sociedad. La segunda exigencia es *amar la misericordia* (*hesed*). Esta expresión que no se utiliza en ninguna otra parte, pero como hemos visto constituye la identidad de Dios (Ex 34, 6). En general, *Hesed* va unido a «hacer». Aquí va unida al verbo «amar», ese sentimiento de bondad y generosidad que se hace acción buscando el bien de otro, especialmente los más débiles. Por último, en la tercera petición, *caminar humildemente con Dios*, el Señor pide que el ser humano reconozca su identidad que es criatura, pero lo haga caminando, en movimiento: camina humildemente con tu Dios. Las tres peticiones podríamos decir que están intrínsecamente unidas. Las dos primeras conllevan la última. Quien practica el derecho y ama la misericordia ya está caminando humildemente con su Dios²⁴.

4.3. A modo de síntesis

La misericordia aparece en ambos profetas del siglo de oro de la profecía en un contexto donde la relación con Dios está intrínsecamente unida a la relación con los hermanos. La idolatría y el culto vacío siempre llevan a la injusticia social. La hetero-doxia conduce a la hetero-praxis; una inadecuada relación con Dios, implica una inadecuada relación con otros seres humanos. El verdadero culto, el que Dios quiere, es practicar el derecho y la misericordia, es vivir la relación con Dios y con los hermanos conforme al proyecto de salvación de Dios, en el que tienen un lugar privilegiado los más débiles.

5. «Que tu misericordia venga sobre nosotros como lo esperamos de ti» (Sal 32)

Los salmos son poemas de oración en las diversas situaciones existenciales del ser humano. Simplificando mucho, podríamos decir que son expresiones de petición de perdón, de súplica ante un peligro o de canto de acción de gracias por las acciones salvíficas de Dios. En los tres tipos de experiencias encontramos salmos²⁵ donde la misericordia se hace presente, bien pidiéndola por haber roto la relación con Dios o los hermanos (Sal 25, 51), bien suplicán-

24. J. L. SICRE (1984): «Con los pobres de la tierra». *La justicia social en los profetas de Israel*, Madrid, pp. 295-299.

25. Citamos algunos ejemplos de cada uno pero son numerosos.

dola ante una situación de peligro sea del tipo que sea (Sal 22, 25; 113, 4-8) o bien cantándola por las acciones salvíficas que el Señor ha hecho en medio de su pueblo (Sal 118, 136)²⁶.

Los salmos nos permiten cada día en la Liturgia de las Horas hacer nuestra la experiencia de la misericordia de Dios. Solo lo que pasa por la experiencia se hace parte real de nuestra existencia, se aprehende. Según el momento que estemos atravesando tendrán eco y resonancia en nosotros, los salmos de petición de misericordia por una acción no adecuada al proyecto de Dios, de súplica de misericordia ante una situación de peligro no controlable o de cantar la misericordia de Dios por las acciones salvíficas que Dios ha hecho con nosotros. Nadie da lo que no tiene. Solo experimentando la misericordia de Dios, podremos ser misericordiosos con los hermanos.

6. Conclusión

El mensaje de misericordia atraviesa todo el Antiguo Testamento. Dios se llama misericordia y ese sentimiento de ternura materna se desborda en acciones concretas con los más débiles: los pobres y los pecadores, regalándoles una nueva oportunidad de vivir y vivir en plenitud. Dios siempre nos sorprende. Sin embargo, todo don que recibimos de Dios conlleva para nosotros una tarea, una responsabilidad. «Lo que hemos recibido gratis, hemos de darlo gratis». Dejarnos abrazar por la misericordia de Dios nos compromete a abrazar con misericordia a aquellos con los que compartimos la existencia y que, al igual que nosotros, son débiles. «Nada de lo humano me es ajeno» (Publio Terencio Africano). Por ello hemos de ser misericordiosos como el Padre es misericordioso (Lc 6, 36).

26. W. KASPER (2013): *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Maliaño (Cantabria), pp. 62-63.

2. Jesús, rostro visible del Dios misericordioso

Carmen Román Martínez

Profesora de la Facultad de Teología de Granada

Resumen

Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre, con esta frase comienza el papa Francisco la Bula *Misericordie Vultus* e invita a iniciar el año de la Misericordia. El Dios bíblico es el Dios de la misericordia que se conmueve ante el sufrimiento de sus criaturas y hacia ellas dirige su actuación. La misericordia de Dios, que Jesús actualiza, queda reflejada ya al inicio de su ministerio público, con su palabra y su persona. Él es el ungido por el Espíritu de Dios que trae la liberación a los que sufren. Toda su predicación, al igual que sus acciones, son un despliegue de misericordia a favor de todas las personas. A través de sus parábolas, nos enseña que practicar la misericordia consiste en sentir compasión, hacerse prójimo, salir a buscar lo que estaba perdido. Jesús nos muestra que la misericordia es un itinerario, no tanto geográfico como un viaje interior al corazón del ser humano y que esta se aprende en el camino del seguimiento. La misión de Jesús es revelar el misterio del amor divino en plenitud. Encontrarse con Jesús es acercarse al Dios clemente y misericordioso.

Palabras clave: Jesús, compasión, misericordia, parábolas.

Abstract

Jesus Christ is the face of the Father's mercy. Pope Francis starts with this sentence the Bull *Misericordiae Vultus* and invites to start the year of Mercy. The biblical God is the God of Mercy who is moved by seeing the suffering of his creatures and towards them he directs his actions. The mercy of God, which is updated by Jesus, is already shown at the beginning of his public ministry, through his word and himself. He is the one anointed by the Spirit of God, who brings liberation to those who suffer. All his preaching and his actions show mercy in favour of all the peoples. Through his parables, He teaches us that putting mercy into practice consists on feeling compassion, becoming neighbours and going out to look for what was lost. Jesus shows us that mercy is a path. Not a geographical path but an inner path to human being's heart and we can learn mercy through the path of following up. The mission of Jesus is revealing the mystery of divine love in its fullness. Finding Jesus is getting close to the compassionate and merciful God.

Key words: Jesus, compassion, mercy, parables.

I. Introducción

«Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret». Así comienza la Bula *Misericordie Vultus*¹ con la que el Papa Francisco nos invita a iniciar el año de la Misericordia.

El mensaje cristiano de un Dios misericordioso es, sin duda, un mensaje específicamente bíblico. La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante sus criaturas lo que mueve y dirige toda su actuación. Esta experiencia de la compasión de Dios fue el punto de partida la predicación y acción de Jesús que le llevó a introducir en la historia de la humanidad un nuevo principio de actuación: la misericordia.

La misión de Jesús es «revelar el misterio del amor divino en plenitud». En consecuencia, nuestro primer paso para el aprendizaje de la misericordia es poner «la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso» (MV 8). Jesús ofrece su amistad y perdón a todos aquellos que se sienten «perdidos» en el camino de la vida y no encuentran el camino de regreso al Padre. Encontrarse con Jesús es acercarse al Dios clemente y misericordioso.

2. Los términos de la misericordia

El diccionario de la Real Academia Española define el término *misericordia* como «Virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los trabajos y miseria ajena». Atendiendo a la definición, hablamos de una virtud natural que inclina a la persona a la compasión con el que sufre. En este sentido, la misericordia implica un elemento *afectivo*: compadecerse, padecer con, sintonizar con la situación del otro como si fuera propia. Y también otro *efectivo*: hacer lo que pueda para remediar esa situación.

La palabra *misericordia* proviene del latín que a su vez se deriva de dos términos, *misereor*, apiadarse, y *cor*, corazón, y sugiere la idea de un corazón que se apiada ante el sufrimiento. Los términos hebreos que la Vulgata traduce con más frecuencia por «misericordia» son *hesed*, *hanan* y *rehem*; y sus equivalentes griegos: *éleos*, *oiktirmós* y *splágjna*. El término griego que se utiliza con mayor fre-

1. *Misericordie Vultus*, en https://w2.vatican.va/.../papafrancesco_bolla_20150411_misericordiae (consultado el 5 de enero del 2016).

cuencia es *éleos* (con sus respectivos derivados), que traduce al *hesed* hebreo y hace alusión a una profunda conmoción de ánimo, que se muestra en gestos de piedad y de compasión, de bondad y de misericordia. En la práctica, *éleos* desemboca muchas veces en la limosna, *elemósyna*, o beneficencia para con los pobres y los necesitados².

Mucho menos frecuente es el uso del término *oiktirmós*, que subraya el aspecto exterior del sentimiento de compasión, en cuanto que se traduce por lamento, aflicción, condolencia por la muerte de una persona y luego por piedad y misericordia³. Tiene semejanzas con el término hebreo *rahamim*, aunque también traduce otros vocablos que significan mostrar gracia y favor a alguien.

Finalmente, *splánjna*⁴, es el término menos utilizado en el Nuevo Testamento que literalmente equivale a *rahamim* (entrañas). Tanto el sustantivo como el adjetivo no aparecen en los evangelios sinópticos, pero sí el verbo que expresa condescendencia, amor, cariño, simpatía y benignidad, pero también misericordia y compasión. En tres parábolas de Jesús el verbo *splagkhnizomai* ocupa una posición central e indica siempre un determinado comportamiento humano: la parábola del siervo sin entrañas (Mt 18, 23-35), la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) y la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37), que comentaremos más adelante.

Este es el mensaje radical de Jesús predicado hasta el final de sus días: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36). Una de las afirmaciones más audaces de Jesús: ¿Se puede ser misericordioso como Dios?

3. El proyecto de la misericordia

Lucas es, sin duda, el evangelista que más claramente presenta en su evangelio la vida de Jesús con un único hilo conductor: la misericordia. En los albores del Renacimiento, Dante Alighieri definía a Lucas como el «evangelista de la ternura de Dios». El tercer evangelio sitúa el comienzo de la predicación de Jesús, en la sinagoga de Nazaret, ahí inicia un camino de salvación y misericordia para

2. R. BULTMAN voz «ἔλεος» (1966): en *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol II, Brescia, pp. 399-418.

3. R. BULTMAN voz «οἰκτιρω» (1966): en *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol II, Brescia, pp. 450-455.

4. H. KOSTER voz «σπλάγχνα» (1979): en *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol XII, Brescia, pp. 917-923.

todos⁵. Jesús aparece como respuesta a los deseos íntimos de toda la humanidad, judíos y gentiles, a los que ofrece la auténtica salvación.

En su discurso programático (Lc 4, 16-22) Jesús proclama que «ha llegado el año de gracia del Señor», se trata del año Jubilar (cf. Lev 25, 8-55), año de perdón total de los pecados que capacita al hombre para crear un mundo más solidario y justo. Por eso Jesús ha sido enviado, ungido por el espíritu: «a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor». (Lc 4, 18-19).

La salvación que ofrece Jesús al hombre cubre estos diversos aspectos. Salvar es librar de las tinieblas y en concreto del pecado (Lc 5, 20-26; 7, 50; 24, 47), del dolor de la enfermedad, de la muerte. La salvación definitiva o su comienzo se realiza mediante la incorporación a Jesús, a su seguimiento y a su comunidad⁶ (Hch 2, 47).

Jesús se presenta ofreciendo la liberación, cumpliendo la promesa del año jubilar; que implicaba la abolición de toda esclavitud. Él es el iniciador y creador del año de gracia de Yahvé, ofreciendo el perdón de los pecados, signo de la presencia del Reino de Dios (Lc 11, 20), evangelizando a los pobres y realizando otros signos que anuncian la futura liberación del dolor y de la muerte (Lc 7, 18-23; 21, 28). La misma misión debe realizar la Iglesia compartiendo los bienes y realizando la promesa del año jubilar.

El Reino de Dios, que es central en la obra lucana (Evangelio y Hechos de los Apóstoles) en la que aparece 42 veces, lo traduce Lucas a otras categorías teológicas, como salvación, amor, misericordia, con lo que ayuda a comprender las implicaciones actuales del Reino ya presente por y en Jesús.

La misericordia de Dios, que Jesús actualiza, queda reflejada ya al inicio de su ministerio público, con su palabra y su persona. El Señor recoge el texto de Is 61, 1-12, del que destierra toda alusión a la venganza, y lo llena de significado con su presencia: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (Lc 4, 21).

5. El Nt emplea el vocabulario de salvación con muchos matices, que se pueden resumir en dos bloques: 1) salvar del mal, sacando de una situación que amenaza: liberar de un mal que amenaza, liberar de un mal ya presente, mantener fuera de este mal y consiguientemente en los tres casos liberar de la opresión psicológica que se siente ante el mal inminente o presente; 2) dar un bien, situando en un estado que realiza: dar el bien plenamente o comenzar a darlo, con la esperanza de llegar a recibirlo plenamente, mantener en esta situación y consiguientemente en los tres casos la alegría y la seguridad que se deriva de ello. Cf. R. AGUIRRE MONASTERIO-A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, Estella (Navarra), pp. 330-333.

6. A. RODRÍGUEZ CARMONA (2014): *El Evangelio de Lucas*, Madrid, pp. XLVII-XLVIII.

El ofrecimiento de Jesús, la buena noticia de liberación y el don de la vida renovada sobrepasa, a pesar de su concreción, toda esperanza humana. Él es el «ungido por el Espíritu» de Dios para ocuparse de los que sufren. La promesa de cumplir este encargo es parte de ser enviado. Es ese Espíritu el que le empuja a liberar, sanar, aliviar, perdonar⁷. Su pasión y su misericordia por todo hombre y mujer, desborda cualquier conocimiento y actuación humana.

4. El itinerario de la misericordia

Toda la predicación de Jesús, al igual que sus acciones, son un despliegue de misericordia a favor de todas las personas. Este comportamiento de Jesús aparece tipificado en el Evangelio de Lucas con el uso del verbo *splagkhnizomai*, conmoverse en las entrañas, y que se aplicaba a las entrañas de Dios. Este verbo es referido a Jesús, en quien está presente la misericordia divina⁸.

Ocho son las parábolas, que desde distintos ángulos, tocan la misericordia en el tercer evangelio. Siete de ellas están narradas durante el camino de Jesús a Jerusalén y solo una (Lc 7, 41-43) es contada durante su predicación en Galilea. Ello nos muestra que la misericordia es un camino, no se trata tanto de un itinerario geográfico que hay que recorrer como de un viaje interior al corazón del ser humano. Y ello requiere una lección amplia donde ir aprendiendo las claves fundamentales del amor al prójimo, al débil, al que no cuenta, para ir profundizando en esa imagen de Jesús como reflejo de la misericordia de Dios. Así entendida, la misericordia no es una virtud natural que depende del carácter de cada uno sino más bien es una disposición interior que madura estando junto a Jesús. La misericordia se aprende en el camino del seguimiento.

4.1. Misericordia con los pobres

Los pobres forman un conjunto heterogéneo dentro los evangelios, en concreto en el de Lucas, donde podemos distinguir tres grupos, según el grado de carencia de bienes y la razón de ello⁹. El primer grupo estaría formado por los *pobres-miserables*, los *anawin* del AT, que tienen carencias de todo tipo y ello les impide vivir como personas. Es un grupo amplio donde estarían incluidos los mise-

7. M. GRILLI, D. LANDGRAVE GÁNDARA-C. LANGNER (eds.) (2006): *Riqueza y solidaridad en la obra de Lucas*, Estella (Navarra), pp. 51-53.

8. F. CONTRERAS MOLINA (1999): *Un Padre tenía dos hijos, Lc 15, 11-32*, Estella (Navarra), p. 285s.

9. R. AGUIRRE MONASTERIO, A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, Estella (Navarra), p. 334s.

rables, los mendigos, humillados, hambrientos, lisiados, cojos, mancos, viudas necesitadas, mujeres estériles¹⁰. Todos ellos son los destinatarios privilegiados del Reino de Dios. Dios no quiere este tipo de carencias para los seres humanos y, por ello, promete la salvación a estos pobres (Lc 1, 53). Esta salvación tiene una dimensión presente, en la que se urge a actuar y cuyas obras a favor de los necesitados serán recompensadas por Dios Padre en la resurrección de los justos (Lc 14, 13).

Otro grupo de pobres son los *cristianos perseguidos*, que han sido reducidos a situaciones de miseria por su fidelidad a la fe. En un contexto en el que los cristianos son perseguidos, Lucas los consuela, invitándolos a la alegría, relativizando los bienes terrenos y animándolos a mantenerse firmes en medio de las dificultades.

Finalmente, el último grupo estaría formado por aquellos que viven la pobreza como una opción de vida, como *austeridad*. En este sentido, se trata de un valor positivo, necesario para todos los discípulos de Jesús que deben evitar la codicia y no poner la confianza en el dinero, porque es una falsa esperanza (Lc 12, 15-21). La plena salvación y la verdadera seguridad existencial está en el cielo; por ello hay que vender y compartir los bienes con los que nada poseen para tener allí un tesoro (Lc 12, 33-34; 16, 1-13), ser ricos para Dios (Lc 12, 21) y recibir la vida eterna (Lc 18, 29s).

Actitud para el camino: Hacerse prójimo (Lc 10, 25-37)

La parábola del buen samaritano pone de relieve la misericordia que hay que tener con el prójimo, como exigencia del Reino. Está plasmada en la actitud del samaritano con el herido a la vera del camino. También los samaritanos están dentro del grupo de los rechazados por el pueblo de Israel y forman parte de los marginados y de los pobres.

San Lucas enmarca la presentación de este personaje en una parábola con la finalidad de darnos una enseñanza acerca de quién es mi prójimo y cómo hay que actuar con él, por encima de cualquier norma. El texto consta de dos partes: la primera está integrada por una pregunta que un escriba dirige a Jesús y la respuesta del Maestro; la segunda es una parábola como respuesta a una nueva pregunta hecha por el escriba. Esta segunda parte, o parábola del buen samaritano, es propia de Lucas, no aparece ni en Marcos ni en Mateo¹¹. Sin embargo, la primera parte, el diálogo de Jesús con el escriba, está narrada en Mc 12, 28-31 y en Mat 22, 34-40, ambos textos presentan grandes diferencias con la pericopa Lucana.

10. Cf. Lc 1, 48, 52, 53; 6, 21; 14, 13, 21; 16, 20, 22; 18, 22; 19, 8; 21, 3.

11. S. GARCÍA (2012): *Evangelio de Lucas*, Bilbao, p. 260s.

Jesús va camino a Jerusalén y un Maestro de la Ley le sale al paso. La inquietud del legista es sobre la vida eterna. Jesús va a responder a su pregunta con otra pregunta. Lo remite a la Ley, «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Dt. 6, 5 y Lv. 19, 18 vienen unidos en este evangelio). Así pues, en este primer diálogo Jesús no va a salirse del contexto de la Ley. Él también conoce las Escrituras y responde desde ellas. La estructura de esta primera parte es sencilla: a la pregunta del legista, le corresponde una nueva pregunta de Jesús y a la respuesta del legista la respuesta de Jesús.

	Legista	Jesús
Pregunta	<i>«Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?»</i>	<i>«Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?»</i>
Respuesta	<i>«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo»</i>	<i>«Bien has respondido. Haz eso y vivirás»</i>

Parece que el evangelista quiere dejar claro que no basta con conocer la Ley, que no es suficiente leerla, sino que hay que cumplirla, hay que hacer lo que dice. No parece el Maestro de la ley tener dudas sobre el amor primero, pero pregunta a Jesús de nuevo con la intención de delimitar la identidad del prójimo. El término «prójimo» incluía a los israelitas y excluía a los gentiles. Jesús va a escoger un ejemplo de cómo hacerse prójimo de todo ser humano; y así entra en escena: un samaritano.

— Camino hacia Jericó

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearlo, se fueron dejándolo medio muerto».

El primer personaje que aparece en la parábola es un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó, una ruta de 28 km bastante insegura. La gran cantidad de pequeñas cuevas que había en la zona la convierten en seguro refugio para malhechores y bandidos. Además su aspecto desértico y árido hacían del camino un lugar solitario. Este viajero no tiene mucha suerte y es asaltado por unos ladrones que lo desvalijan con dureza: lo desnudan, le golpean y se marchan dejándolo medio muerto. Un ser humano entre la vida y la muerte.

El viajero es un ser humano que se encuentra en una situación en la que necesita ayuda. Lucas describe cómo ha quedado después de ser despojado de todo aquello que le pertenecía, sus bienes y su dinero. Es golpeado en su cuerpo con fuerza suficiente para dejarlo malherido, casi le quitan la vida.

— En el mismo camino

«Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo».

Es por casualidad que un sacerdote que venía también de Jerusalén, del Templo, tomó el mismo camino. El texto lo presenta viajando solo y de vuelta. Tiene un primer contacto visual con el hombre y da un rodeo para evitar el acercamiento. Se puede pensar que este pasar de largo tiene su lógica dentro de las leyes rituales de contaminación. El sacerdote debe sortear cualquier clase de contaminación ritual por contacto o incluso por mera proximidad con un cadáver (Núm 19, 12-13). Da la impresión que él ya ha celebrado su turno litúrgico, por lo que desconocemos los motivos para no auxiliar a un hombre malherido. Lo mismo va a suceder con el levita, que actúa como el sacerdote y pasa de largo. Ellos ven a cierta distancia y no se acercan, al contrario, evaden la proximidad¹².

El sacerdote y el levita son los personajes que escoge Jesús para su ejemplo. Ellos encarnan la fidelidad a la Ley. Casualmente pasan por el camino. ¿Qué harán con el hombre medio muerto? ¿Amarán a este prójimo malherido? La sociedad en la que vivían y la forma de vida religiosa que practicaban les habían inculcado que era más importante no tocar sangre que practicar la misericordia con el pobre y desvalido. Las actitudes de ambos están expresadas de forma lacónica: *al verle, dio un rodeo... le vio y dio un rodeo*. Ambos se olvidan de conjugar el amor al prójimo con el servicio de Dios, se olvidan de la misericordia, elemento obligado de la piedad¹³.

— De camino, un samaritano

«Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él dijo: “El que practicó la misericordia con él”. Díjole Jesús: “Vete y haz tú lo mismo”».

Jesús en este momento habla de una nueva persona que va a realizar el mismo camino pero con distinta actitud. Es un samaritano, un hombre odiado por los judíos y considerado como un hereje. Sería el último individuo del que el Maestro de la ley hubiera esperado una actitud de misericordia. ¿De dónde viene

12. R. DILLMANN, C.A. MORA PAZ (2006): *Comentario al Evangelio de Lucas. Un comentario para la actividad pastoral*, Estella (Navarra), pp. 288-292.

13. F. BOVON (2002): *El Evangelio según San Lucas II*, Salamanca, pp. 118-119.

el samaritano? Parece que nuestro personaje realiza un viaje de negocios, lleva sus productos, va montado. Su acción está bien descrita, él (a diferencia de los dos anteriores), lo mira al hombre malherido y siente compasión.

El samaritano ve a un hombre abandonado, solo, maltrecho. Su profunda conmoción va más allá de lo religioso, ritual o étnico. Se compadece de un semejante. El verbo *spslagkhniszomai* no hace referencia sobre la persona a la que se dirige, solo dice que ese hombre «se conmovió en sus entrañas». Se trata de una conmoción en estado absoluto, e indica el sentimiento noble que llena al samaritano. Esta misericordia no es, pues, una entre otras muchas realidades humanas, sino la que define en directo al ser humano.

La compasión mueve al samaritano a poner todo lo que tiene a disposición del herido. Sus actos van a constituir una especie de catálogo de obras de misericordia. La actitud del samaritano ante el dolor del hombre herido es el mismo sentimiento de Dios frente al sufrimiento de sus criaturas.

— Acciones para el camino

Lo primero que hace el personaje de la parábola es acercarse y derramar aceite y vino sobre las heridas (v. 34). No es mero sentimentalismo vano el del samaritano. La compasión se convierte en acción. Urgía hacer algo y lo hace. No escatima ni tiempo ni recursos, lo que tiene es del otro en ese momento.

Los líquidos mezclados tienen propiedades terapéuticas: el aceite suaviza el ardor de las heridas, y el vino, por su acidez, tiene un efecto antiséptico. La solidaridad del samaritano es ejemplar, lo suyo, es también del herido. Le coloca en su cabalgadura y él tendrá que hacer el resto del camino a pie: «y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él» (v. 34). La posada es el lugar de descanso, de recuperación. El herido recibe una cama, alimentos, el calor humano, atenciones efectuadas por el samaritano que ha dado un nuevo sentido a sus pasos y a su camino. Como tiene que continuar su viaje deja dinero al posadero para que atienda al herido hasta su vuelta. Saca dos denarios, el equivalente al sueldo de dos días (v. 35). Quiere asegurar su cuidado hasta el punto que aún está dispuesto a pagar más si fuera necesario. El samaritano, considerado extranjero y casi un hereje, es presentado como modelo de amor y de misericordia, como paradigma de los cumplidores de la Ley.

— Conclusión del camino

«¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él respondió: «El que practicó la misericordia con él», Díjole entonces Jesús «Vete y haz tú lo mismo».

Jesús presenta al legista el camino a seguir: En el diálogo inicial el doctor de la Ley buscaba a un prójimo a quien pudiera amar: Jesús habla de una persona que se hace (*gegonenai*) prójimo del herido, sujeto activo de la relación¹⁴. La respuesta del legista articula lo interior y lo exterior; es decir, el sentimiento, *éleos*, la misericordia; y la acción, «el que actuó».

Tu prójimo es aquel que necesita tu acercamiento, tu compasión, tus vendas, tu aceite y tu vino, tu cabalgadura, tus cuidados, tu tiempo, tu dinero. Practicar la misericordia consiste en ver al otro, acercarse a él, actuar frente a una situación de pobreza, desamparo o debilidad. Todo hombre que se aproxima, aunque sea un extranjero, es prójimo. Los cercanos al templo no tienen misericordia: ¿Con que Dios tratan? Sin embargo, el samaritano, al que el legista ni tan siquiera nombra, solo dice de él: «que practicó la misericordia», es puesto como modelo. Por dos veces invita Jesús al Maestro de la Ley: «Anda y haz tú lo mismo». La parábola trasforma el modo de pensar al prójimo desde uno mismo. El prójimo es definido no a partir de su origen religioso, cultural o social, sino a partir de la compasión por el otro.

4.2. Misericordia con los pecadores (Lc 15, 1-10)

Los pecadores aparecen en primer plano en la obra de Jesús, que los busca (Lc 9, 17), come con ellos (Lc 5, 29-31), los perdona (Lc 7, 48-50; 22, 61s; 23, 42s). La razón de este privilegio radica solo en la misericordia de Dios, que desea ardientemente que todos sus hijos vuelvan a la casa del Padre, y para ello envió al Hijo (Lc 5, 32; 19, 9s).

En tiempo de Jesús era fácil distinguir cuatro categorías de pecadores: físicos, raciales, sociales y morales¹⁵. La primera se debe a la concepción imperante en la época de que cualquier malformación estaba relacionada con el pecado. Las enfermedades, por tanto, son consecuencia del pecado y no condiciones naturales (Jn 9, 1-2). La segunda categoría hace referencia a la raza; cualquier extranjero era considerado pecador porque no observaba la ley según las tradiciones judías. En esta categoría entraban los samaritanos y los gentiles que vivían en Palestina. Al significado racial del término pecador hay que añadir el social, dirigido a los recaudadores y publicanos que recaudaban impuestos para Roma. Jesús escoge entre sus discípulos a Leví, al que invita a seguirlo mientras trabaja en el banco de los impuestos (cf. también Lc 18, 9-14). La última categoría de pecadores es la ética, en la que se incluye a usureros y prostitutas (Jn 4, 1-30).

14. F. BOVON (2012): *El Evangelio según San Lucas II*, Salamanca, 2 ed. p. 121.

15. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Misericordiosos como el Padre*, Subsídios para el jubileo de la Misericordia 2015-2016, Madrid 2015, 94.

Jesús trae la salvación para todos los pecadores, quiere curar sus heridas, por eso los acoge y come con ellos, con la intención de recuperar todo lo que se hubiese perdido.

a) *Buscar lo perdido*

Camino hacia Jerusalén el evangelista Lucas nos dice que a Jesús le acompaña mucha gente (Lc 14, 25). Acaba de enunciar las condiciones que ha de tener el discípulo para seguir a Jesús (Lc 14, 26-35). El capítulo 15 para muchos exégetas constituye el corazón del tercer evangelio. Con él se abre una nueva dinámica que se extiende hasta el final del camino a Jerusalén y en la que el evangelista quiere subrayar el amor de Dios por los marginados y pecadores. Da razón del actuar misericordioso de Jesús que tanto escándalo suscitaba y justifica porque comía con los pecadores. Estas parábolas quieren ser también una llamada a sus discípulos para que sigan su ejemplo de acogida y de perdón.

«Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”» (Lc 15, 1-2).

El evangelista dirige su atención a un grupo de gente concreta que se reúnen en torno a Jesús para escucharle: los publicanos y pecadores. Junto a ellos aparece un segundo grupo: fariseos y maestros de la ley que critican a Jesús porque acoge a los primeros e incluso come con ellos. Llama la atención las actitudes de ambos grupos: mientras los cumplidores de la ley critican a Jesús, los alejados de Dios porque no la cumplen, se acercan a escucharle.

Tras presentar a los grupos que aparecen con Jesús y su relación con él, Lucas afirma que el Maestro les contó una parábola. En realidad son tres las parábolas que aparecen, una a continuación de la otra: la oveja perdida (vv. 4-7), la moneda extraviada (8-10) y el hijo pródigo (11-32). Las tres son una respuesta a la crítica de sus oponentes. En vez de responder con un discurso teórico, Jesús con un lenguaje narrativo explica que su actitud es la que Dios tiene con los pecadores.

Nos fijaremos en las dos primeras, que son prácticamente sinónimas y se corresponden entre sí (v. 4-7, 8-10). A la figura masculina del Pastor y al ámbito del campo en la primera, le corresponde la figura femenina y, en la casa, de la segunda parábola.

b) La oveja perdida (Lc 15, 1-7)

«Entonces les dijo esta parábola. “¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros”; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: “Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido”. Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión». (Lc 15,3-7).

Jesús se da por aludido ante la queja de los fariseos por sus comidas con pecadores, aunque estos no se han atrevido a criticarle directamente. Él va responder a sus murmuraciones a través de una parábola. Comienza con una pregunta retórica y en un entorno rural, que sus oyentes entienden muy bien¹⁶.

El relato nos plantea una realidad que ya ha ocurrido: un pastor se le ha perdido una oveja e inicia su búsqueda¹⁷. Mateo dice que la oveja se había descarriado, introduciendo un matiz ético que Lucas no contempla (Mt 18, 12). Para ello ha de abandonar al resto del rebaño: noventa y nueve. Contrasta lo desproporcionado de la acción del pastor: para buscar a una oveja, deja a noventa y nueve, lo cual tiene que ser porque la oveja constituye un gran valor; económico o afectivo. El pastor tiene éxito en su búsqueda y encuentra la oveja perdida. La oveja que se ha desviado de su camino alejándose del grupo no hace nada para volver al rebaño. Es el pastor el que hace el esfuerzo de buscarla y encontrarla.

El trato cariñoso del pastor con ella, junto a la alegría que le produce haberla encontrado, recuerda el amor de Dios expresado en el Antiguo Testamento en el libro del profeta Ezequiel: «Yo mismo reuniré a mis ovejas y las pastorearé —oráculo del Señor Dios—. Buscaré a las ovejas perdidas y haré volver a las descarriadas; vendaré a las heridas y robusteceré a las débiles. Por lo que respecta a las robustas, las apacentaré como se debe» (Ez 34, 15-16).

Lo mismo le ocurre al pastor de la parábola, él es el que abandona la ocupación presente (cuidar del rebaño) y se concentra en una tarea urgente: *va a buscar la perdida*. Además no cesa en su empeño: *hasta que la encuentra*. El pastor vuelve a casa con la oveja sobre sus hombros. La alegría que experimenta no puede quedarse dentro, por ello la exterioriza y la convierte en fiesta compartida¹⁸. Ante el gozo del encuentro convoca a sus amigos y vecinos y los invita a alegrarse con él porque, tras perder la oveja, la ha encontrado.

16. I. GÓMEZ ACEBO (2008): *Lucas*, Estella (Navarra), pp. 423-428.

17. R. MEYNET (2015): *Luke, The Gospel of the Children of Israel*, Roma, pp. 541-542.

18. A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelio según San Lucas*, p. 274.

Esta parábola tiene un gran protagonista: el pastor, cuya identidad es tanto Jesús como el propio Dios. A la oveja solo se le pide dejarse encontrar, dejarse querer por un Dios que busca su salvación. Una vez conseguido el reencuentro, la alegría de Dios-pastor es desbordante, por lo que quiere compartirla organizando una fiesta. Aquí no encontramos un mensaje de conversión y arrepentimiento, solo de encuentro y de celebración¹⁹. Este modo de actuar que propone Jesús, chocaba con la idea de un Dios que exigía méritos a su pueblo y concedía su perdón solo a cambio de sacrificios. Jesús con esto está tocando los cimientos del sistema religioso de Israel.

Seguidamente, el evangelista cambia de escenario y pasa de la tierra al cielo. Con ello muestra la enseñanza que da todo el sentido a la parábola. Lo que ha ocurrido en la tierra tiene un paralelo en el cielo. La alegría por el encuentro de la oveja perdida es igual a la que hay en el cielo por un pecador que se convierte. La alegría por el pecador recuperado es mayor que la que producen los noventa y nueve justos. Lucas está dirigiéndose expresamente a los dos grupos presentes en la narración de la parábola. Los publicanos y pecadores, que buscan la conversión porque se han acercado a escuchar las palabras de Jesús, y los fariseos y escribas que por creerse justos no necesitan cambiar de vida²⁰.

A continuación, Jesús presenta otra parábola a modo de ejemplo por si no ha quedado claro el mensaje a los oyentes. Ahora cambian los protagonistas (un pastor de clase media por una mujer pobre) y sus respectivos objetos (una oveja por una moneda). La parábola de la moneda perdida es paralela a de la oveja perdida.

c) Otro ejemplo: una moneda se pierde (Lc 8-10)

«O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: “Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido”. Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

Parábola gemela a la anterior que se inicia con una pregunta retórica que exige necesariamente una única respuesta por parte de sus oyentes. En este caso

19. S. GARCÍA (2012): *Evangelio de Lucas*, Bilbao, p. 371s.

20. R. DILLMANN, C.A. MORA PAZ (2006): *Comentario al Evangelio de Lucas. Un comentario para la actividad pastoral*, Estella (Navarra), pp. 374-375.

es una mujer que tiene diez monedas y pierde una²¹. La reacción de búsqueda de la mujer que el narrador describe como afanosa, está expresado con tres acciones: encender una lámpara, barrer el suelo y buscar cuidadosamente, con incansable esfuerzo. Tras la meticulosa búsqueda, la mujer encuentra lo que había perdido. Es el mismo esquema que sigue el pastor con la oveja. Aunque ahora no se dice que la mujer se alegre, sino que directamente se alude al compartir su alegría. En este texto las convocadas son mujeres como es fácil de prever: amigas y vecinas. La frase que les dice la mujer es la misma que había expresado el pastor a sus amigos y vecinos, cambiando solo el objeto de la pérdida: «Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido».

De nuevo hay un cambio de escenario, de la tierra al cielo. La «alegría» rebasa la dimensión puramente humana. Los ángeles se alegran por un pecador que se convierte. Ahora se repite solo la primera parte del v. 7 de la parábola anterior; «Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta», omitiendo toda referencia a los nueve justos que no tienen necesidad de conversión.

El mensaje de ambas parábolas coincide. En este caso es la mujer la que tipifica la iniciativa de Dios que se afana insistentemente por encontrar al pecador. Lucas pretende mostrar la desmesura de Dios en la búsqueda de los seres humanos perdidos para su Reino y la alegría que experimenta al encontrarlos. Eso es lo que manifiesta Jesús al comer con los publicanos y pecadores. Esa es su misión: «El Hijo de hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10).

Con sus parábolas y actitudes, Jesús hace presente el amor de Dios que llega a los excluidos: publicanos y pecadores. Él cambia el paradigma de la pureza por el de la misericordia. Su proyecto de misericordia es un camino que hay que recorrer, sin escatimar esfuerzo, riesgo, o cualquier otra cosa que pueda apartarnos de él. Por ello el discípulo de Jesús ha de ser «misericordioso como vuestro padre es misericordioso» (Lc 6, 36).

5. Conclusión

El Dios de Jesús, es el Dios de la misericordia y la compasión que mueve a hacerse prójimo de quienes pasan necesidad y sufren. Ese Dios entrañable y

21. El texto habla de dracma, una moneda de plata que se acuñaba en distintas ciudades del Imperio. Es difícil calcular su valor; en un tiempo, un dracma era considerable, tanto que llegaba para comprar una oveja. En tiempos de Nerón, esta moneda fue sustituida por el denario, con paridad monetaria. En cualquier caso 10 dracmas no era una suma importante de dinero. Cf. FITZMYER, J.A. (1987): *El Evangelio según San Lucas, III*, Madrid, p. 667.

misericordioso supone una crítica a un orden social que establece normas y fronteras de todo tipo (étnicas, políticas, religiosas, económica) para definir con quién se debe ser solidario. La misericordia de Dios libera de esas ataduras humanas creando un mundo nuevo, con unas relaciones que dignifican al ser humano. La misericordia supone un amor que «padece con», que mueve a actuar para cambiar la situación de sufrimiento de tantos seres humanos. Jesús de Nazaret, con su persona y sus acciones, permite experimentar al Dios compasivo y misericordioso. A través de sus parábolas, quiere mostrar a un Dios que sale a buscar lo perdido para incluir; que ama entrañablemente a todo ser humano, que le duele su sufrimiento, y que quiere compartir con los pobres y pecadores su mesa.

Nuestro mundo hoy está necesitado de misericordia, por ello se hace necesario establecer la misericordia como un principio interno de actuación, presente y activo entre nosotros y que va configurando todo nuestro estilo de ser y de vivir. Así lo expresa el papa Francisco en la *Misericordie Vultus*: «La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia» (n. 10). Para ello necesitamos interiorizar el sufrimiento ajeno, permitir que penetre las entrañas y el corazón. Traducirlo en un comportamiento activo y comprometido que se vaya concretando en actuaciones dirigidas a paliar el sufrimiento humano o, al menos, aliviarlo. No pretender solamente la justicia, sino vivir la experiencia del perdón.

La misericordia ha de configurar todo lo que constituye nuestra vida: nuestra manera de mirar a las personas y de ver el mundo; nuestra manera de relacionarnos y de estar en la sociedad, nuestra manera de entender y de vivir la fe cristiana. Es tiempo de retornar a lo esencial. Nada hay más importante que hacerse prójimo de las dificultades y debilidades de nuestros hermanos, de salir a buscar lo que estaba perdido.

3. Dimensión pastoral catequética de la misericordia. La misericordia del señor cada día cantaré y anunciaré su fidelidad por todas las edades

Juan Luis Martín Barrios

Director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

Resumen

En las siguientes líneas se presenta una reflexión de la dimensión pastoral catequética de la misericordia a través de las palabras misericordia y fidelidad. El autor estructura su reflexión en tres pasos: primero se realiza un acercamiento al significado y contenido de la misericordia; segundo, se analiza el jubileo convocado

por el papa Francisco, y en tercer lugar, se lleva a cabo una recapitulación de las obras de la misericordia, analizadas desde un punto de vista pastoral y catequético, complementado con una mirada de la misericordia en la vida cotidiana. El artículo finaliza con una conclusión centrada en María como figura e imagen de la Iglesia y en la invocación que el pueblo cristiano hace a María como madre de la misericordia.

Palabras clave: Misericordia, fidelidad, pastoral, catequética, obras de misericordia, María.

Abstract

On the following lines it is introduced a reflection on the catechetical and pastoral dimension of mercy through the words mercy and faithfulness. The author structures his reflection in three steps: first, an approach to the meaning and content of mercy; second, the call from Pope Francis to the jubilee of mercy, and third, the works of mercy are summarized and analyzed from a pastoral and catechetical point of view, completing with a look of mercy in daily life. The article finishes with a conclusion focused in Mary as image of the Church and being known to Christians as mother of mercy.

Key words: Mercy, faithfulness, pastoral, catechetical, works of mercy, Mary.

La misericordia siempre ha formado parte de la catequesis y de la pastoral en la Iglesia, tanto en la teoría como en la práctica. Desde la formulación de quién es la Providencia divina, la vivencia del mandamiento nuevo hasta el aprendizaje de las bienaventuranzas y el ejercicio de las obras de misericordia. Pensemos la tarea pastoral ordinaria en una parroquia, una asociación o movimiento, una congregación religiosa que, fieles a la misión según su carisma, se entregan a la enseñanza, a visitar enfermos, atender ancianos, aconsejar a quien lo necesita, acercarse a los presos, acoger al peregrino, etc.

Introducción

Misericordia y fidelidad son dos palabras entrañables en el corazón del pueblo de Israel y de la Iglesia, pues expresan dos de las experiencias fundantes de su relación con Dios. Dios se nos revela en su misericordia y el hombre le corresponde en fidelidad. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, el salmo 88, con el que titulamos nuestro artículo, celebra el amor fiel de Dios manifestado en la creación, en la elección de su pueblo y, sobre todo, en el sello de la alianza/promesa con David y su descendencia. Misericordia y fidelidad se abrazan y se corresponden. El mismo David, cuando falla en su fidelidad, abrirá su corazón al Señor y dirá: «Misericordia Dios mío por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa» (Sal 50). En el Nuevo Testamento, las parábolas de la oveja perdida, del hijo pródigo (Lc 15, 1-7, 11-32) y del buen Samaritano (Lc 10, 27-35) son páginas inspiradas, entrañables y provocadoras, sugerentes y sugestivas, cautivadoras y profundas, son un derroche de luz que nos descubren el verdadero rostro misericordioso de Dios, nuestro Padre. Las dos palabras, misericordia y fidelidad, nos servirán de hilo conductor para desarrollar la dimensión pastoral y catequética de la misericordia. Con este objetivo, estructuramos el artículo en tres partes: en la primera, nos adentraremos en el corazón mismo de la misericordia y nos preguntaremos: ¿qué es?, ¿en qué consiste?; partiremos de una experiencia humana, misericordiendo, descubriremos que la misericordia es y está en el ADN de Dios y que allí donde se den situaciones de miseria serán para Dios ocasiones de misericordia. En la segunda parte, nos centraremos en el jubileo convocado por el papa Francisco, nos preguntaremos qué es un jubileo, cuál es su origen y desarrollo, por qué este jubileo extraordinario, su sentido de vendar corazones heridos y abrir prisiones injustas, y vivirlo en y desde la Iglesia, sacramento de la misericordia de Cristo y transparencia de Dios, que se conmueve y nos conmueve. En la tercera parte, recordaremos las obras de misericordia, a cada una de las cuales acompañaremos con un breve comentario pastoral y catequético, que completaremos con una mirada a nuestra vida cotidiana en relación con la misericordia. Las tres partes están precedidas por esta introducción y se cierran con la correspondiente conclu-

sión en la que miramos a María, icono de la Iglesia, y a la que invocamos como madre de la misericordia..

I. La misericordia es y está en el ADN de Dios

I.1. Misericordiendo: Gozar del tesoro escondido dentro de mí

En abril de 2010, concluía un periodo de catequesis de iniciación cristiana con jóvenes y adultos que habían solicitado el sacramento de la Confirmación. En el último encuentro, mientras recogíamos nuestras cosas, Aurora, una mujer casada y madre de familia, me preguntó: «Juan Luis, ahora sin papeles y espontáneamente, dínos ¿qué es para ti creer? ¿qué significa la fe en tu vida?». Puedo confiaros que, sin dudar, respondí: «Es la experiencia de sentirme querido por Dios a pesar de mi debilidad, es dejarme estrechar por Él, es sentirme achuchado por el Padre. Como tantas veces tu achuchas a tu hijo que hasta, como dice la gente, le “comerías las entrañas”, o como en tantas ocasiones estrechas a tu marido en el gozo de un amor desbordante o en el sufrimiento de un dolor insufrible, así experimento yo la fe». Sí, percibir que, esté donde esté y esté como esté, el Padre me acompaña, me guía, me compadece, me perdona, me alienta, me fortalece, me comprende, me alegra... Son rasgos de la misericordia, uno de los principales atributos de Dios. Cómo he disfrutado al escuchar al papa Francisco decir que «el nombre de Dios es Misericordia». En este sentido, me han informado que los judíos practicantes, al despertar cada día, su primer pensamiento es para Yavé, a quien se dirigen con las palabras: «Baruk Adonai» (Bendito seas, Señor); de ellos aprendo que, como cristiano, tengo también muchos motivos cada día para bendecir, alabar y agradecer a Dios, nuestro Padre, por el tesoro escondido dentro de mí: el don de la vida, gracias a mis padres; el don de la fe, gracias al Bautismo; y el don de la vocación, gracias a la Iglesia. Un tesoro en tres dones, frutos de la misericordia entrañable del Padre. Un tesoro para el júbilo y el jubileo.

I.2. ¿Qué es la misericordia? ¿Cuál es su entraña?

En su etimología «miser-cordis», nos habla de la capacidad que tiene el corazón para compadecerse de las pobrezas, las debilidades y las miserias de los otros. Desde su significado griego, «pathos» nos indica su relación con el sufri-

miento, el dolor y la pasión y también con el afecto y el mundo de los sentimientos. De ahí que tengamos simpatía o empatía y, lo contrario, antipatía o apatía. Entre el corazón de piedra y el corazón de carne está la conversión, que es un don de Dios. La misericordia, que en español la traducimos por ternura, amor entrañable, es la clave para indicar el actuar de Dios hacia los hombres, hacia nosotros. De hecho, es el atributo que todas las religiones refieren a Dios. Es una palabra que alude a una realidad humana y divina. Así lo expresa el papa Francisco: «Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado» (MV 2).

1.3. Las situaciones de miseria son para Dios ocasiones de misericordia

Todos somos y estamos necesitados de ternura y compasión. La ternura es uno de los rasgos innatos y referentes en el corazón humano. Todos necesitamos ser estrechados y nos realizamos al estrechar a otros, como decíamos antes. El «te comería las entrañas» de la madre a su hijo o a su hija, que achuca en su regazo; la caricia suave y mutuamente agradecida en el rostro del anciano o de la abuela; el abrazo arrebatador entre el hombre y la mujer enamorados, sean novios o casados; la mirada confiada y los gestos de pastor que el sacerdote ofrece a todos, especialmente a los débiles, a los pobres de cualquier clase y condición, son experiencias de ternura y compasión¹.

La misericordia es como una moción «tríper» que habla de entrañas y una moción visceral que implica el corazón, una moción profunda que lleva a empatizar; a entender; a comprender al otro precisamente en su límite, en su debilidad, en su miseria y en su pecado. La misericordia es como el amor poniéndose en marcha, saliendo para ponerse en acción y ser bondad, consuelo, perdón, ayuda, justicia, paz. En este sentido, santo Tomás nos ayuda a comprender que la misericordia «no es» tolerancia ciega, no es justificación del pecado y, sobre todo, no es un derecho. La misericordia «es» una realidad, viva y verdadera, que viene al encuentro de la miseria humana y, por un misterio de absoluta y divina libertad,

1. Pastoral, Enseñanza y Catequesis (2015): *Al servicio de la Palabra*, en Conferencia Episcopal Española, *Jubileo de la misericordia. Un año de gracia del Señor*, Madrid, pp. 5 y 6.

«salva» esta miseria humana no cancelándola, ignorándola u olvidándola, sino encargándola, haciéndose cargo «personalmente». La misericordia es una Persona, es Cristo, encarnado, muerto y resucitado. Él ofrece a cada hombre y mujer una relación personal de verdad y de amor; y todo esto, desde nuestra perspectiva de pobres pecadores, asombrados y sorprendidos, se llama: «misericordia». Podríamos definirla como un sentimiento interior de compasión y piedad ante las desgracias ajenas que impulsa a socorrer a quienes las padecen. Tiene un sentido y campo de acción muy amplio y la denominamos también: compasión, piedad, perdón, gracia, favor, benevolencia, con sus diversos matices y que tienen su origen y fundamento último en el amor a Dios y al prójimo.

Aunque se trata más ampliamente en este número de la revista, decir que la misericordia en el Antiguo Testamento tiene ya un lugar destacado y se expresa, sobre todo, con dos términos: *rajamim*, plural que significa literalmente «entrañas», sede, en la concepción de los semitas, de los sentimientos íntimos y profundos; amor entrañable, decimos nosotros, responde al griego: *oiktirmós* y literalmente a *splánjina*. El segundo es *jésed* que tiene un sentido más amplio que el anterior: piedad, condescendencia, gracia, lealtad. Proviene más que de un sentimiento espontáneo, de un acto consciente que lleva a un acto favorable de la voluntad. Se traduce ordinariamente por el griego *éleos*, que nosotros traducimos por misericordia, e implica relación de fidelidad entre dos seres. «Recibe con ello la misericordia una base sólida; no es ya únicamente el eco de un instinto de bondad, que puede equivocarse acerca de su objeto o su naturaleza, sino una bondad consciente, voluntaria; es incluso respuesta a un deber interior, fidelidad consigo mismo» (X. Léon-Dufour).

2. Un Jubileo que recrea y enamora

¿Qué es un Jubileo? ¿Cuál es su origen y desarrollo? ¿Por qué el papa Francisco ha convocado el Año Santo Extraordinario sobre el tema de la misericordia? ¿Por qué ha sido elegida la fecha del 8 de diciembre para dar inicio a dicho Jubileo?

2.1. Jubileo, origen y desarrollo

El Jubileo es un tiempo «apocalíptico» en el sentido etimológico del término; un tiempo de «revelación» de la «realidad verdadera», «de lo auténtico ante Dios y ante los hombres», más aún, del nuevo sentido y valor que la fe cristiana concede a la vida, al «tiempo presente». Institucionalmente el jubileo, sea antiguo

o sea nuevo, se proclamó para ofrecer descanso, libertad y perdón. Así lo vivía Israel que cada siete años celebraba uno sabático (Lev 25, 4; Ex 21, 2; Dt 15, 1-2) y cada cincuenta años uno jubilar (Lev 25, 10-13). En el cristianismo se le da un valor nuevo como tiempo de gracia del Señor:

En la antigüedad hebrea, el Jubileo, que, como decimos, se celebraba cada cincuenta años, consistía en un año en el cual se esperaba esta «novedad» de vida, y durante el cual había gestos simbólicos y concretos, como el descanso de la tierra, la restitución de los terrenos confiscados y la liberación de los esclavos. Después, en el cristianismo, este descanso, esta reconciliación, esta liberación encuentran pleno y definitivo cumplimiento. Para simbolizar este tiempo de gracia, el pueblo de Israel inauguraba el Jubileo con el sonido de un cuerno de carnero, en hebreo *yobel*, y el pueblo cristiano, la Iglesia, lo inaugura con la apertura de la Puerta Santa.

El jubileo que procede de Jesucristo tiene otras intensidades y otras profundidades. El antiguo era como un ensayo, como un anticipo, Cristo lo transforma y lo plenifica. El antiguo se mueve más en la materialidad, el nuevo es jubileo del espíritu en el Espíritu. Cristo nos da el verdadero descanso, la auténtica libertad y el entrañable perdón porque nos asegura, nos regala a Dios, nos visibiliza la misericordia de Dios. En efecto, el cristianismo, con la llegada de Cristo al mundo y su inserción en la historia, al revestirse de nuestra pobre humanidad el Hijo de Dios, le concede un valor nuevo e infinito. De hecho, desde que Dios se hizo Hombre y Jesucristo murió y resucitó, cada instante de la vida se ha convertido en «ocasión» de relación con él, de encuentro vivo y vivificante con él y de ofrenda de la propia vida a él. Por tanto, podemos decir que este Año jubilar viene y está «absorbido» por la gracia. En él, la Iglesia, como Madre llena de ternura y sacramento de misericordia, se esfuerza por multiplicar las «ocasiones de gracia», sobre todo en lo relacionado con el perdón. El amor y el perdón son simultáneos².

2.2. ¿Por qué la fecha del 8 de diciembre de 2015 al 20 de noviembre de 2016?

El Papa ha escogido el 8 de diciembre para celebrar un aniversario particularmente significativo en la historia más reciente de la Iglesia: la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Muchos son los frutos de gracia que el Señor ha dado a la Iglesia y al mundo a través de aquel acontecimiento, soplo del Espíritu Santo.

2. Pastoral, Enseñanza y Catequesis (2015): «Presentación» e «introducción general», en *Conferencia Episcopal Española, Jubileo de la misericordia. Un año de gracia del Señor*, Madrid, pp. 5 y 6.

Además, esta fecha de inicio del Jubileo, solemnidad de la Inmaculada concepción, el Papa nos llama a todos a fijar la mirada y el corazón en María, «reina y madre de misericordia». Así Papa Francisco ha puesto este Año santo bajo su protección, también nosotros nos ponemos cada uno bajo su mirada diciendo: «vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos» (cf. MV 3 y 4).

«El Año jubilar se concluirá en la solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey del Universo, el 20 de noviembre de 2016. En ese día, cerrando la Puerta Santa, tendremos ante todo sentimientos de gratitud y de reconocimiento hacia la Santísima Trinidad por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia. Encomendaremos la vida de la Iglesia, la humanidad entera y el inmenso cosmos a la Señoría de Cristo, esperando que derrame su misericordia como el rocío de la mañana para una fecunda historia, todavía por construir con el compromiso de todos en el próximo futuro. ¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros» (MV 5).

Mirando la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), en este año jubilar se esperan muchas vueltas a casa de hijos pródigos, mucha conversión a la misericordia de hermanos mayores y mucha vivencia entrañable de abrazos y besos por parte del Padre. Sí, el jubileo es el tiempo en que la misericordia de Dios se manifiesta con mucha intensidad. No es el creyente el que consigue salvación y gracia con su esfuerzo espiritual, repitiendo oraciones, haciendo peregrinaciones o abriendo puertas. Es Dios quien derrama el júbilo de su Espíritu a quien se dispone a recibirlo, a quien se pone en camino o a quien se abre a Él. A más apertura, más júbilo; a más pobreza interior, más riqueza de indulgencias; a más deseo, más bendición; a más caridad, más misericordia.

2.3. ¿Por qué el papa Francisco convoca este Jubileo?

«En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos. En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a venderlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide des-

cubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo» (MV 15).

2.4. Un año santo para vendar los corazones heridos y abrir las prisiones injustas

Los cristianos, al mirar a Jesucristo y buscar seguirle, nos sentimos interpe- lados y urgidos por su mirada compasiva ante las personas y la realidad sufriente en la que muchos seres humanos están instalados bien a su pesar. Confrontados con la pregunta «¿quién es mi prójimo?», no podemos evadir la respuesta buscando motivos para pasar de largo ante quien ha sido apaleado y abandonado en el camino.

Ante la situación de postración que viven muchos hombres y mujeres a nuestro alrededor, la conversión del corazón pasa por cultivar una mirada «compasiva» hacia la realidad. Es necesario, ante todo, saber mirar. Estamos tan acostumbrados a vivir deprisa, a usar y tirar, a obsesionarnos con mil preocupaciones, que no tenemos tiempo, damos rodeos ante el sufrimiento ajeno, o lo que es peor, perdemos la sensibilidad para leer cuanto sucede a nuestro alrededor. El Papa lo ha llamado la globalización de la indiferencia.

Pero no basta mirar y situarnos ante el mundo como meros espectadores. Es necesaria una mirada «misericordiosa» sobre la realidad y las personas que nos implica en la primera línea y nos hace sanadores que vendan heridas y pres- tan cabalgadura. Francisco nos propone una «revolución pastoral» que sea capaz de poner en primer plano la acción misericordiosa de Dios que sana y libera a las personas, que en Jesucristo ha abrazado a los pequeños y a los pobres, que está de parte de los más abandonados, de los más necesitados de cualquier clase y condición.

2.5. La misericordia en la Iglesia

Si la misericordia de Dios se ha hecho presente, patente y operante en Je- sucristo, la misericordia de Cristo está llamada a hacerse también presente, paten- te y operante en la Iglesia. Ella lleva en su mismo «código genético» la marca de la

misericordia. En efecto, la Iglesia, por la acción del Espíritu Santo, es sacramento de la misericordia de Cristo y transparencia del Dios que se/nos conmueve: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40).

Dios y los pobres son las dos pasiones continuamente «presentes» en Jesús. Dios y los pobres son las dos asignaturas continuamente «pendientes» de la Iglesia. El Espíritu Santo impulsa con su brisa, su viento y su fuego a la Iglesia en esta doble dirección. Ella es «sacramento de Jesucristo al igual que Jesucristo es, en su humanidad, sacramento de Dios». Esta afirmación del P. H. de Lubac recoge una sólida doctrina, que aparece rubricada en muchos pasajes del concilio Vaticano II (LG 9 y 46; GS 45).

Recordamos que sacramento es un signo visible de una realidad invisible, en la que Jesucristo hace transparente y operante su salvación. Por eso hemos dicho que la Iglesia hace presente, patente y operante la misericordia. Si bien es verdad que dicho don no queda encerrado dentro de las linderas de la Iglesia, sino también en todos los hombres de buena voluntad en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible, también es verdad que la Iglesia, por la acción del Espíritu Santo, reconoce claramente, anuncia explícitamente, celebra sacramentalmente, practica personal y comunitariamente y suplica humildemente la misericordia de Dios. Ser en el mundo el sacramento de la misericordia de Dios es para la Iglesia don y tarea, sí, pero, a la vez, una fuente perenne de interpelación y compromiso³.

La Iglesia, como nos recuerda el papa Francisco, «tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio» (EG 114). Así hemos recibido este proyecto misionero de vivir la misericordia durante los siglos XX y XXI que, a través de los Sucesores de Pedro, ha sido la línea de fondo y el eje transversal de sus respectivos pontificados. Veamos:

San Juan XXIII, el «papa bueno», al convocar el concilio Vaticano II invita a emplear «la medicina de la misericordia» y afirma que la Iglesia debe ser de todos, especialmente de los pobres.

El beato Pablo VI, en la conclusión de dicho Concilio, hablaba de él en términos de caridad, afecto y admiración volcado hacia el mundo contemporáneo. Es más, afirmaba que «la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad».

3. Cf. J. M.^a URIARTE (1995): *Acoger y ofrecer la misericordia. Carta pastoral de cuaresma*, Zamora, pp. 51-62; W. KASPER (2015): *La misericordia. Clave del evangelio y de la vida cristiana*, Santander, pp. 155-177.

El papa Juan Pablo I, tras la leve brisa de su presencia, nos dejó el testimonio de su sonrisa y la expresión de su ternura en las catequesis de «Ilustrísimos señores».

San Juan Pablo II hablaba de «la hora de una imaginación de la caridad, que promueva no tanto y no solo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno» (TMI 50). Toda su comprensión sobre la misericordia nos la dejó como herencia en dos cartas encíclicas: *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*.

Benedicto XVI nos ofrece ya, desde el principio, la carta encíclica *Deus caritas est*, donde la caridad aparece en el centro de la fe cristiana, que será la línea de fondo de su ministerio petrino. Apoyado en IJn 4, 16, el papa y teólogo, descubre el corazón de la fe cristiana, la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre, de su camino y de su vida cristiana (DC 1). Más adelante, nos «habla del corazón que ve»: «El programa cristiano, el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús, es un corazón que ve. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia» (DC 31).

El papa Francisco, en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nos recuerda que el Hijo de Dios, en su encarnación, nos invita a la «revolución de la ternura» (EG 3). La Iglesia, fiel a Jesucristo, su único Señor, e impulsada por el Espíritu Santo, nos acerca al gran río de la misericordia que brota del corazón de Dios: «La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio. Ella sabe que la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo. La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la revelación de Jesucristo. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tendrá necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable es la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene» (MV 25)⁴.

4. Cf. Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización (2015): *Misericordiosos como el Padre*, Madrid, pp. 393-417; P. MARCELA (2015): «El proyecto misionero de la misericordia en el contexto de la Nueva Evangelización», en AA.VV., *Misericordiosos como el Padre. Claves y propuestas para la comunidad evangelizadora*, Madrid, pp. 19-28.

En este sentido, la Conferencia Episcopal Española acaba de ofrecernos la Instrucción Pastoral *Iglesia servidora de los pobres*, un buen documento de reflexión y orientación que tiene audacia profética⁵.

3. Las obras de misericordia

Y nos sigue diciendo el Papa en la bula de convocatoria del Jubileo: «Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos» (MV 15).

3.1. ¿Qué son las obras de misericordia?

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice: «Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales. Instruir, aconsejar, consolar, confortar son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios» (CCE, 2447).

Expresión de Mt 25, 31-46, las obras de misericordia son un hermoso catálogo de acciones, o mejor, de sentimientos y actitudes, que hacen efectivo y concreto el precepto del amor fraterno, distintivo de los cristianos. La Iglesia nos propone practicar y vivir estas obras de misericordia en todo tiempo y en toda oca-

5. Conferencia Episcopal Española (2015): *Iglesia servidora de los pobres*, Ávila.

sión; pero especialmente, nos las recuerda para que sepamos ponerlas en práctica a lo largo de la Cuaresma, como una buena preparación al Misterio Pascual de Cristo⁶.

3.2. ¿Cuántas son las obras de misericordia?

Las principales obras de misericordia son catorce: siete corporales y siete espirituales. Como decíamos antes, la catequesis nos ha ofrecido la formulación de dichas obras y en la acción pastoral de la Iglesia se ha cuidado el practicarlas con especial esmero. Estas son:

Obras de misericordia corporales:

- 1) Visitar y cuidar a los enfermos.
- 2) Dar de comer al hambriento.
- 3) Dar de beber al sediento.
- 4) Dar posada al peregrino.
- 5) Vestir al desnudo.
- 6) Visitar a los presos.
- 7) Enterrar a los difuntos.

Obras de misericordia espirituales:

- 1) Enseñar al que no sabe.
- 2) Dar buen consejo al que lo necesita.
- 3) Corregir al que se equivoca.
- 4) Perdonar al que nos ofende.
- 5) Consolar al triste.
- 6) Sufrir con paciencia los defectos del prójimo.
- 7) Rezar a Dios por los vivos y difuntos.

Las obras de misericordia no tienen por qué ser catorce, sino tantas cuantas miserias encontremos en el camino. Por otra parte, no es tanto cuestión de hacer, sino de ser. No basta con hacer obras de misericordia, hay que ser misericordiosos. Es posible que muchas veces no podamos hacer nada pero siempre podemos sentir, estar, compartir misericordiosamente. Las comentamos brevemente:

a) *Obras de misericordia espirituales:* La lista de las obras de misericordia espirituales la ha tomado la Iglesia de textos que están a lo largo de la Sagrada Es-

6. Cf. Pontificio Consejo..., *Misericordiosos como el Padre*, pp. 471-523; Cf. W. KASPER: *La misericordia...* pp. 133-154; Cf. www.misasmalaga.com.

critura y de las actitudes y enseñanzas del mismo Cristo: el perdón, la corrección fraterna, el consuelo, soportar el sufrimiento, etc. Estas son:

— Enseñar al que no sabe

Con frecuencia nos narra el evangelio que Jesús «enseñaba» (cf. Mt 4, 1-20; 5, 2ss; Lc 11, 1-4). Y la ciencia es uno de los dones del Espíritu Santo. Se trata de informar y abrir horizontes, sobre todo en las cosas de la vida, a quienes lo necesitan por estar desorientados o por falta de conocimiento. Es una bonita obra de misericordia, pero a veces nos encariñamos tanto con ella que queremos dar lecciones a todo el mundo. Esta misericordia debemos practicarla con moderación. A lo mejor es preferible que te dejes enseñar. Esto también es obra de misericordia: saber escuchar y agradecer lo que has aprendido. Todos necesitamos aprender unos de otros, incluso el profesor del alumno, el padre del hijo y el empresario del obrero. Enseña, sí, al que no sabe, pero sin humillarle. Enséñale a saber. Y, no haría falta decirlo, para que sea obra de misericordia se necesita una condición: la gratuidad.

— Dar buen consejo al que lo necesita

Jesús aconsejaba cuando se le pedía (cf. Lc 18, 18-30). El consejo es también otro de los dones del Espíritu Santo. Por eso, quien pretenda dar un buen consejo debe, primeramente, estar en sintonía con Dios, ya que no se trata de dar opiniones personales, sino de aconsejar bien al que esté necesitado de guía. Da un consejo, pero sin paternalismo. Da un consejo, pero cuando el otro te lo pida, lo quiera o de verdad lo necesite. Da un consejo, pero siempre que estés tú dispuesto a recibirlo. Un buen consejo, una palabra orientadora, puede ser luz en la noche, puede ahorrar muchos tropiezos y caídas, puede salvar una vida del fracaso y la desesperación. Esta obra de misericordia ha de hacerse con naturalidad, respeto y cariño.

— Corregir al que yerra

La corrección fraterna la explica el mismo Jesús: «Si tu hermano peca contra ti, repréndelo a solas...» (Mt 18, 15-17). Sí, la corrección fraterna es una obra de misericordia, pero cuando se hace desde la humildad y desde el amor. Desde la humildad, reconociendo que también nosotros nos equivocamos. No queramos sacar la paja en el ojo ajeno, sin darnos cuenta de nuestra viga. Desde el amor, no para herir al hermano sino para salvarle, pues «el hombre que rechaza la corrección, fracasará de repente y sin remedio» (Prov 29, 1). Esta obra de misericordia se refiere también al pecado, de hecho algunos la formulan así: corregir al pecador. En cualquier caso, siempre se ha de hacer con mansedumbre, cariñosa, delicada y simpáticamente.

— Perdonar las injurias

Así nos lo enseña Jesús en la oración dirigiéndose al Padre: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Y el mismo Señor comenta: «Si perdonáis las ofensas de los hombres, también el Padre celestial os perdonará...» (Mt 6, 12, 14-15). Perdonar las ofensas conlleva superar la venganza y el resentimiento. Significa tratar con amabilidad a quien nos ha ofendido. Es de lo más difícil. Por eso Jesús nos dio un ejemplo maravilloso, sobre todo en la cruz (Lc 23, 34), y nos cogió la palabra en la oración que puso en nuestros labios. Esta es una de las obras de misericordia más cristiana. Perdona, aunque la ofensa te duela mucho. Perdona setenta veces siete. Perdona, si puedes, hasta olvidar. Perdona y ama. Y perdónate también a ti mismo.

— Consolar al que está triste

Lo hacía con frecuencia Jesús, esta bienaventuranza entra de lleno en su ministerio (Mt 8, 1-17; Lc 7, 1-17). Cada uno de nosotros tendría que ser un ángel del consuelo, como el que se acercó a Jesús en su agonía, y escribir cada día alguna página del libro de la Consolación. Son muchas las personas que sufren la tristeza, a veces por cosas bien pequeñas. ¡Resulta tan fácil y tan bonito hacer felices a los demás! Podría bastar una palabra, una sonrisa, una explicación, un desahogo, un gesto de cariño. A veces bastará con saber estar y acompañar a quien sufre física, moral o espiritualmente. El que consuela se parece a Dios, que se dedica a enjugar las lágrimas de todos los rostros.

— Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos

La paciencia está en la base de todas las virtudes. Jugando con la palabra podemos decir que es la ciencia de la paz. Jesús hablaba de la paciencia en la vida diaria (Mt 13, 24-30; Lc 13, 6-9) y su saludo pascual es siempre «paz». Damos por supuesto que todos tenemos flaquezas, ¡hombre!, el prójimo no es un cielo, como piensa el enamorado, ni es un infierno, como piensa el existencialista. Puede ser el limbo o el purgatorio o la antesala del paraíso. A veces, cuando el soportar los defectos del otro causa más daño que bien, con caridad y suavidad debe hacerse la advertencia. La convivencia es fuente de alegría y enriquecimiento, pero es también una llamada al vencimiento y el vaciamiento. Lleva con paciencia las flaquezas del prójimo... y las tuyas. Te ayudarán a crecer en el amor y la misericordia. Como Dios, que tiene paciencia infinita con nosotros. Y llévalas también con humor. La providencia de Dios nos ayuda a sacar bien del mal.

— Rogar a Dios por los vivos y difuntos

Jesús oraba y enseñó a sus discípulos a orar (cf. Lc 5, 16; 17, 1-26; Mt 6, 5-15). Rezar no es una rutina. Rezar es amor. Cuando rezas por alguien te solidarizas

con él, lo quieres como a ti mismo. No rezas para ablandar el corazón de Dios, sino para agrandar el tuyo. Rezar es llenar tu corazón de nombres. Ruega a Dios por los vivos y difuntos y sentirás cómo crece la comunión de los santos. Ya en el Antiguo Testamento se nos indica la necesidad de orar por los difuntos para que sean libres de sus pecados (cf. 2Mac 12, 46). El mismo Jesús oró ante la tumba de su amigo (Jn 11, 40-44). Rezar por los demás, vivos y difuntos, te hace bien a ti mismo, porque te ayuda a amar y te compromete para hacer realidad, en la medida de tus fuerzas, aquello que pides. Es cierto que Dios conoce nuestras necesidades pero quiere que seamos como Él, hombres y mujeres de corazón grande, donde nos quepan todos.

b) *Obras de misericordia corporales*: Las obras de misericordia corporales, en su mayoría surgen de una lista hecha por Jesucristo en su descripción del Juicio Final (cf. Mt 25, 31-46). Estas son:

— Visitar y cuidar a los enfermos

«Porque estuve enfermo y me visitasteis» (Mt 25, 36). Atender a los enfermos y ancianos física, espiritual y moralmente es una obra de misericordia que no puede ni debe quedar en mero cumplimiento (= cumplimiento y miento). Más en los tiempos que nos toca vivir. El mejor ejemplo es la parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 30-37). En dicha parábola se retrata Jesús de cuerpo entero. No es una visita desde lejos, una visita de rodeo, sino algo que signifique cercanía y compasión. Una visita que suponga comunicación, ayuda, cuidado, ternura, consuelo, confianza. Los enfermos y ancianos son partecitas del cuerpo doliente de Cristo. Hay muchas clases de enfermedades y de enfermos. No están solo en los hospitales; los hay también en casa, en el trabajo y en la calle. Todos tenemos alguna enfermedad o alguna dolencia. Por eso tenemos que tratarnos comprensiva (= comprender, prenderme con) y compasivamente (com-pasión, padecer con).

— Dar de comer al hambriento

«Porque tuve hambre y me disteis de comer» (Mt 25, 35). Hay que compartir el pan, ¡hay tantas hambres! Pero no basta. Hay que hacerse pan y pan partido, como hizo nuestro Señor Jesucristo. El pan es fraternidad y es vida. El pan partido y compartido es amor (cf. Jn 6, 1-15). Pero ¡atención! No solo se trata del pan material, pues «no solo de pan vive el hombre» (Mt 4, 4), sino del pan de la Palabra de Dios y el pan de la Eucaristía. Hay que llenar estómagos, sí, pero también cabezas y corazones.

— Dar de beber al sediento

«Porque tuve sed y me disteis de beber» (Mt 25, 35). Dar un vaso de agua es fácil y es bonito. Saciarse otra sed más profunda es difícil. Nos referimos al agua

del Espíritu. Saciarse la sed definitivamente es imposible. Pero alguien puede hacer brotar en las entrañas una fuente de agua viva, gozosa, inagotable (cf. Jn 7, 37-39). Tú puedes ayudar a hacer posible el milagro del agua como sucedió con la Samaritana junto al pozo de Jacob (cf. Jn 4, 1-30).

— Dar posada al peregrino

«Porque fui forastero y me hospedasteis» (Mt 25, 35). En la antigüedad, la hospitalidad era un don de Dios y tarea de los hombres. El mismo Jesús lo refiere a sus discípulos al comienzo de la misión (Lc 10, 5-9). San Bernardo recoge esta preciosa herencia y dice a sus monjes: «cuando alguien llame a tu puerta, acógelo como si fuera nuestro Señor Jesucristo». Hoy no es fácil abrir la puerta de la casa, cada vez más defendida, pues tenemos muchos prejuicios y, a veces, experiencias negativas. Son muchos los peregrinos que llaman a nuestra puerta: mendigos, transeúntes, extranjeros, refugiados, drogadictos... Toda una herida abierta, que exige soluciones no solo personales sino estructurales. Acoge al que llama a la puerta de tu casa, pero no solo materialmente sino cordialmente. Todo el que se acerca a ti es un peregrino, que a lo mejor solo te pide una palabra, una sonrisa o una escucha. No podemos olvidar que el forastero es mi hermano.

— Vestir al desnudo

«Porque estuve desnudo y me vestisteis» (Mt 25, 36). Decían los santos padres (siglos II-III) que la ropa y los zapatos de quienes van desnudos y descalzos están en tu armario. Aquí, entre nosotros, no encontraremos muchos desnudos que vestir. Suelen estar lejos. Quizá haya otro tipo de vestiduras, mejores que la capa de san Martín, que sí debes poner: la vestidura del honor, del respeto, de la protección. Siempre tendrás que cubrir la desnudez del prójimo con el manto de la caridad. Hay otro problema relacionado con esta obra de misericordia, algo mucho más grave que no vestir al desnudo, es el desnudar al vestido. Muchas veces, sin quererlo ni saberlo, estamos contribuyendo con nuestros hábitos injustos y consumistas a la pobreza de personas y países. Esto es ya tema de justicia. Y atentos, son los muchos millones a los que estamos desnudando. «Sí, pues, ha de ir al fuego eterno aquel a quien le diga: estuve desnudo y no me vestiste, ¿qué lugar tendrá en el fuego eterno aquel a quien le diga: estaba vestido y tú me desnudaste?» (San Agustín).

— Redimir al cautivo (o visitar presos)

«Porque estuve en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25, 36). En el pasado, y aún en nuestros días, los cristianos pagan por liberar esclavos o se cambiaba por prisioneros inocentes. Recordamos a la orden de la Merced, a san Maximiliano M.^a Kolbe y a la asociación de Ayuda a la Iglesia Necesitada. Esta obra de misericordia

consiste en visitar a los presos y prestarles lo que necesiten para una reinserción humana. También acompañar a sus familiares. No está en nuestras manos sacar a los presos de la cárcel, pero sí podemos aliviar y orientar a los presos que están en la cárcel. No podemos quitar las esposas de las muñecas, pero sí podemos quitar las cadenas del alma. Hay muchas cárceles y esclavitudes íntimas. Es tarea nuestra, es obra de misericordia, liberar a todos los cautivos: desde el preso al drogadicto, desde el avaricioso al consumista, desde el lujurioso al hedonista, desde el hincha al fanático de lo que sea.

— Enterrar a los muertos

El mismo Jesús, que no tenía donde reclinar la cabeza, reposó en un sepulcro cedido por José de Arimatea. Y no solo eso, tuvo el valor de presentarse ante Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús para enterrarlo. También participó Nicodemo, quien ayudó a sepultarlo (Jn 19, 38-42). En nuestra sociedad moderna, de esto ya se encargan las funerarias. Tú envuelve a los difuntos en la oración esperanzada, en el amor y el agradecimiento. El problema está más no en los que se van sino en los que se quedan. La muerte de un ser querido deja casi siempre heridas sangrantes. Es una obra de misericordia estar cerca de los que sufren por estas muertes. Cuando damos el pésame o «acompañamos en el sentimiento», que no sea una rutina o una palabra vacía. Pero ¿por qué es importante para los cristianos dar digna sepultura al cuerpo humano? Porque el hombre y la mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios y porque sus cuerpos han sido alojamiento, templos, del Espíritu Santo (Gn 1, 27 y I Cor 6, 19).

Hoy circulan entre nosotros diversas formulaciones de «otras obras de misericordia y de liberación». Recogemos un ejemplo. Las siete primeras son más personales o individuales y las otras siete más comunitarias o colectivas. No anulan ni restan a las anteriores, sino que las complementan y actualizan. Así:

Podríamos también hablar de catorce obras de misericordia, de liberación y de salvación. Las siete primeras son individuales, las otras siete son colectivas.

Las individuales son estas:

- 1.^a Acompañar y alegrar al que está solo, singularmente al anciano.
- 2.^a Llenar de esperanza al desilusionado y deprimido.
- 3.^a Ayudar y apoyar a encontrar trabajo, especialmente a los jóvenes.
- 4.^a Acoger y reinsertar al transeúnte, al extranjero, al sin papeles.
- 5.^a Educar, rehacer y dar una nueva oportunidad al delincuente.
- 6.^a Rescatar al cautivo de la droga, el alcohol o el sexo.
- 7.^a Dignificar a quien se ha prostituido.

Las siete colectivas son estas:

- 1.^a Promocionar a los pueblos subdesarrollados.
- 2.^a Defender los derechos de los marginados y excluidos.
- 3.^a Combatir las injusticias y la opresión.
- 4.^a Defender el desarme y la no-violencia.
- 5.^a Liberar de la tiranía del consumo y promover una sana ecología.
- 6.^a Trabajar por la paz y la unión entre los pueblos y naciones.
- 7.^a Construir la civilización del amor y promover la defensa de la vida en su integridad.

Cada uno puede añadir nuevas obras de misericordia. Lo importante es que nos esforcemos en practicarlas, al menos algunas, pues como dice el Concilio: «Puede decirse que Cristo mismo, en la persona de los pobres, eleva su voz para solicitar la caridad de sus discípulos» (GS 88).

3.3. «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»

Las obras de misericordia reflejan cada una de las bienaventuranzas. Estas comienzan con una bendición y terminan con una promesa. Nos centramos concretamente en la quinta, la de la misericordia, que tanto irritaba a F. Nietzsche, porque pensaba que la misericordia era una forma refinada de egoísmo y de auto-complacencia, pues el misericordioso se siente superior al menesteroso y esto provoca mayor sufrimiento. Si esto fuera así, estaríamos en una deformación de la misericordia. Pero no es así, pues la misericordia es la forma de amar desde las entrañas, donde anida lo mejor y más tierno del ser humano. Por ello, a los cristianos la misericordia nos da un «aire de familia» con Dios. En dicha familia, la conducta misericordiosa se manifiesta principalmente de dos maneras: una, ayudando a quienes están en apuros, para los que la Iglesia nos propone las catorce obras de misericordia, siete corporales y siete espirituales; y la otra es perdonando a los demás siempre, a veces, a pesar de todo. El perdón es una cualidad del amor, un destello de misericordia.

3.4. La misericordia en nuestra vida cotidiana

La vida de cada persona se encuentra entretejida por dos coordenadas, el espacio y el tiempo. Vivir en un lugar y tener una edad nos condiciona y nos hace estar vigilantes a lo que sucede a nuestro alrededor. Cuando la buena noticia de la misericordia nos ha alcanzado en el contexto de dichas coordenadas no es fácil permanecer callados e inactivos de un lado para otro mientras vemos a nuestro

lado tanta gente necesitada de comprensión, misericordia y ternura. Así nos lo recuerda el papa Francisco: «Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida» (EG 49). La experiencia de la misericordia de Dios nos pide ser anunciada y compartida. Una mirada atenta a nuestro alrededor nos hace percibir los dramas y sufrimientos presentes en tantas personas y situaciones concretas. Con estos, los preferidos de Dios, buscamos y debemos «primerear, involucrarnos, acompañar, fructificar y festejar» (cf. EG 24). Desde estas claves intentaremos resaltar algunos ámbitos de la vida diaria, de nuestra cotidianidad, donde percibimos hoy una especial necesidad de misericordia y donde Jesús nos llama y envía para ofrecer su amor y poner el unguento de su misericordia que alivie el sufrimiento, ilumine la oscuridad, abrace la soledad y abra caminos de vida y esperanza⁷.

a) *La misericordia de los ciudadanos y la convivencia social*: Las sociedades modernas se rigen por leyes que delimitan los derechos y deberes de los ciudadanos. Las leyes hoy no son suficientes para asegurar la cohesión social. Lo son aún menos para garantizar unas relaciones verdaderamente humanas. Para una convivencia auténticamente humana y humanizadora se necesita en el engranaje de las leyes el lubricante de la misericordia. No basta la mutua tolerancia que deriva muchas veces en indiferencia mutua. Ni siquiera es suficiente el noble sentimiento de solidaridad. Es necesaria, además, la indulgencia que sabe disculpar; la benevolencia que sabe condescender; la magnanimidad que sabe perdonar. En necesaria la misericordia.

Y esto en las ciudades grandes o pueblos con aglomeración de gente se vive de una manera más anónima, indiferente, ajena. Aquí la misericordia pone nombre a los otros y a lo otro, provoca la proximidad y evoca la fraternidad. En las ciudades de tamaño reducido o pueblos pequeños es más fácil propiciar unas relaciones más cercanas, más humanas, pero se ejerce un control excesivo y se favorece la emergencia de algunos defectos como la sospecha, la maledicencia, las rencillas personales y familiares, las zancadillas. Estos defectos nos dañan. Uno de los aglutinantes de cohesión es la misericordia que se inclina más por la comprensión que la murmuración, más por la sorpresa que la sospecha, más por el perdón que por el agravio.

Los cristianos «encarnados» en nuestra sociedad tenemos por vocación el encargo de crear y recrear una atmósfera de misericordia que sane las relaciones

7. Cf. Diócesis de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria (2015): *Misericordia entrañable. Carta pastoral conjunta de los obispos, Cuaresma-Pascua*, Vitoria, pp. 10-18; J.M.^a URIARTE, *Acoger y ofrecer...* pp. 63-70; Pastoral social, *Al servicio de la Caridad*, en Conferencia Episcopal... *Jubileo de la misericordia...* pp. 3-25.

heridas, cure la mutua desconfianza, fortalezca la cohesión social y favorezca la adhesión a un proyecto compartido de regeneración verdaderamente humana.

b) *La misericordia de los esposos y la familia:* El amor de Dios, hecho fidelidad y ternura, es comunicado y contagiado a los esposos en el sacramento del matrimonio. En su amor entregado son signo y testimonio del amor de Dios. La misericordia que se profesan mutuamente es un bello signo y testimonio de la misericordia de Dios. Dos vidas tan unidas descubren sus virtudes y cualidades, que las disfrutan y gozan, pero también descubren sus defectos y debilidades, que les generan sufrimiento y heridas. Dialogar, esclarecer lo que está sucediendo en la pareja, reanudar la comunicación y perdonar resulta tan difícil como necesario. Es verdad que el ambiente social no acompaña a la resolución pacífica y misericordiosa. Hoy se comprende con dificultad que amarse es, a la vez, quererse y aguantarse, gozar juntos y sufrir unidos. Las leyes actuales posibilitan con toda facilidad que los conflictos se resuelven con una ruptura matrimonial y basta. Sin embargo, la estabilidad de la pareja, asentada en un amor realista y verdadero, es el mejor bien familiar para la pareja y para los hijos, un valor social apreciable y un regalo excelente de, en y para la Iglesia. Ciertamente la familia constituye una auténtica escuela de humanidad, socialización, eclesialidad y santidad. En ella hemos venido a la vida, somos reconocidos y amados por lo que somos, en ella recibimos y ofrecemos cariño y ternura, en ella aprendemos a amar y entregarnos. El matrimonio y la familia cristiana es un espacio privilegiado para practicar y testificar la misericordia.

c) *La misericordia de los servidores de la salud y los cuidadores de enfermos y ancianos:* El sufrimiento es una realidad más profunda y personal que el dolor; una realidad más compleja que toca en lo más hondo del ser. El dolor siempre es personal, el sufrimiento es mucho más íntimo y profundo, donde se experimenta la finitud de la propia existencia, donde se palpa la fragilidad del propio ser. La enfermedad y la ancianidad nos sitúan ante la propia responsabilidad de cómo hacerle frente, cómo encajarlas en la vida. El dolor y el sufrimiento necesitan imperiosamente la búsqueda de un sentido, la necesidad de trascenderlo; el dolor y el sufrimiento precisan de la misericordia; el dolor y el sufrimiento son un lugar antropológico por excelencia que requiere de escucha, compañía, compasión y esperanza. La enfermedad grave y la ancianidad dependiente son situaciones dolorosas para quienes la sufren y delicadas para familiares y acompañantes. Enfermo y anciano, cada uno en su contexto, se sienten incapaces de valerse por sí mismos e intensamente dependientes de quienes les asisten y les cuidan. En ambos casos, el sentimiento de soledad se vuelve doloroso, la debilidad general favorece estados depresivos y la afectividad vuelve a sus estadios infantiles. Enfermo y anciano necesitan de una misericordia humana y divina, maternal y paternal a la vez, al estilo de la misericordia de Dios. Afecto y ternura, palabras de consuelo y

ratos de larga compañía, explicación de sus cosas y cuidado solícito, suavidad en las formas y firmeza en el fondo ante demandas excesivas. Todo con respeto y amor, sin caer en paternalismos. Quienes por profesión, deber familiar, consagración religiosa o ministerio eclesial sirven a los enfermos y atienden a los ancianos han de tener en cuenta que la misericordia que practican con ellos es la vía más adecuada para que los pacientes descubran en sus gestos humanos la misericordia de Dios que tanto necesitan. Nunca nos podremos arrepentir de la paciencia y abnegación ejercidas con los enfermos y ancianos. Ellos actualizan una obra de misericordia que ha sido tradicional en la Iglesia desde sus orígenes. Y quienes la practican son y seremos en verdad bienaventurados.

d) *La misericordia de los servidores sociales y de las autoridades públicas:* La vocación a «buscar lo que estaba perdido», tan característico de Jesús, se prolonga hoy en la actividad de muchas personas que, por motivos evangélicos o simplemente humanitarios, se dedican a los marginados de cualquier clase y condición. La multiplicidad de voluntariados para estos servicios es sorprendente, ¿un signo de los tiempos?, ¿han venido a sustituir a las congregaciones religiosas dedicadas a estos campos de marginación y educación social? Parece que en unos casos «buscan lo perdido para rehabilitarlo», como es el caso de iniciativas destinadas a reeducar niños y adolescentes en deterioro, para regenerar a jóvenes toxicómanos, para trabajar con familias desestructuradas o en ambientes sociales generadores de delincuencia. En otros casos «buscan lo perdido para acompañarlo hasta el final», como sucede con las residencias de ancianos, los albergues para deficientes psíquicos, las casas para enfermos terminales. En la mayor de las veces no cabe la satisfacción de contemplar su progresiva regeneración; sí cabe el gozo singular de asistir a un ser humano necesitado y ayudarlo a vivir y morir con dignidad. Los cristianos que, de forma personal, asociada o institucional, se consagran a esta misión deben saber que ellos son órgano especializado de la comunidad cristiana, de la Iglesia, en una tarea que le es singularmente propia por singularmente necesaria y urgida desde el Evangelio. Interpelan a la comunidad cristiana y a la sociedad. Muestran a una y a otra que la dignidad del hombre no depende de su calidad ni de su utilidad. Se trata de atender a hombres y mujeres que son hijos de Dios y hermanos nuestros, ahí radica su dignidad. Desde aquí decir que es conveniente, necesario y vital para estos servidores como para los que ostentan cargos públicos y están al servicio del bien común, todos en tareas importantes y delicadas, que la comunidad cristiana les brinde todos sus apoyos: la oración, la estima, el respaldo moral, la ayuda económica y una formación adecuada. Y esto no se puede hacer de cualquier manera; la abnegación, la generosidad, la competencia y la formación correspondiente son fruto y exigencia de la misericordia. A este respecto, los centros educativos y universitarios en general, y más concretamente los de iniciativa católica, que se dedican al

ámbito cultural y cuantos impulsan en sus espacios de trabajo y reflexión el pensamiento cristiano, pueden prestar una contribución especialmente valiosa. Además de la contribución de la cultura, pensamos también en las personas con responsabilidad política y sindical. La política es una gran vocación, una de las formas más hermosas de la caridad (cf. EG 205). Más allá de los lamentables casos de corrupción, agradecemos el servicio de tantas personas que se dedican a la política desde una vocación de servicio fundamentada en los principios de la dignidad humana y el bien común, la honestidad, el esfuerzo y la capacidad de diálogo y acuerdo. El Evangelio es capaz de dar luz y sentido a las cuestiones sociales a las que deben servir: «estoy convencido de que a partir de una apertura a la transcendencia podría formarse una nueva mentalidad política y económica que ayudaría a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social» (EG 205).

e) *La misericordia de los pastores y de los discípulos misioneros*: El mejor rasgo del retrato que Jesús, Buen Pastor, nos deja de sí mismo, es la misericordia. Las parábolas de la oveja perdida o del Buen Samaritano son narraciones significativas en este sentido. Las palabras y la conducta pastoral del Señor están traspasadas por la misericordia (cf. Mt 18, 12-24; Lc 15, 4-7). El corazón misericordioso de Cristo Pastor se prolonga y se hace presente en el corazón de sus pastores obispos y presbíteros. La caridad pastoral, verdadero eje de la vida espiritual y apostólica del sacerdote, se reviste espontáneamente de misericordia cuando se encuentra con la debilidad y miseria física, psicológica, moral o espiritual de los hermanos confiados a su ministerio. La misericordia encarnada en la vida y actividad del pastor constituye en sí misma un testimonio más precioso todavía que la preparación intelectual, la sensatez pastoral o la capacidad de liderazgo y de organización. Tres actitudes nos corresponde atender y cuidar a los pastores, discípulos y misioneros respecto a la misericordia: una, acogerla cordialmente por medio de la escucha de la Palabra de Dios y la recepción del sacramento del Perdón; dos, transmitirla entrañablemente por medio de una predicación cuidada de la misericordia, una acogida abnegada a quienes buscan la reconciliación sacramental y una propuesta adecuada de las obras de misericordia espirituales y corporales, individuales y comunitarias; y tres, practicarla por medio de trato frecuente con los enfermos, la escucha paciente a los necesitados, el acompañamiento pastoral a todos los que se le han confiado. En nuestra hermosa vocación y entrañable misión de pastores en el Pastor, los sacerdotes, como los discípulos de la primera hora, escuchamos las palabras de Jesús: «Rema mar adentro y echad las redes para pescar» (Lc 5, 4). Sin miedo a adentrarnos en terrenos desconocidos ni de ofrecer la Palabra de vida a quienes no conocemos. A esos lugares y a esas personas somos enviados a proclamar la misericordia de Dios y, fiados de su Palabra, «echaremos las redes».

4. Conclusión

María, icono de la Iglesia

Al concluir el concilio Vaticano II, el beato Pablo VI nos dijo: «Difundid el Evangelio de Cristo y la renovación de la Iglesia... Os ofrezco a María, espejo nítido, modelo inspirador»; el Papa Montini, nos recordó que María es figura e imagen de la Iglesia. Tres palabras definen el ser de la aldeana de Nazaret: *ecce, fiat, magnificat*. En este sentido, al mirarnos en ella, pensemos qué palabras definen nuestra existencia hoy como personas, como creyentes y en la misión confiada. Mirando a la Iglesia y teniendo como icono a María, al igual que ella acogió en su seno al Verbo de la vida y fue aprisa a las montañas de Ain Karen para ayudar a su prima Isabel, así leemos nosotros en esta hora de nuestra historia, el deseo de que la Iglesia, como María, acogiendo en su seno a su único Señor, Jesucristo, salga al encuentro del mundo, representado en Isabel. Y al encontrarse no se entretengan en discutir o en enfrentarse, sino que se abracen y dialoguen. Solo así, desde la gracia que porta la Iglesia en el encuentro con el mundo, podrá gritar de alegría el fruto que anida en el vientre de este: la justicia, la solidaridad, la paz... y la misericordia. Entonces la Iglesia se regocijará en Dios Salvador porque se ha fijado en su pequeñez, en su pobreza, y cantará el Magnificat. También, ahora, nosotros podemos sentir, decir y cantar con Ella: «Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc I, 50).

«Dios te salve, reina y madre de misericordia»

Así lo rezamos porque así lo creemos. La Virgen María, presente en la Iglesia, camina con nosotros, sus hijos. Ella es al mismo tiempo imagen de lo que la Iglesia es, modelo de lo que debe ser y profecía o anticipación de lo que la Iglesia va a ser.

Pero el pueblo cristiano se identificó más gustosamente con otra advocación que le es más entrañable: madre de misericordia. Y lo es por ser madre de Cristo, rostro de la misericordia de Dios, y madre de la Iglesia, sacramento de la misericordia de Cristo. Con todo, el pueblo creyente, alentado por el Espíritu Santo y guiado por sus pastores, descubre en María a la madre llena de ternura, cercanía y comprensión. Ante ella los creyentes nos sentimos escuchados, acogidos, confortados. Esta experiencia creyente suscita en nosotros sentimientos de afecto filial, de confianza y de súplica. Muchos cristianos abrimos habitualmente nuestra intimidad a María y encontramos en esta práctica saludable paz, confianza, vigor espiritual, alegría.

Conocemos la plegaria que expresa insuperablemente en su música y en su letra un sentimiento certero del pueblo cristiano: es la «Salve» popular. La Sal-

ve se abre con un saludo, «reina y madre de misericordia», se exponen confiadamente los agobios y sufrimientos de nuestra condición de seres humanos, después se le pide que «vuelva a nosotros esos tus ojos misericordiosos»; y, finalmente, se cierra llamándola «clementísima, piadosa y dulce Virgen María». Este canto recio, masivo y encendido de tantos hombres y mujeres denota que la Salve la llevamos dentro nos llega muy adentro, allí donde se encuentra lo más humano y lo más divino que hay en cada uno de nosotros.

5. Bibliografía

- AA. VV. (2015): *Misericordiosos como el Padre. Claves y propuestas para la comunidad evangelizadora*, Madrid.
- ALEXANDRE, D. (diciembre de 2004): *Buscadores de pozos y caminos*. Ponencia publicada en «Vida Nueva» 2451.
- CRESPO, A. (2015): *La entrañable misericordia de nuestro Dios*, Madrid.
- DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA (2015): *Misericordia entrañable, Carta pastoral de los obispos, Cuaresma-Pascua*, Vitoria.
- FRAILE, P. (2015): *Entrañas de misericordia. Jesús, ternura de Dios*, Madrid.
- FRANCISCO (2015): *Misericordiae Vultus. Bula de convocatoria para el Año de la Misericordia*, Roma.
- FRANCISCO (2016): *El nombre de Dios es Misericordia. Una conversación con Andrea Torielli*, Barcelona.
- JUAN PABLO II (1986): *Dives in misericordia. Carta encíclica*, Roma.
- KASPER, W. (2015): *La Misericordia*, Santander.
- PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN (2015): *Misericordiosos como el Padre. Jubileo de la Misericordia*, Madrid.
- RAMIS, F. (2004): *Lucas, evangelista de la ternura de Dios. Diez catequesis para descubrir al Dios de la Misericordia*, Estella.
- URIARTE, J.M.^a (1995): *Ofrecer y acoger la misericordia. Carta Pastoral de Cuaresma*, Zamora.

4. **¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos? Transitando una teología de las migraciones**

Alberto Ares, SJ

Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones (UP Comillas)
Delegado Sector Social de los jesuitas en España

Resumen

La realidad migratoria como *locus theologicus* necesita ser apropiada con mayor intensidad y hondura por la reflexión teológica. El contexto actual de las migraciones a nivel mundial y la invitación que recibimos a redescubrir una mirada misericordia ante esta misma realidad, nos plantea cuatro encrucijadas: la encrucijada de la identidad, de la dignidad, de la justicia y de la hospitalidad. ¿Quién es mi familia? ¿Cómo nos ha creado Dios? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos? ¿Con

quién comparte la mesa Jesús? Estas cuatro preguntas siguen alentando, retando y cuestionando la manera de acercarnos a la realidad de los migrantes, en nuestro tránsito por una teología de las migraciones.

Palabras clave: Teología de las migraciones, movilidad humana, hospitalidad, misericordia, diálogo, fraternidad, gratuidad, identidad, justicia, dignidad.

Abstract

Migration's reality as *locus theologicus* needs to be more adequate with higher intensity and depth by the theological reflection. The current context of global migrations and the invitation we receive to rediscover a look of mercy faced to this reality, sets up four dilemmas: identity dilemma, dignity dilemma, justice dilemma and hospitality dilemma. Who is my family? How did God create us? When did we see you a stranger and invite you in? Who does Jesus share the table with? These four questions still encourage challenge and question the way we get close to the migrant's reality, on our way through a theology of migrations.

Key words: Theology of migrations, human mobility, hospitality, mercy, dialogue, fraternity, gratuity, identity, justice, dignity.

Desde una perspectiva cristiana, los verdaderos forasteros no son los que carecen de documentación legal, sino aquellos que se han desconectado de su prójimo necesitado de tal manera que no son capaces de ver en los ojos del extranjero un espejo de sí mismos, la imagen de Cristo y la llamada a la solidaridad humana¹.

Las migraciones son un elemento esencial de la vida de los pueblos y, sin duda, un principio constitutivo de la historia de la humanidad. Dicho esto, no es menos cierto que estos procesos migratorios han alcanzado dimensiones globales gracias a los asombrosos y fulgurantes adelantos en el campo de las comunicaciones y los medios de transporte. La información y las personas pueden surcar hoy el planeta en un abrir y cerrar de ojos. Esta situación era inimaginable hace menos de un siglo. La globalización ha creado un caldo de cultivo especial para el desarrollo de los procesos y flujos migratorios a nivel mundial. Algunos teólogos han descrito la migración como la cara humana de la globalización².

Asimismo, este nuevo contexto de las migraciones rescata una nueva perspectiva de lo que hoy en día se entiende por frontera. De hecho, la crisis de las identidades estado-nación³, la era de las migraciones⁴, la glocalización⁵ y la modernidad líquida⁶, entre otros, trazan diversos interrogantes a la concepción clásica de frontera geográfica. Una mirada más cercana a estas fronteras nos anticipa una realidad más porosa de lo que a primera vista reflejan. Hoy en día se habla de diversos tipos de fronteras: ideológicas, culturales, políticas, externas e internas, étnicas, vitales y existenciales, espirituales, económicas, etc.

En los últimos tiempos, se está palpando una realidad dramática en este mundo de las migraciones forzadas y el refugio. En la actualidad, hay más de 214 millones de personas migrantes en el mundo, lo que para hacernos una idea, supondría el quinto país más poblado del planeta. Más de 60 millones son personas que se han visto forzadas a dejar su hogar por un conflicto armado, por violencia generalizada o por un desastre natural. De este número, 20 millones son personas refugiadas, 38,2 millones de desplazadas internas y 1,8 millones son solicitantes de asilo. Lamentablemente, el Mediterráneo se ha convertido en el mayor cemente-

1. GROODY, D. (2013): «The Church on the Move: Mission in an Age of Migration», *Mission Studies*, 30, p. 34.

2. MARTÍNEZ, J. (2007). *Ciudadanía, migraciones y religión: un diálogo ético desde la fe cristiana*, Madrid: Universidad Pontificia Comillas, p. 51.

3. SMITH, A. D. (1997): *La identidad nacional*, Madrid: Trama Editorial.

4. CASTLES, S., y MILLER, M. J. (2003): *The age of migration. International population movements in the modern world*, Nueva York: Guilford Press.

5. ROBERTSON, R. (2003): «Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad», en MONEDERO, J. C., *Cansancio del Leviatán: problemas políticos de la mundialización*, Madrid: Trotta, pp. 261-284.

6. BAUMAN, Z. (2003): *Modernidad líquida*, México: Fondo de Cultura Económica.

rio a nivel mundial, donde en 2015 han perdido la vida casi 4.000 personas. Siria es el país que genera un número mayor tanto de refugiados, como de desplazados internos, seguido por Afganistán, Somalia y Sudán del Sur. Lejos de lo que se suele pensar en nuestras sociedades occidentales, los países en desarrollo son los más solidarios con las personas refugiadas y acogen al 86% de los refugiados en todo el mundo. Entre estos países, donde hay un mayor número de refugiados es en Turquía, Pakistán, Líbano, Irán, Etiopía, Jordania y Kenia⁷.

Hay un amplio debate en la opinión pública sobre la tragedia de los refugiados y los migrantes forzosos. En cierta manera, estamos viviendo una encrucijada de la historia, donde los flujos migratorios y la emergencia humanitaria están planteando serios interrogantes a nuestra forma de vida, a la manera de entender las relaciones internacionales, de gestionar la diversidad dentro de nuestras sociedades y de dar una respuesta clara a situaciones dramáticas de muchas familias que llaman a nuestras puertas⁸: ¿Hasta cuándo vamos a poder mantener un sistema económico que facilita la movilidad del capital y los flujos financieros y pone trabas a la circulación de personas? ¿Es viable un sistema de producción que esquilma los recursos naturales de los más pobres produciendo serias secuelas a nuestro planeta, que refuerza sistemas autoritarios en el Sur y alimenta los conflictos bélicos con la venta de armas para mantener un estándar de vida en Occidente, y a su vez cerrar los ojos y nuestras fronteras a los millones de personas que llaman a nuestras puertas huyendo de esas mismas guerras, desastres ambientales y de situaciones que hacen inviable e inhumana una vida digna? ¿Cómo estamos respondiendo al envejecimiento progresivo de nuestras sociedades y a la gestión de la diversidad que ya vivimos en el corazón de Europa y del mundo occidental? ¿Estamos esperando a que surjan los conflictos para invertir en integración⁹ o seguiremos alimentando nuestro miedo y unos muros cada día más altos? ¿Cuándo reformularemos en este contexto la manera de entender la ciudadanía, las políticas sociales y la forma de ver las naciones-estado?

Desde este contexto, ¿cómo estamos respondiendo los cristianos a muchas de estas cuestiones y en especial a las necesidades de personas violentadas a dejar sus hogares en distintos rincones del mundo? Existen amplios estudios sobre los flujos migratorios desde una perspectiva económica, sociopolítica, cultural, psicológica, etc., pero un recorrido más bien corto desde una perspectiva teológica o pastoral. Esta exigua presencia dentro de la reflexión teológica no parece estar muy en con-

7. Se pueden encontrar datos y testimonios actualizados en los portales digitales de la OIM www.iom.int, ACNUR www.acnur.org, SJR Internacional www.jrs.net y SJM España www.sjme.org (último acceso, enero de 2016).

8. ARES, A. (2015): *Inmigración y nuevas encrucijadas. Cómo ser profeta en un mundo diverso*. Cristianisme i Justícia, Barcelona, pp. 4-14.

9. ARES, A. (2015): «Integración, ¿utopía o realidad? El eterno dilema: estudio crítico sobre los modelos de integración», *Revista Estudios Empresariales* (147), Universidad de Deusto, pp. 26-46.

sonancia con una abundante presencia de las migraciones en la Biblia. Encontramos historias de movilidad humana desde los inicios. Desde la llamada recibida por Abraham¹⁰ al Éxodo en Egipto, desde el pueblo de Israel vagando por el desierto a la experiencia de exilio, desde el viaje de la Sagrada Familia a Egipto a la actividad misionera de la Iglesia, la identidad del Pueblo de Dios está intrínsecamente entrelazada con historias de personas y comunidades desplazadas, de peregrinación y de hospitalidad. Algunos teólogos sostienen que «la migración es fundamental para entender la condición humana, la práctica religiosa y la identidad cristiana»¹¹.

Inmersos en esta situación, recibimos la invitación del Jubileo de la Misericordia en el que el Papa Francisco¹² nos anima desde la perspectiva o urgencia de los refugiados y migrantes a:

«En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea... En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención... para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina... Redescubramos las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, **acoger al forastero**, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos, dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas...»¹³.

En resumen, desde este contexto actual y desde la invitación que recibimos a redescubrir la misericordia en nuestras vidas, ¿cuáles son las encrucijadas y las fronteras que necesitamos transitar como cristianos? Existen a mi modo de ver al menos cuatro encrucijadas que nos plantea una mirada misericordiosa ante la realidad: la encrucijada de la identidad, de la dignidad, de la justicia y de la hospitalidad.

10. Algunos teólogos como Jean-Marc Éla (2008) describen como el destino de los inmigrantes está en el centro de las manifestaciones del amor y la compasión de Dios. Más que eso, Dios se revela a través del rostro del extranjero (Gn 18, 1-15). Según Éla, en el pasaje de Mambré, Dios toma la forma de tres viajeros anunciando la figura mesiánica de la comida en la que Dios y el hombre se sientan a la mesa. La hospitalidad de Abraham a los tres viajeros cansados anuncia la reunión final con el extranjero de acuerdo a la lógica de la Encarnación. El teólogo debe recordar que Dios lleva consigo las figuras de la alteridad que encuentran su valor y su fundamento en el misterio de la Trinidad. Éla, J.-M. (2008) «Un Dieu métré» en Churches' Commission for Migrants in Europe, *Theological Reflections on Migration*, Brussels.

11. MATOVINA, T., y TWEED, T. (2012): «Migration Matters: Perspective from Theology and Religious Studies». *Apuntes: Reflexiones teológicas desde el contexto Hispano-Latino* 32, p. 4.

12. Para profundizar en la comprensión de la mirada del Papa Francisco sobre las migraciones: ARES, A. (2014): «El Papa Francisco: una mirada a las migraciones», *Revista Corintios XIII (151-152)*, Madrid, pp. 184-200.

13. Papa Francisco (2015). *Bula Misericordiae vultus*, 15.

I. Identidad: ¿Quién es mi familia?

Uno de los grandes debates que se viven en nuestras sociedades con respecto a la realidad migratoria tiene que ver con el tema de la identidad¹⁴, planteada a través de distintas tensiones: seguridad nacional —inseguridad humana, ciudadanía nacional o europea—, ciudadanía universal, etc.

Algunos teólogos católicos¹⁵ han planteado la hipótesis de que la mayoría de los cristianos en los países occidentales se sienten cómodos con una idea de nación-estado, en el que se acepta la asunción de que vivimos en «nuestros» países y como poderosos huéspedes somos llamados a actuar benévola y caritativamente con los extranjeros. Muchos de estos discursos presupondrían una noción de nación como familia y/o hogar, expresado en términos como «la tierra de nuestros padres/madres o ancestros», «cuidar de nuestra herencia», «asegurar nuestros hogares»¹⁶. En el otro extremo, se encontrarían creyentes que viven su ciudadanía como la manifestación del compartir la misma pertenencia a la gran familia de los cristianos a través del cuerpo de Cristo.

Es interesante explorar el evangelio de Mateo para poner algo de luz en estos planteamientos. Mateo inicia su capítulo primero con la genealogía de Jesús (Mt 1, 17), dando cuenta de su «bona fides» familiar: Nos presenta a la Sagrada Familia antes (Mt 1, 18-25), durante (Mt 2, 10-15) y después del nacimiento de Jesús (Mt 2, 19-23). El diablo fue el primero en llamarlo Hijo de Dios (Mt 4, 3) y el mismo Jesús se refiere a Dios como Abba (Padre) cuando enseña a sus discípulos a rezar. Si bien este lenguaje familiar abunda en el evangelio, no es menos cierto que el inicio de la vida pública supone una cierta ruptura en la cual el seguimiento de Jesús se sitúa por delante de los lazos de sangre (Mt 8, 21-22).

En el capítulo 10, Jesús instruye a los apóstoles en su misión, poniendo claramente por delante el seguimiento de la voluntad de Dios frente a cualquier otro cometido o mediación, incluso la familia (Mt 10, 21). Desde esta perspectiva, hay dos pasajes que aportan mucha luz. Uno de ellos es (Mt 10, 34-39):

«No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su

14. Dos interesantes reflexiones sobre identidad desde la teología de la migraciones puede encontrarse en: CASTILLO, J. (2013): «Teología de la migración: movilidad humana y transformaciones teológicas». *Theologica Xaveriana*, 63 (176), pp. 367-401; PHAM, H. (2015), «Am I my Brother's Keeper? searching for a spirituality for immigrants», *The Way*, vol. 54, n.º 3, pp. 31-43.

15. BUDDE, M. L. (2006): «"Who is My Mother?" Family, Nation, Discipleship, and Debates on Immigration», *Journal of Scriptural Reading*, pp. 67-76.

16. En algunos idiomas, como el inglés, estos términos cobran un sentido más plástico: «fatherland», «motherland», «homeland security», «securing our backyard».

madre, a la nuera con su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él.

«El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará».

Y el otro (Mt 12, 46-50):

«Todavía estaba hablando a la muchedumbre, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con él. Alguien le dijo: “¡Oye! ahí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte”. Pero él respondió al que se lo decía: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”. Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”».

Desde esta mirada de conjunto, parece evidente que el seguimiento y el discipulado tiene una predominancia en la vida de Jesús sobre los lazos familiares o el apego a su tierra natal. Por tanto, lo que dota de identidad a todo cristiano es ante todo el seguimiento a Jesús, su vida de peregrino en esta tierra y no los lazos de sangre o la pertenencia a esta o aquella nación. «Nuestra identidad reside no en el credo de una nación sino en quién somos como pueblo peregrino y nuestro movimiento de salida en la misión con los extranjeros necesitados»¹⁷.

Es en ese movimiento de salida donde *el diálogo* se convierte en pieza clave cuando abordamos los temas de identidad. Un diálogo que cobra un especial protagonismo en el diálogo interreligioso profundo: «Que el diálogo sincero entre hombres y mujeres de diversas religiones, conlleve frutos de paz y justicia»¹⁸.

2. Dignidad: ¿Cómo nos ha creado Dios?

Una de las primeras cuestiones que llaman la atención cuando alguien se acerca al mundo de la movilidad humana son los términos que se emplean: migrante, refugiado, migrante forzoso, refugiado de facto, migrante económico, inmi-

17. GROODY, D. (2013): «The Church on the Move...», p. 41.

18. PAPA FRANCISCO (2016): *El Video del Papa Francisco*. Red Mundial de Oración del Papa.

grante indocumentado y desplazado interno, entre otros. Encasillar a una persona en movimiento con una de estas etiquetas tiene unas connotaciones claramente legales, políticas, culturales, económicas y sociales. Etiquetar a las personas de este modo produce en muchos casos desigualdad, asimetría en las relaciones, exclusión, explotación, estigmatización y privilegios. En cierta manera, genera una forma de exclusión que algunos han llamado nuevas formas de «colonización»¹⁹.

Parte de la tarea de la teología de las migraciones es profundizar en estos términos, llevándolos a un nivel más profundo dentro de nuestra tradición judeo-cristiana. En el libro del Génesis se introduce una definición de ser humano que está en la base de la comprensión sobre la humanidad. El ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26-27; 5, 1-3; 9, 6; 1 Cor 11, 7). Ninguna etiqueta o término aplicable a las personas migrantes puede compararse a la dignidad de ser imagen de Dios.

Recuerdo que una de las cuestiones que compartíamos en una parroquia de Boston con la comunidad salvadoreña, cuando celebrábamos los bautizos, era este planteamiento. En una comunidad donde había un número de personas que habían obtenido la ciudadanía, otros la residencia permanente, otros el permiso temporal y un buen número de indocumentados, recibir el bautismo era percibido como el reconocimiento a la dignidad de ser profeta, maestro y rey como el mismo Jesús, y de ser llamados a ser hijos de Dios, a su imagen, formando parte de una Iglesia sin fronteras. En el bautismo²⁰, toda la comunidad, cada uno de sus miembros, independientemente de la etiqueta recibida a nivel legal, se sentían coherederos y con la misma dignidad.

En algunos de los razonamientos que están en la base de los términos que se aplican a las personas migrantes hay un claro planteamiento economicista o mercantilista. Muchas de las personas que emigran, además de huir de situaciones de conflicto, lo hacen de igual manera, en la búsqueda de un futuro mejor para los suyos. Eso viene aparejado a la búsqueda de un empleo, de educación para sus hijos, etc. En muchos casos, la etiqueta recibida tiene que ver con la posibilidad de permiso de trabajo y con la capacidad de trabajo real en los países de destino. Se ha criticado duramente a las sociedades que solo ven al inmigrante como mera

19. ELIZONDO, V. (2007): «Culture, the Option for the Poor, and Liberation. The Option for the Poor» en *Christian Theology*, pp. 157-168.

20. Una reflexión muy interesante desde el ámbito teológico puede encontrarse en: BUDDE (2011). *The Borders of Baptism: Identities, Allegiances and the Church. Theopolitical Visions*, Eugene, CO., Cascade Books. Este autor plantea que la principal identidad para todo cristiano viene mediada por el bautismo y desde su pertenencia a una comunidad transnacional que es la Iglesia, con todas las implicaciones que esto supone desde la Eclesiología de la Solidaridad para el ámbito de las migraciones, entre otros. Sobre la Iglesia, como espacio transnacional ver también: ARES, A. (2011): «Iglesia como espacio transnacional. La religiosidad popular que viaja de Ecuador a España: la devoción a la Virgen del Quiche». *Revista Migraciones* n. 29, Madrid: UP Comillas, pp. 175-192.

mano de obra, de tal forma que acomodan sus políticas migratorias únicamente a las necesidades del mercado laboral. Cuando hay necesidad de trabajadores, son útiles, y cuando no hay, «desechables». En palabras del escritor suizo, Max Frisch en 1965: «Pedimos mano de obra y vinieron personas». La Doctrina Social de la Iglesia plantea claramente que la economía está al servicio del ser humano y no el ser humano al servicio de la economía. Por eso la calidad moral de la economía no se mide por el PIB sino por cómo la economía ayuda a mejorar la calidad de vida de toda la comunidad²¹.

Asimismo, la encíclica *Gaudium et Spes* n. 24 vuelve a ahondar en este planteamiento de la igual dignidad de los seres humanos que forman una misma comunidad: «Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo de uno todo el linaje humano y para poblar toda la haz de la tierra (Hch 17, 26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo»²².

Esos vínculos que nos unen a la familia humana reconocen la fraternidad como un nuevo paradigma en el cual el otro no es un sujeto que debe ir superando obstáculos dentro de la sociedad para ir ganando derechos, sino que es mi hermano.

Esta noción de dignidad humana está enraizada en la teología cristiana, pero tiene implicaciones de universalidad en otras tradiciones religiosas y filosóficas, incluso en muchas afinidades con los derechos humanos expresados en el Declaración Universal (1948) y en la Convención de Naciones Unidas relacionada con el estatus de refugiados (1951). En *Pacem in Terris* n. 145, se afirma que los derechos humanos derivan directamente de la dignidad humana y por ello son universales, inviolables e inalienables.

En definitiva, la creación a imagen y semejanza de Dios transmite una misma dignidad y fraternidad a todos los seres humanos que llevan tatuados en su corazón, y nada ni nadie podrá borrar. Ningún cristiano, por tanto, podrá consentir y menos alimentar manifestaciones de racismo, xenofobia²³, discriminación y opresión ante ninguna persona, especialmente ante los más pobres y vulnerables, pues todos formamos una misma comunidad universal.

21. PAPA FRANCISCO (2013): *Evangelii Gaudium*, n. 93.

22. CONCILIO VATICANO II (1965): *Gaudium et spes*, n. 24.

23. Es interesante la reflexión y la invitación a cambiar la «xenophobia» por la «xenophilia», entendida como «hospitalidad, amor y cuidado al extranjero» en: RIVERA-PAGÁN, L. N. (2012): «Xenophilia or Xenophobia», *The Ecumenical Review*, 64, pp. 575-589.

3. Justicia: ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos?

San Ignacio de Loyola propone en sus ejercicios espirituales la contemplación de la Encarnación: «Cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez del mundo... se determina que la segunda persona se haga hombre, para salvar el género humano, y así venida la plenitud de los tiempos» EE [102]. Dios Trino mirando al mundo «en tanta diversidad... unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos, otros enfermos, unos nasciendo y otros muriendo, etc. **en tanta ceguedad**»²⁴ EE [106] decide enviar a Jesús. Es en la Encarnación donde el mismo Dios, decide ponerse en camino y convertirse en un migrante.

En el evangelio de Mateo se aprecia como el Dios de Jesús no solo toma naturaleza humana y emigra a este mundo, sino que él mismo se convierte en un refugiado cuando su familia sufre persecución política y tiene que huir a Egipto (Mt 2, 13-15). Dios no se apoya en ningún privilegio humano, ni se ahorra dificultades. El mismo Dios nace en un pesebre, sin morada y a la intemperie, lejos de la tierra donde vivía su familia. ¿Sabemos si la Sagrada Familia tenía todos los documentos en regla para poder viajar y cruzar la frontera a Egipto? No lo sabemos con certeza. En este pasaje se aprecian al menos dos idolatrías que desde una perspectiva migratoria tienen una considerable entidad: la idolatría de la ley y la idolatría del sedentarismo.

Si nos acercamos al ámbito legal, desde una perspectiva teológica, observamos como existen diferentes leyes que afectan a la realidad de las migraciones. Según Tomás de Aquino podríamos distinguir cuatro tipos de leyes: la ley natural, la ley civil, la ley divina y la ley eterna²⁵. Mientras la política se centra principalmente en la ley civil, la Iglesia toma en cuenta también las otras²⁶. Así, con respecto a la migración, si una ley civil excluye al pobre sin tener en cuenta la ley natural, como aquellas leyes que penalizan al que da cobijo al necesitado o promueven la explotación o la extorsión, por ejemplo, diríamos que son leyes injustas. Si una ley civil favorece o permite que miles de personas mueran en el mar sin capacidad de sobrevivir, esa ley no toma en cuenta la ley divina de no matar, y del mismo modo sería una ley injusta. En algunos casos, la injusticia puede llegar a legalizarse cuando las estructuras sociales favorecen a la clase privilegiada y excluye a los más vulnerables. ¿Debe un cristiano obedecer una ley injusta?

24. LOYOLA (de), I. (1990): *Ejercicios espirituales*. Santander: Sal Terrae.

25. AQUINO, S. T. D. *Summa Theologiae (Textus Leoninus)*, Taurini-Romae, Marietti, 1950. en español: *Suma Teológica de santo Tomás de Aquino*, edición bilingüe, texto de la Edic. Leonina y versión castellana, PP. Dominicos, 16, 1947-1960.

26. GROODY, D. (2013). «The Church on the Move...», p. 37.

La cuestión sobre la legislación migratoria y el control de fronteras es planteada también en el marco teológico, y más en concreto intentando buscar respuestas en la Escritura. Es interesante el debate que dos doctores y profesores de Antiguo Testamento en universidades estadounidenses, Carroll²⁷ y Hoffmeier²⁸, han tenido a este respecto. Hoffmeier ve en la Biblia numerosos paralelismos y un refrendo del modelo que muchos países occidentales (más en concreto Estados Unidos) están empleando en sus políticas migratorias actuales. Por su parte, Carroll ve con claridad que la visión cristiana que se describe en la Biblia favorece una relativización de las fronteras, frente al auxilio al perseguido y desvalido. Es interesante seguir este debate y hacerse una síntesis propia. En mi caso, yo comparto la tesis de Carroll, defendiendo que las fronteras tienen un valor, pero son un medio, no un fin en sí mismo, que puedan prevalecer frente al ser humano, donde se puedan vulnerar los derechos básicos o el auxilio al desvalido.

Otra idolatría que se percibe es la del sedentarismo. Si bien es comúnmente aceptado que el género humano, tiende a establecerse y buscar ciertas seguridades, habría que ser cuidadoso y no presuponer lo sedentario como normativo. Establecerse, como opuesto a moverse, puede fácilmente convertirse en un ídolo, privilegiando a aquellos que se establecen y marginalizando a aquellos que están en movimiento, especialmente a los migrantes. Según Matovina y Tweed (2012) a lo largo de la historia se ha asociado arraigo con civilización y aceptación, y movilidad con barbarie y criminalidad. Pero los inmigrantes nos ofrecen una invitación a re-cordar (pasar por el corazón) la esencia de la identidad cristiana, como peregrinos en este mundo. De alguna manera, nos recuerdan que caminar y no solo establecerse es un elemento central para el cristiano.

Es en este contexto de asociación prejuiciosa de persona indocumentada y en movimiento como criminal, y teniendo como base común la dignidad de todos los seres humanos, que no podemos hablar de personas ilegales, sino de personas indocumentadas. Personas que cometen una infracción administrativa cuando entran en un país sin la debida documentación en regla, pero no son criminales. No se les puede aplicar la misma normativa, ni de facto el mismo trato, que a otras personas que están cumpliendo penas, en modelos de centros de detención o carcelarios.

Hace pocas semanas compartía con una familia refugiada siria, que llevaba cuatro años vagando por el norte de África, huyendo de la guerra, de la muerte y de la destrucción. Años en Argelia, después en Marruecos y su entrada a España por la oficina de asilo y refugio en Melilla. Una familia dividida por la guerra, por la necesidad, por las mafias. A su llegada a España, la familia fue conducida al CETI

27. CARROLL, M. D. (2013): *Christians at the Border: Immigration, the Church, and the Bible*. Brazos Press.

28. HOFFMEIER, J. K. (2009): *The immigration crisis: immigrants, aliens and the Bible*. Crossway.

(Centro de Estancia Temporal para Inmigrantes). Un centro sobresaturado, sin instalaciones para acoger a una familia en su conjunto, ni a niños o bebés. «Además de la penuria pasada en el viaje, ahora, retenidos. ¿Por qué nos retienen? No somos criminales. ¿Por qué pasan las semanas y seguimos viviendo esto?».

Si proseguimos con el mismo razonamiento anterior, los migrantes indocumentados infringen una ley civil, pero en la gran mayoría de los casos están honrando a la ley natural y divina de cuidar de los suyos en casos de extrema necesidad o violencia generalizada.

Es en este contexto de injusticia, de conflicto, de ceguera, donde Dios se encarna. La misericordia de Dios se pone en camino haciendo redención y practicando la justicia, mueve a la acción. Un Dios que dándose gratuitamente, se vacía de sí mismo de todo menos de amor y se convierte en uno de tantos, más aún en un migrante, pasando por una condición de vulnerabilidad y acompañamiento en un profundo acto de solidaridad divina. El pasaje de Mateo 25 así nos presenta a Jesús: «¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos?... En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 38; 40). Jesús se convierte en el refugiado. Si Dios se convierte en un migrante, eso implica que en el contacto con los migrantes y refugiados conocemos más de cerca cómo es Dios²⁹. «En cada uno de estos 'más pequeños' está presente Cristo mismo³⁰».

4. Hospitalidad: ¿Con quién comparte la mesa Jesús?

Jesús va descubriendo en su vida que la única ley que tiene sentido es la ley del Amor (Jn 13, 34). El Amor que hace saltar por encima de nuestros miedos, de inseguridades humanas y que se abre gratuitamente a los demás. Un amor que recibimos gratuitamente de Dios y que a la vez somos invitados a donarlo a los demás. «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis» (Mt 10, 8). Jesús realiza su misión como migrante, como peregrino en tierra extraña, incomprendido por los suyos, siempre en camino, sin casa, ni sustento propio. En el camino va actualizando y haciendo presente el Reino. Es en el camino donde tiene la oportunidad de encontrarse con el desvalido, con la viuda, con el leproso, con la pecadora, con el recaudador de impuestos, con los pescadores, con los escribas y con aquellos que son excluidos por la sociedad. Una invitación que recibió la primera Iglesia desde sus orígenes.

29. MATOVINA, T., y TWEED, T. (2012): «Migration Matters...», p. 13.

30. PAPA FRANCISCO (2015): *Bula Misericordiae vultus*, 15.

nes y que la dinamizó para ponerse en camino, para hacerse peregrina, migrante. Llevando la buena noticia, la ley del Amor a todos los rincones del mundo.

Un elemento central de la misión de Jesús y, por ende, de la Iglesia es la hospitalidad³¹. Una hospitalidad que se vive de una manera especial a través del ministerio de la reconciliación, de tender puentes en un mundo roto, saltando los límites de lo legal-ilegal, de lo puro-impuro y de la inclusión-exclusión. Es desde la mirada misericordiosa de Dios que la Ley, lo legal, lo puro, cobran su más profundo sentido y ocupan su lugar como medios y no como fines (Mc 2, 23-3, 6; Lc 6, 1-22; Mt 12, 1-14). «Para Jesús, la misericordia de Dios no puede contenerse dentro de los muros de mentes limitadas y desafía a la gente a reconocer una ley mayor basada en la incalculable misericordia de Dios antes que en nociones restrictivas sobre lo digno o indigno»³². El ministerio de la reconciliación³³ parte de la mirada misericordiosa y amorosa de Dios. Siguiendo con el pasaje de los Ejercicios de San Ignacio, la Trinidad miró al mundo y dijo: «Hagamos redención del género humano» EE [107].

Millones de personas viven un calvario a diario lidiando con los límites de lo puro-impuro, la exclusión y la inclusión. Recuerdo como hace años en un pequeño pueblo del interior de la India paseaba con unos niños que vivían en un centro de acogía para huérfanos de familias «dalits» (intocables). Paseamos por calles angostas bromeando y jugando hasta que llegamos a un arco. Allí varios hombres hacían gestos ostentosos para que no pasáramos. Pronto me di cuenta como el pueblo estaba dividido por castas, igual que las clases en la escuela... Nadie podía tocar a estos niños, hijos de los intocables. De hecho, me impresionó el testimonio de la profesora de la escuela. Había tomado una opción al perder la «puridad» dando clase a estos niños. Ningún hombre se casaría con ella³⁴.

La hospitalidad de Jesús, como en nuestros días, se apoya en «pilares sólidos»: acoger en el hogar e invitar a la mesa; crear espacios de encuentro para ayudar a sanar; compartir; reconciliar; discernir; celebrar; y ser testigos de esperanza³⁵.

Mirando la vida de Jesús, un elemento central en su experiencia como migrante, como peregrino, fueron sus comidas y sus celebraciones. ¿Con quién se sentaba a la mesa Jesús? ¿Quiénes eran sus invitados predilectos? Jesús se sienta a la mesa en muchos casos con pecadores, reconfigurando las barreras de la puri-

31. GONZÁLEZ, M. (2015): *De la Hostilidad a la Hospitalidad*, Cristianisme i Justícia, n. 196.

32. GROODY, D. (2009): «Crossing the divide: Foundations of a theology of migration and refugees». *Theological studies*, 70 (3), p. 658.

33. SCHREITER, R. (2008): «Migrants and the Ministry of Reconciliation», in GROODY, R., and CAMPESE, G. (ed.), *A Promised Land, A Perilous Journey: Theological Perspectives on Migration*, Notre Dame Press.

34. El sistema de castas está abolido desde 1950, pero persiste en muchos lugares de la India, en particular dentro del ámbito rural.

35. Para profundizar en las Comunidades de Hospitalidad ver: ARES, A. (2015), *Comunidades de Hospitalidad*. Jesuitas Social.

dad, con aquellos que vivían marginados por razones económicas (Lc 7, 11-17), de salud (Lc 7, 22; Mc 10, 46; Jn 9, 8), raciales (Lc 7, 1-10), religiosas (Lc 7, 24-35) y morales (Lc 7, 36-50). Su invitación a la mesa fue buena noticia para los pobres y excluidos, lo que le trajo en muchos casos rechazo y provocó escándalos³⁶. Algunos teólogos opinan que su manera de transitar por las categorías de la inclusión y la exclusión, sobre todo en su forma de sentarse a la mesa, fue lo que llevó a Jesús a ser juzgado y crucificado: «Jesús fue crucificado por la forma en que comía»³⁷.

En palabras de J. Jeremías: «Toda comunidad de mesa es para un oriental garantía de paz, de confianza, de fraternidad; comunidad de mesa significa comunidad de vida. Para un oriental está claro que, admitiendo a pecadores y marginados a la mesa, Jesús ofrece salvación y perdón. Por eso reaccionan violentamente los fariseos»³⁸.

Es en la mesa donde todo cobra sentido, donde reconocieron los de Emaús a Jesús, «al partir el pan»³⁹, es en la eucaristía donde hacemos memoria de Jesús en la fracción del pan compartido y de la sangre derramada. Jesús es hospitalario hasta el extremo. En este sentido, la hospitalidad se hace misericordia, abre las puertas, acoge al desvalido, al excluido (Lc 10, 25-37).

Jesús era hospitalario y sentaba a la mesa al que se encontraba en el camino, haciendo fiesta, anticipando la mesa compartida del Reino de Dios (Lc 15, 11-32). Una fiesta, una celebración que algunos autores comparando con la acogida de refugiados y migrantes en Europa han descrito como «celebraciones de encuentros interculturales que pueden llegar a ser experiencias modernas del Espíritu Santo»⁴⁰, como en Pentecostés (Hch 2, 1-13).

5. Recapitulando

La realidad migratoria como *locus theologicus*⁴¹ necesita ser apropiada con mayor intensidad y hondura por la reflexión teológica. El contexto actual

36. SICRE, J. L. (2015): «Jesús y las periferias». *Sal Terrae* 103/11, pp. 947-959.; GROODY, D. (2009). «Crossing the divide...», p. 657.

37. KARRIS R. J. (1985): *Luke: Artist and Theologian*, New York, p. 47. Lo mismo se encuentra en Perrin, N. (1967) *Rediscovering the Teaching of Jesus*, New York, pp. 102-107.

38. JEREMIAS, J. (1972): *La dernière Cène, les paroles de Jésus*, Paris, p. 243.

39. Sobre una lectura de teología política desde la clave eucarística: IZUZQUIZA (2010), *Al partir el pan. Notas para una teología política de las migraciones*. Cristianisme i Justícia n. 169.

40. BEDFORD-STROHM, H. (2008): «Responding to the Challenges of Migration and Flight from a Perspective of Theological Ethics» en Churches' Commission for Migrants in Europe, *Theological Reflections on Migration*, Brussels, p. 46.

41. CAMPESE, G. (2008): *Hacia una teología desde la realidad de las migraciones: Método y desafíos*. Jalisco. Catedra Eusebio Kino SJ, Guadalajara.

de las migraciones a nivel mundial y la invitación que recibimos a redescubrir una mirada misericordia ante esta misma realidad, nos plantea cuatro encrucijadas: la encrucijada de la identidad, de la dignidad, de la justicia y de la hospitalidad.

En primer lugar, la identidad de todo cristiano asienta sus raíces ante todo en el seguimiento de Jesús, en su vida de peregrino, de caminante, y no en los lazos de sangre o en la pertenencia a una étnica o nación. Esa identidad se construye desde el diálogo.

La segunda encrucijada es la dignidad. El ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios. Esta filiación que nos abre a la fraternidad dota de una misma dignidad a todas las personas que nada ni nadie podrá borrar jamás. Por tanto, como cristianos nos reconocemos miembros de una misma comunidad universal en la que no tienen cabida el racismo, la xenofobia o la opresión ante ninguna persona.

En tercer lugar, Dios se dona gratuitamente vaciándose de sí mismo y se encarna en el mundo pasando por una condición de vulnerabilidad y acompañamiento en un profundo acto de solidaridad divina. En este sentido, la misericordia de Dios se pone en camino practicando la justicia. Jesús, en este proceso de donación, se convierte en un migrante: «¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos?... En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 38; 40). Por tanto, si Dios mismo se convierte en un migrante, eso implica que en el encuentro con los migrantes y refugiados conocemos más de cerca y en profundidad cómo es Dios.

La última encrucijada, pero no por ello menos importante, es la hospitalidad. La hospitalidad nos abre a uno de los elementos centrales de la misión de Jesús, que tiene un acento especial a través del ministerio de la reconciliación y de la celebración. En un mundo que en ocasiones se presenta roto y resquebrajado, el cristiano es llamado a tender puentes saltando los límites de lo legal-ilegal, de lo puro-impuro y de la inclusión-exclusión. Asimismo, la hospitalidad tiene un gran pilar en la celebración, en el convocar a la mesa, al banquete. Jesús invita a su mesa, a celebrar, a aquellos a los que la sociedad rechaza o demoniza. Es en esa capacidad de hospitalidad, en ese sentarse a la mesa, que Jesús anticipa el Reino de Dios. Esa forma de hacer hospitalidad lo llevó a la cruz.

¿Quién es mi familia? ¿Cómo nos ha creado Dios? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos? ¿Con quién comparte la mesa Jesús? Estas cuatro preguntas siguen alentando, retando y cuestionando la manera de acercarnos a la realidad de los migrantes, en nuestro tránsito por una teología de las migraciones.

Quizás nuestra Iglesia y todos nosotros necesitemos además de campañas mediáticas y de acciones de incidencia política en favor de las personas migrantes más vulnerables, una mirada que impregne desde la misericordia la vida ordinaria de la Iglesia, nuestros corazones y los de nuestras comunidades, que nos mueva a la acción, como nos invita el propio Papa Francisco en este Año Jubilar:

Padre de Misericordia, Tu Único Hijo sufrió las amenazas de Herodes y el dolor del exilio desde su infancia. Concede, te rogamos, valentía y esperanza a las familias inmigrantes que peregrinan por tierra extraña y presévalos de toda injusticia. Por tu gracia que podamos vivir en este mundo, para dar testimonio de que nuestra ciudadanía está en el cielo y nuestra tierra natal es el Reino de tu Hijo⁴².

42. SLATTERY, E. (2007): *The Suffering Faces of the Poor Are the Suffering Face of Christ*, Carta Pastoral. Obispado de Tulsa (EE. UU.).

5. Dios otorga a los pobres su «primera misericordia». El Año jubilar de la misericordia ilumina las claves pastorales del papa Francisco

Mons. Fernando Chica Arellano

Observador Permanente de la Santa Sede ante Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, FIDA y PMA)

Resumen

El artículo nos acerca al magisterio de Francisco a través de *Evangelii gaudium* y *Laudato si*. El autor presenta la continuidad entre el magisterio de Benedicto XVI y del papa Francisco. El texto analiza tres núcleos referenciales para el quehacer

pastoral: la alegría de evangelizar; la urgencia de una Iglesia «en la salida» y el riesgo de la exclusión y el descarte, deteniéndose particularmente en la opción por los pobres. El artículo sugiere unas líneas de compromiso que ayuden al cambio de vida demandado por el Papa, recogiendo su invitación a ser evangelizadores con Espíritu.

Palabras clave: Misericordia, *Evangelii Gaudium*, *Laudato sì*, Espíritu, Iglesia en salida.

Abstract

The article takes us closer to Francis' teaching through *Evangelii gaudium* and *Laudato sì*. The author introduces the continuity between Benedict XVI and Pope Francis. The text analyses three referential cores for pastoral duties: the joy of preaching the gospel, the urge of an «outgoing» Church and the risk of exclusion and dismissal, particularly stopping by the option for the poor. The article suggests some commitment lines which can help to the change of life demanded by the Pope, taking up his invitation to be preachers with Spirit.

Key words: Mercy, *Evangelii gaudium*, *Laudato si*, Spirit, outgoing Church.

Introducción

Nuestra reflexión compartida no puede tener otro marco que la celebración del Jubileo de la Misericordia. Aunque el eje central de esta conferencia serán las enseñanzas del papa Francisco, recogidas en sus dos documentos más programáticos, *Evangelii gaudium* y *Laudato si*, no podemos soslayar el hondo significado espiritual de este Jubileo de la Misericordia. La palabra «misericordia» es el registro que articula toda la Historia de la Salvación. Toda la Biblia está recorrida por esta hermosa palabra: misericordia. Pero se hace especialmente explícita y luminosa en los Salmos y en las parábolas de la misericordia, narradas por los evangelios y con especial colorido por Lucas.

Deseando un fecundo Jubileo para esta querida archidiócesis de Pamplona y Tudela e invocando la misericordia de Dios para ser, también nosotros, misericordiosos como el Padre, iniciamos nuestra reflexión¹.

Año de la misericordia: «misericordiosos como el Padre»

Con la hermosa Bula *Misericordiae vultus* (El rostro de la misericordia)², el Papa Francisco nos ha convocado a celebrar el Año Jubilar de la Misericordia: «Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Es por esto que he anunciado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes» (MV, 3).

Misericordia. El Papa ha querido fijar bien el significado de esta palabra, que recorre las páginas de la Biblia: «Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados no obstante el límite de nuestro pecado» (MV, 2)³.

1. Conferencia pronunciada el 29 de enero de 2016 en el Seminario Diocesano de Pamplona para laicos, agentes de pastoral y delegados de Cáritas parroquiales de la Archidiócesis de Pamplona y Diócesis de Tudela.

2. Francisco, *Misericordiae vultus*. Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la misericordia (11 abril 2015).

3. Cf. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Misericordiosos como el Padre. Subsídios para el Jubileo de la Misericordia 2015-2016*, BAC, Madrid 2015.

El Año Santo de la misericordia se inauguró el 8 de diciembre de 2015, solemidad de la Inmaculada Concepción. Previamente, asistimos todos admirados y cuestionados a la apertura de la Puerta Santa de la Catedral de Bangui, en la República Centrafricana. Después, se abrió la Puerta Santa, Puerta de la misericordia, en las distintas catedrales y lugares jubilaires. Señala el Papa el significado de este gesto: «En la Catedral que es la Iglesia Madre para todos los fieles, o en la Concatedral, o en una iglesia de significado especial se abra por todo el Año Santo una idéntica *Puerta de la Misericordia* [...]. Cada Iglesia particular, entonces, estará directamente comprometida a vivir este Año Santo como un momento extraordinario de gracia y de renovación espiritual» (MV, 3). El Año Jubilar se clausurará en la solemidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 20 de noviembre de 2016.

La misericordia es como un inmenso y caudaloso río; su fuente es la Santísima Trinidad: «Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen» (MV, 25). La Sagrada Escritura nos va presentando la misericordia como manera de ser del mismo Dios, como su carné de identidad, como punto central de la vida y predicación de Jesús y como vocación para la Iglesia y para cada uno de sus miembros, guiados por el Espíritu Santo. La contemplación de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos lleva hasta las fuentes de la misericordia. Dios es amor pero un «amor misericordioso».

«Misericordiosos como el Padre» es el lema del Año Santo. Subraya el Papa: «En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él da todo sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio [...]. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos» (MV, 14).

No lo olvidemos: al haber recibido nosotros la misericordia del Padre, que se acerca hasta besarnos en su Hijo Jesucristo, se nos invita a ser testigos ante los demás de esta experiencia.

Jesucristo, «rostro de la misericordia» del Padre

La misericordia de Dios Padre se ha hecho personal y conmovedoramente cercana en la vida, en los gestos, en la enseñanza, en la muerte y resurrección de Jesucristo: «Él es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret» (MV 1).

Jesús no solo anuncia el mensaje de la misericordia del Padre, sino que también lo vive; se hace cargo de los enfermos y los atormentados por malos espíritus; se compadece ante el leproso (cf. Mc 1, 41) o cuando ve el sufrimiento de una madre que ha perdido un hijo (cf. Lc 7, 13); no es indiferente ante el pueblo que tiene hambre (cf. Mt 5, 32); exclama, en la intimidad del descanso con sus discípulos, que siente lástima de ese pueblo: «¡Están como ovejas sin pastor!» (cf. Mc 6, 34). Él llora junto a la tumba de su amigo Lázaro (Jn 11, 35). Jesús afirma que lo que hicimos ante los pequeños y despreciados de este mundo será lo que realmente cuente en la prueba del juicio final. Hemos de pensar, pues, nuestra forma de actuar con los pobres, los hambrientos, perseguidos: «Lo que hicisteis con ellos, conmigo lo hicisteis» (cf. Mt 25, 31-46).

El Jubileo de la Misericordia nos invita especialmente a volver nuestra mirada a Cristo, a convertirnos a su amor; a pedir perdón de nuestros pecados y a sentirnos alcanzados por la entrañable misericordia de nuestro Dios. Y esta experiencia nos empuja a vivir en plenitud el auténtico sentido de la caridad: el amor a Dios que se desborda en amor a los hermanos, atendiendo sus necesidades.

Jesucristo nos muestra una misericordia que perdona y regenera. La mentalidad contemporánea es sensible a la misericordia para con los desvalidos. Pero ¿lo es tanto en el ejercicio de la misericordia para con los pecadores? Para Jesús, el pecado es una tragedia que degrada al ser humano al separarlo de Dios y despojarlo de su condición de hijo. Y tiene una repercusión social en toda la comunidad. Jesús se rebela ante el pecado y quiere erradicarlo. Ante el pecador se inclina, lo acoge y perdona⁴.

La historia del perdón de Jesús tiene un punto culminante en el Gólgota. Sus últimos gestos en la cruz son significativos. Jesús muere perdonando a sus verdugos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Concede la misericordia del perdón al buen ladrón: «En verdad te digo: hoy, estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 41). Y provoca la confesión de fe del centurión: «Realmente este hombre era justo» (Lc 23, 47).

La Iglesia, casa de misericordia y hogar de perdón

El caudaloso río de la misericordia se amansa y se hace visiblemente accesible en el gran lago de la misericordia que es la Iglesia. No es extraño, por tanto, que el Papa exhorte a todos los miembros de la Iglesia con estas hermosas palabras:

4. Sigo para estas reflexiones a A. CRESPO (2015): *La entrañable misericordia de nuestro Dios*, San Pablo, Madrid, 47 ss.

«La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la Revelación de Jesucristo [...]. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: “Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos (Sal 25, 6)”» (MV, 25).

El Obispo de Roma nos ha abierto su corazón en la Bula de convocatoria del Año de la misericordia: «¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros» (MV 5).

Este anhelo del Santo Padre no puede caer en saco roto. La Iglesia que, bajo la guía del Espíritu Paráclito, ha encarado el siglo XXI, está llamada a ser, con tanta humildad como ahínco, madre de misericordia. Así será instrumento fiel de su Maestro Jesucristo, rostro encarnado de la misericordia del Padre.

Todos estamos emplazados a beber en este lago de misericordia: los sacramentos nos acercan esta agua regeneradora: en el Bautismo, el agua nos dio la vida de hijos de Dios; del agua que brotó del Corazón de Cristo nos viene el perdón en la Penitencia y el alimento en la Eucaristía. Pero, no solo podemos beber hasta saciarnos, sino que estamos llamados a ser misioneros de la misericordia, a llevar esta agua a los que no pueden —o no quieren— acercarse a beber esta agua desbordante y gratuita.

El Sumo Pontífice no se cansa de invitarnos a vivir con gozo este Jubileo, a convertirnos a la misericordia del Padre, que se hace concreta y humana en la misericordia del Hijo, nuestro redentor. Él nos reconcilió y nos guía bajo la acción del Espíritu Santo, para que la Iglesia y cada uno de nosotros en particular; «seamos perfectos como el Padre» (cf. Mt 5, 48), o como traduce Lucas esta perfección: «Seamos misericordiosos como el Padre» (cf. Lc 6, 36). Acojamos interiormente esta invitación y llevémosla a la práctica.

I. *Evangelii gaudium* recoge el sueño pastoral de Francisco

En este espíritu jubilar, interpelados por el lema de este Año, «Misericordiosos como el Padre», nos acercamos a conocer mejor el magisterio de Francisco, recogido en sus dos documentos más esenciales: *Evangelii gaudium* y *Laudato si*⁵.

5. Sobre el contenido de este importante documento se puede consultar: F. CHICA ARELLANO-C. GRANADOS GARCÍA (eds.) (2015): *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica del papa Francisco Laudato si*, BAC, Madrid.

I.1. En continuidad con el Magisterio de sus predecesores

Hay una armoniosa continuidad entre el magisterio de Benedicto y de Francisco.

Benedicto XVI centró su esfuerzo en marcarnos lo esencial de la vida cristiana: la vida teologal. Así se contempla en *Deus caritas est*, *Spes salvi*, *Sacramentum caritatis*. Desde la fuente primordial de un Dios amor, se derrama como gracia la fe, la esperanza y la caridad, que conduce la vida espiritual a la fuente de la que dimana.

La primera encíclica de Francisco, *Lumen fidei*, que recogía el trabajo previo de su antecesor, Su Santidad Benedicto XVI, se considera el puente que vincula y da paso, dentro de la unidad y continuidad, al pensamiento de un papa a otro.

La encíclica *Lumen fidei* es una encrucijada. Es testigo del hecho histórico de un Papa que se despide y otro sobre el que recae la ardua tarea de la sucesión de Pedro. En esta encíclica, la reflexión del Papa «teólogo» queda como un andamiaje firme para la labor pastoral de este nuevo Papa más «catequista». Francisco, desde sus primeros pasos como Sucesor de Pedro, nos está hablando con un nuevo lenguaje de signos: cercanía, piedad y sencillez, expresiones directas, temas concretos. Con Francisco, la palabra se hace cotidianamente gesto.

Tras la encíclica *Lumen fidei*, escrita a cuatro manos, llegó la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Este texto recoge parte de las proposiciones de la XIII Asamblea general del Sínodo de los Obispos, celebrada en Roma en el mes de octubre de 2012, bajo el lema: «La nueva evangelización para la trasmisión de la fe cristiana». Sin embargo, el núcleo esencial y el discurso programático de ese texto es del mismo papa Francisco, que la considera como un texto cardinal de su pontificado: «No ignoro que hoy los documentos no despiertan el mismo interés que en otras épocas, y son rápidamente olvidados. No obstante, destaco que lo que trataré de expresar aquí tiene un sentido programático y consecuencias importantes. Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una “simple administración”. Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un “estado permanente de misión”» (EG 25).

Comencemos por oír, de nuevo, las primeras palabras de la Exhortación apostólica: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de

la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años» (EG I).

En la exhortación, se pone de relieve una melodía con muchas tonalidades: la renovación eclesial no tiene su hontanar en una estrategia humana. Viene de otro caudal, el que fluye de una escucha a fondo del Evangelio de Jesús. Esta escucha es la que permite a la Iglesia ser fiel a su misión evangelizadora. En efecto, la interpretación que hace Francisco de la «nueva» evangelización continúa la línea de Benedicto XVI. El adjetivo «nueva» pertenece intrínsecamente a la palabra «evangelio», porque la novedad no viene de nosotros, ni de nuestros tiempos, sino que viene de Dios. El centro y la esencia del Evangelio es siempre el mismo: el inmenso amor de Dios manifestado en Jesucristo, muerto y resucitado. Pero las riquezas de este Evangelio eterno que es Cristo son insondables, ofrecidas en todo tiempo para que sepamos descubrir cada vez de nuevo su eterna novedad: «Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atravesase épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre “nueva”» (EG II).

Es curioso que el Papa cite previamente a estas palabras a un místico: «Esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda e inmensa, que, aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro»⁶. Con ello se muestra que evangelizar no es una táctica, es una mística. Se trata de estar convencidos, por experiencia propia, de que «el Evangelio es el mensaje más hermoso que tiene este mundo» (EG 227). Y, desde esta gozosa convicción, seguir ahondando en él sin pena ni amargura, para proponerlo luego con alegría desbordante. Así se podrá establecer un diálogo pastoral con la modernidad.

En su exhortación, pues, el Obispo de Roma recoge las claves señaladas en *Lumen fidei* y aterriza en una propuesta concreta de renovación pastoral, que no es otra cosa que una auténtica «conversión pastoral», para llegar también a una reforma de estilos y estructuras eclesiales.

6. San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 36, 10.

No es fácil la lectura sistemática de *Evangelii gaudium*. El discurso papal nace al ritmo del palpitar de su corazón, en un ir y venir que se mueve no tanto por una férrea vertebración, sino más bien por intuiciones, por la plasmación de la propia experiencia de pastor; por miradas incisivas, por desahogos del alma en aras de compartir con otros, en clave de sencillez, su pasión por el Evangelio. Los ejes que estructuran este texto no se restringen a las meras palabras. Van más bien por la senda de un estilo que contagia.

Sin pretender hacer un tratado, permítaseme detenerme en algunos textos de la misma exhortación, que ponen de manifiesto tres núcleos referenciales para el quehacer pastoral hoy: la alegría de evangelizar; la urgencia de una Iglesia «en salida» y el riesgo de la exclusión y el descarte.

1.2. «La dulce y confortadora alegría de evangelizar»

La hora de la Iglesia hoy ha de estar marcada, según el Sucesor de Pedro, por un talante gozoso, no avinagrado. Este estilo ya fue pergeñado en *Evangelii nuntiandi*⁷: «Recobremos y acrecentemos el fervor; “la dulce y confortadora alegría de evangelizar; incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...]. Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”»⁸ (EG 10).

Ese gozo tiene su hontanar en Dios, a quien debemos colocar en el pórtico de nuestra vida. No podemos posponerlo. Él ha de precedernos en todo, porque sabemos bien que siempre toma la iniciativa. Francisco expresa esta verdad con un neologismo: Dios nos «primerea», y lo explica con estas bellas palabras en su exhortación: «Si bien esta misión nos reclama una entrega generosa, sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender: Jesús es “el primero y el más grande evangelizador”. En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu» (EG 12).

Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante como es el anuncio del Evangelio, que absorbe nuestra vida

7. Pablo VI y los documentos de Aparecida son dos fuentes recurrentes del magisterio de Francisco.

8. Cf. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 80.

por entero, al desarrollarse en medio de prolijas vicisitudes. No lo olvidemos: Dios «nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo» (ibíd.).

Por tanto, acordarnos de Dios, de su gracia, de sus acciones, es muy importante porque evita las rupturas y fortalece la renovación. El Papa tiene esto claro y por eso nos invita a no perder la memoria: «Tampoco deberíamos entender la novedad de esta misión como un desarraigo, como un olvido de la historia viva que nos acoge y nos lanza hacia delante [...]. Jesús nos deja la Eucaristía como memoria cotidiana de la Iglesia, que nos introduce cada vez más en la Pascua (cf. Lc 22, 19). La alegría evangelizadora siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida» (EG 13).

Estas sugerencias que propone Francisco no son novedades. La constante referencia en su pensamiento a la carta encíclica de san Juan Pablo II *Redemptoris missio* excluye cualquier atisbo de discontinuidad y logra que centremos nuestras preocupaciones en lo que se ha definido como tarea primordial de la Iglesia de este momento: el anuncio de la Buena Nueva a los que están alejados de Cristo⁹.

1.3. La transformación misionera de la Iglesia: «una Iglesia en salida»

Si la alegría es una nota del evangelizador, la conciencia de ser enviado es otro rasgo que lo caracteriza. Proclamar el Evangelio y desarraigarse es lo mismo. La evangelización es una dinámica diastólica, de eyección, de empuje. No es sistólica, de contracción. La primacía de Dios en la vida del evangelizador, por tanto, no solo se convierte en fuente de gozo, sino en un real imperativo para la misión.

La experiencia de fe es irradiadora, en doble sentido: individual y comunitariamente. En efecto, la fe tiende a transmitirse personalmente: «Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí [...]. La fe se trasmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como un llama enciende otra llama» (LF 37). Pero la llamada a la misión reviste, también, un carácter eminentemente comunitario: es la Iglesia quien conserva la memoria de Jesucristo y quien sale a comunicarla. En este sentido, el capítulo tercero de *Lumen fidei* es el referencial de esta llamada a la misión. En un subtítulo sugerente, se presenta a la Iglesia como «madre de nuestra fe»: «La Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe [...]. La fe no es únicamente

9. Se cita tres veces *Redemptoris missio*: «la misión es la tarea primordial de la Iglesia»; «representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia» y «la causa misionera debe ser la primera»: cf. *Evangelii gaudium*, 15.

una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, no es una relación exclusiva entre el “yo” del fiel y el “Tú” divino, entre un sujeto autónomo y Dios. Por su misma naturaleza, se abre al “nosotros”, se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia [...]. Tertuliano lo ha expresado incisivamente, diciendo que el catecúmeno, “tras el nacimiento nuevo por el bautismo”, es recibido en la casa de la Madre para alzar las manos y rezar; junto a los hermanos, el Padrenuestro, como signo de su pertenencia a una nueva familia» (LF 38-39).

El Santo Padre vuelve a retomar esta idea de maternidad en *Evangelii gaudium*, que nos presenta a la Iglesia como «una madre de corazón abierto»: «La Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad» (EG 46).

El que está lleno de Dios no solo lo escucha como discípulo sino que lo anuncia como misionero. El Sumo Pontífice ha quitado una «y» muy significativa. Hemos hablado mucho de discípulos «y» misioneros. A veces esta partícula se ha convertido en una disyuntiva que separa. En cambio, él nos dice que ser discípulo es ser misionero. Hay una identidad: «La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera [...]. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá...» (EG 21). Este dinamismo se refleja en verbos en movimiento: primerear; involucrarse, acompañar; fructificar y festejar.

I.4. El riesgo de la «exclusión y el descarte»

En el capítulo II de la exhortación se aborda lo que el Sucesor de Pedro denomina «crisis social». Francisco, antes de hablar acerca de algunas cuestiones fundamentales relacionadas con la acción evangelizadora, ofrece la mirada a la realidad circundante del discípulo misionero, que se «alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo» (EG 50). A este respecto, reflexiona especialmente sobre los riesgos que plantean a la misión evangelizadora de la Iglesia la economía y el ámbito cultural. En este contexto:

- El Obispo de Roma rechaza vehementemente una economía de exclusión e inequidad, una economía que mata (cf. EG 53).

- Su Santidad denuncia la nueva idolatría del dinero, que se recrea en el poder en lugar de servir y termina generando violencia. «El afán de poder y de tener no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta» (EG 56).
- Evidencia asimismo que existen nuevos desafíos que afectan a la fe, tales como la crisis social que se manifiesta en una crisis cultural de largo alcance y que tiene como consecuencia la falta de libertad religiosa, la persecución de las minorías, una difusa indiferencia relativista, la primacía de lo exterior y lo inmediato, lo visible y lo rápido, lo superficial y provisorio. A menudo se tiende a privatizar la fe y a fomentar un individualismo posmoderno, donde se cultivan nuevos movimientos de religiosidad, nuevas formas de familia, etc. (cf. EG 61-70).
- Finalmente, el Santo Padre, en esta sección de la exhortación, se centra especialmente en los desafíos de las culturas urbanas, con sus contradicciones y su necesidad de Dios. En el corazón de las ciudades, a veces tan complejo e intrincado, la Iglesia ha de esforzarse, para ser sal de la tierra, en ser servidora de un difícil diálogo, ofertando la luz de la fe y la alegría, sabiendo que «el Evangelio es el mejor remedio para los males urbanos» (EG 74).

Con ese pórtico, podemos adentrarnos ahora en el magisterio de Francisco y participar con entusiasmo en su sueño pastoral. Nos detenemos particularmente en la opción por los pobres, que marca profundamente el pensamiento y la acción pastoral del actual Pontífice, en consonancia con la misión de la Iglesia, que tiene en los pobres a sus destinatarios primeros.

2. Los pobres, destinatarios de la «primera misericordia»

Seguramente en el tiempo de Jesús, los pobres no ocupaban el centro de la actividad política. No tenían los primeros puestos en las escuelas rabínicas. Ni eran los privilegiados de los servicios sociales de entonces. No podemos caer nosotros en esa misma tentación. Con su vida, su ejemplo y su palabra, Cristo los desplazó del lugar más postrero al primero. Él los puso como eje de su misión y pide a su Iglesia que haga lo mismo. Esta Iglesia hoy siente la misericordia como nota que ha de impregnar su quehacer y desea, con ese estilo de ternura al que

el Papa la invita, hacer de ellos los primeros destinatarios de la misericordia de Dios y de la nuestra.

En efecto, la misericordia es una vena oculta que continuamente aflora en la lectura bíblica. Es una de las palabras más repetidas en las oraciones de nuestra liturgia. Podemos leer toda la Historia de la Salvación, invocando como un coro continuo el salmo 136: «Porque es eterna su misericordia». En este sentido, dice el Obispo de Roma: «Repetir continuamente “Eterna es su misericordia”, como lo hace el Salmo, parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre. No es casual que el pueblo de Israel haya querido integrar este Salmo, el grande *hallel* como es conocido, en las fiestas litúrgicas más importantes» (MV 7).

El Magisterio de Francisco está vertebrado por este Salmo. Y en sus documentos aflora, como una corriente de vida, la experiencia de la misericordia, contemplando el Misterio de la Trinidad como su fuente y reclamando la exhortación del Maestro, «sed misericordiosos como el Padre», como norma de vida del discípulo. Así lo podemos constatar en sus dos intervenciones más significativas, después de *Lumen fidei*: la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* y la Carta encíclica *Laudato si*.

Nos detenemos en dos enunciados, extraídos de estos dos documentos:

2.1. Dios otorga a los pobres «su primera misericordia» (EG 198)

Evangelii gaudium, documento dedicado a la evangelización y auténtico programa pastoral de Francisco, trata en su capítulo IV sobre «la dimensión social de la evangelización», resaltando así la correlación intrínseca entre confesión de fe y compromiso social. Subraya el Papa el lugar privilegiado de los pobres en la nueva evangelización, reflexiona sobre el bien común y la paz social y lanza la urgencia de un diálogo social como contribución a la paz.

Estos principios quedaron muy claros en su alocución a la Asamblea General de las Naciones Unidas (25 de septiembre de 2015) y en su reciente viaje a África (25-30 noviembre de 2015). Dos viajes que encierran un significado profundo y que a la vez reflejan el estilo pastoral de Francisco: alza su voz profética y autorizada, en nombre de la Iglesia, ante quienes más influencia tienen en este mundo, representados en la Asamblea General de la Organización de las Naciones

Unidas y toca en vivo, como pastor, la realidad más lacerante de la pobreza y la injusticia en el continente africano.

Con iniciativas como estas, con su palabra y gestos, Francisco ha recuperado de manera tangible un principio esencial: «El kerigma tiene un contenido ineludiblemente social». Este compromiso social para la Iglesia no es algo epidérmico, sino consustancial, pertenece al núcleo de su conciencia y misión, porque Ella es Esposa de aquel que siendo rico se despojó de su rango para ser pobre (cf. 2 Cor 8, 9). Ella es el pueblo de aquel Dios que es refugio, baluarte, defensor de los afligidos y menesterosos. Y los pobres no están en el barrio mejor de las ciudades, sino en los confines. Hay que ir donde están ellos, porque la Iglesia no tiene en sí misma su centro, sino en todo hombre y mujer necesitados de salvación, especialmente en los más pobres y desvalidos. El Papa vuelve sobre esta verdad y la reitera nuevamente en su exhortación de modo vehemente: «Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos» (EG 49).

Una Iglesia que bascula en torno a Dios, descentrándose de ella misma, busca lo que Dios busca y concede el privilegio a quienes Dios tiene por más queridos, los pobres. Desde esta convicción, la Iglesia hoy ha de estar abierta a todos, sin exclusión, pero en particular a quienes menos cuentan. Ello pone de manifiesto que el anuncio evangélico, el kerigma, tiene un contenido ineludiblemente social. «Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, “los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio”, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos» (EG 48).

Por consiguiente, una Iglesia que acompaña y sirve a los pobres siente como suyas las necesidades profundas y genuinas de la humanidad, y ella misma camina pobre, es decir, ocupada solamente en amar a Cristo, en tener la libertad que a Él lo caracterizó, con una entrega total. Así debe ser la comunidad eclesial para vivir en conformidad lo más posible con su Señor Jesucristo y lograr hablar a la humanidad contemporánea.

En cambio, si el Evangelio que proclamamos queda lejano de aquellos que más lo precisan, que son los postergados de este mundo; si no se traduce en Bue-

na Nueva para los descartados, pierde su mordiente y a duras penas resulta creíble. Si nuestras opciones pastorales, si nuestros programas parroquiales y diocesanos no basculan en torno a los hambrientos, los emigrantes, los parados y cuantos entran de lleno en la amplia esfera de la pobreza y la miseria, serán como fachada sin fondo, casa sin cimiento, barco sin timón. Nuestro discurso podrá ser brillante, pero si en nosotros no hay un especial interés por los más débiles, careceremos de raíces evangélicas. Por el contrario, si, como nuestro divino Fundador, sentimos como Iglesia que ellos son los que ajustan y vertebran nuestro quehacer, entonces podremos decir que nuestra misión es prolongación en el tiempo de la suya (cf. Lc 4, 18-21). Son los pobres el corazón del Evangelio y de la Iglesia. No solo son destinatarios de nuestra atención sino razón de nuestro compromiso. La Iglesia quiere estar cerca de ellos para darles una esperanza concreta.

En el número 198 de su exhortación *Evangelii gaudium*, asumiendo el magisterio de sus Predecesores en la Cátedra de Pedro, Francisco deja claro estas ideas arriba señaladas de manera meridiana: «Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica». Dios les otorga «su primera misericordia»¹⁰. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2, 5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia»¹¹. Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza»¹². Insiste Francisco: «Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (EG 198).

El reciente documento de la Conferencia Episcopal Española, *La Iglesia al servicio de los pobres* es un signo de esta línea pastoral y un documento imprescindible para concretar esta dimensión evangelizadora, ya que ofrece una rica re-

10. Juan Pablo II, *Homilía durante la Misa para la evangelización de los pueblos en Santo Domingo* (11 octubre 1984), 5: AAS 77 (1985), pp. 358-359.

11. Juan Pablo II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 42.

12. Benedicto XVI, *Discurso en la Sesión inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* (13 mayo 2007), 3: AAS 99 (2007), 450.

flexión sobre las problemáticas anteriormente reseñadas desde la riqueza del conocimiento más inmediato de la realidad concreta de nuestro país¹³.

En ese texto, los obispos muestran que, en nuestros días, con una crisis económica que se arrastra desde hace varios años, estas palabras del Santo Padre han calado hondo en distintas instancias eclesiales, que han procurado hacer frente a las peticiones de los necesitados, que con el pasar del tiempo han ido multiplicándose. Y lo han hecho con servicios urgentes de beneficencia (reparto de ropa, medicinas y alimentos, pago de alquileres, luz, agua, etc.), acompañamiento de las personas abandonadas, ancianas, enfermas, desempleadas, etc., y, en tercer lugar, levantando la voz para que se superen y eliminen las causas estructurales de la pobreza¹⁴.

2.2. El principio del bien común y «la opción preferencial por los pobres» (LS 158)

Hablando del bien común, la Carta encíclica *Laudato si*, «sobre el cuidado de la casa común», vuelve sobre la centralidad que la Iglesia ha de dar a los pobres para ser fiel a la misión que le encomendó su divino Fundador: «En las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres. Esta opción implica sacar las consecuencias del destino común de los bienes de la tierra, pero exige contemplar ante todo la inmensa dignidad del pobre a la luz de las más hondas convicciones creyentes. Basta mirar la realidad para entender que esta opción hoy es una exigencia ética fundamental para la realización efectiva del bien común» (LS 158). El Papa concreta y expresa esta opción en un aspecto de gran actualidad: la crisis medioambiental, la contaminación y el cambio climático.

La importancia de estos temas ha puesto de relieve la Conferencia de París, celebrada en la capital francesa a finales del 2015¹⁵. La dificultad de esa cumbre

13. Conferencia Episcopal Española, *La Iglesia servidora de los pobres. Instrucción pastoral*, 24 abril 2015.

14. Cf. *ibid.*, n. 46-49.

15. La XXI Conferencia Internacional sobre Cambio Climático o XXI Conferencia de las Partes y la XI Conferencia de las Partes en calidad de reunión de las Partes en el Protocolo de Kyoto (COP21/ CMP11) se celebraron en París (Francia), desde el 30 de noviembre hasta el 11 de diciembre de 2015. Este importante encuentro fue organizado por la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC). Los esfuerzos realizados tenían como meta concluir un acuerdo mundial para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. La COP21 alcanzó en

para que su acuerdo final alcanzara un pleno consenso pone de manifiesto que las causas del problema ecológico tienen su estrato más profundo en el oscurecimiento de la primacía de la persona, que a su vez es resultado de haberle negado a Dios el primado, tanto en niveles personales como sociales. La degradación de la naturaleza no es, pues, una cuestión que pueda arreglarse tomando medidas meramente tecnológicas o sencillamente económicas. Hay que ir más a la raíz y esta es de corte antropológico, como señala el capítulo IV de *Laudato si*.

En efecto, cuando nos relacionamos con nuestro entorno únicamente movidos por el afán de lucro, como despiadados explotadores de la tierra, ávidos de consumo, el mundo acaba transformándose en un cúmulo de basuras, los desiertos se extienden, las aguas se contaminan, el cielo pierde su intenso color azul para caer en un gris mortecino. Esto evidencia que el cuidado del medio ambiente está íntimamente unido a la opción por los pobres y la búsqueda del bien común. Así lo proclamaba y exigía Francisco en el rezo del Ángelus del 6 de diciembre de 2015, mientras se llevaba a cabo ese importante encuentro parisino: «Sigo con gran atención los trabajos de la Conferencia sobre el cambio climático que se celebra en París y me viene a la memoria una pregunta que hice en la encíclica *Laudato si*: ¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? (n. 160). Por el bien de la casa común, de todos nosotros y de las generaciones futuras, en París todo el esfuerzo debe dirigirse a la mitigación de los impactos del cambio climático y, al mismo tiempo, a hacer frente a la pobreza para que florezca la dignidad humana. Las dos opciones van juntas: mitigar los cambios climáticos y hacer frente a la pobreza para que florezca la dignidad humana»¹⁶.

Estas ideas fueron retomadas por el Santo Padre en su intervención ante la LXX Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas. Entre lo

cierto modo su objetivo, definido por algunos como «histórico». En efecto, al final de la reunión, se logró un acuerdo universal sobre los métodos para combatir el cambio climático. Se trata del llamado *Acuerdo de París*, que fue aprobado por aclamación por casi todos los Estados y que se convertirá en jurídicamente vinculante si por lo menos 55 países que representen al menos el 55 por ciento de las emisiones globales de gases de efecto invernadero se adhieren a dicho acuerdo a través de la firma seguida de su ratificación, aceptación, aprobación o adhesión. El acuerdo será aplicado a partir de 2020. De acuerdo con el comité organizador, el resultado esperado era clave para limitar el calentamiento global por debajo de 2 grados centígrados en 2100, en comparación con el periodo anterior a la era industrial. Los investigadores de la ONU (*Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático*) acordaron en 2009 que esto era necesario para evitar catástrofes climáticas graves, y que ese resultado a su vez requeriría que las emisiones de gases de efecto invernadero se redujeran entre un 40 y un 70 por ciento en 2050 en comparación con el año 2010, alcanzando un nivel cero en 2100. Esta meta fue, no obstante, superada por el proyecto definitivo formalmente aceptado del Acuerdo de París, que pretende también proseguir los esfuerzos para limitar el aumento de temperatura a 1,5 grados centígrados.

16. Francisco, *Alocución después del rezo del Ángelus* (6 de diciembre de 2015): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (11 diciembre 2015), p. 2.

afirmado por el Pontífice en su discurso, se encuentran estas palabras: «Ante todo, hay que afirmar que existe un verdadero “derecho del ambiente” por un doble motivo. Primero, porque los seres humanos somos parte del ambiente. Vivimos en comunión con él, porque el mismo ambiente comporta límites éticos que la acción humana debe reconocer y respetar. El hombre, aun cuando está dotado de “capacidades inéditas” que “muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico” (*Laudato si*, 81), es al mismo tiempo una porción de ese ambiente [...]. Cualquier daño al ambiente, por tanto, es un daño a la humanidad. Segundo, porque cada una de las creaturas, especialmente las vivientes, tiene un valor en sí misma, de existencia, de vida, de belleza y de interdependencia con las demás creaturas. Los cristianos, junto con las otras religiones monoteístas, creemos que el universo proviene de una decisión de amor del Creador; que permite al hombre servirse respetuosamente de la creación para el bien de sus semejantes y para gloria del Creador»¹⁷.

Este texto resume los planteamientos de la encíclica papal. En ella, después de un análisis de la realidad (cap. I), el Obispo de Roma sienta los principios fundamentales del magisterio eclesial «sobre el Evangelio de la creación» (cap. II), sobre la raíz humana de la crisis (cap. III) y el reclamo de una ecología integral (cap. IV). Después, la Carta encíclica pasa a la parte más operativa en sus dos últimos capítulos.

En el cap.V nos ofrece unas líneas de orientación y acción «para salir de la espiral de autodestrucción en la que nos estamos sumergiendo» (LS 163). Sobre todo es un reclamo a un diálogo honrado en el ámbito internacional, que debe llevar a unas nuevas políticas nacionales y locales que protejan el medio ambiente. El Papa pide un diálogo transparente en los procesos de decisión sobre esta materia y solicita que la política y la economía dialoguen teniendo como horizonte la plenitud humana. Invita también a las religiones a sumarse a este diálogo. Y concluye con una invitación: «La gravedad de la crisis ecológica nos exige a todos pensar en el bien común y avanzar en un camino de diálogo que requiere paciencia, ascesis y generosidad, recordando siempre que “la realidad es superior a la idea”» (LS 201; cf. EG 231).

En el capítulo VI de su encíclica *Laudato si* Su Santidad nos dice que para respetar la creación «hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración» (LS 202).

17. Francisco, *Discurso ante la 70 Sesión de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas* (25 de septiembre de 2015); *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (2 octubre 2015), pp. 4-7.

2.3. Documentos de referencia: el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia y los documentos de la Conferencia Episcopal Española

Para esta educación son fundamentales buenos materiales. Y los hay. A veces nos falta conocerlos y, quizá, hacerlos llegar a todos de forma pedagógica. Señalo dos: El *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia* y el documento reciente de la Conferencia Episcopal Española, *La Iglesia al servicio de los pobres*, ya antes aludido. Con este material podremos hacer más presente en nuestra reflexión, en la misma enseñanza catequética y nuestras homilías, la dimensión social del Evangelio. Es una de las coordenadas del magisterio de Francisco, en continuación con sus predecesores en la Sede de Pedro.

El primer instrumento arriba indicado es muy valioso. Se trata del Compendio de la Doctrina social de la Iglesia, promovido por el Pontificio Consejo «Justicia y Paz», y publicado en el 2005¹⁸. En concreto, el capítulo X, titulado «Salvaguardar el medio ambiente», está en la base de la reflexión de Francisco. Y la Tercera Parte, «Doctrina Social y acción eclesial» es un foco iluminador para la acción pastoral y en concreto para el compromiso de nuestros fieles laicos. La rica reflexión de la Iglesia sobre estos temas es un servicio profético a esta sociedad actual que reclama luces orientadoras en estos momentos de cierta crisis de pensamiento y de dirección.

Por otra parte, la Conferencia Episcopal de España ha reflexionado en otras ocasiones sobre esta dimensión social de la fe, en documentos tan emblemáticos como la instrucción pastoral *La verdad os hará libres* (1990), *La caridad en la vida de la Iglesia. Propuestas de acción pastoral* (1994), *La Iglesia y los pobres* (1994) y otros. Y, recientemente, ha ofrecido un documento esclarecedor y una guía imprescindible para orientar la reflexión personal y comunitaria sobre la actual crisis y sus implicaciones morales y promover el compromiso cristiano en medio del mundo concreto que nos ha tocado vivir. Os remito ardentemente a la lectura de este documento: *La Iglesia al servicio de los pobres* (2015).

Nos dice este documento: «En los últimos años, especialmente desde que estalló la crisis, somos testigos del grave sufrimiento que aflige a muchos en nuestro pueblo motivado por la pobreza y la exclusión social; sufrimiento que ha afectado a las personas, a las familias y a la misma Iglesia. Un sufrimiento que no se debe únicamente a factores económicos, sino que tiene su raíz, también, en factores morales y sociales [...]. La Iglesia nos invita a todos los cristianos, fieles y comunidades, a mostrarnos solidarios con los necesitados y a perseverar sin desma-

18. Pontificio Consejo Justicia y Paz (2005): *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, BAC, Madrid.

yo en la tarea ya emprendida de ayudarlos y acompañarlos. El papa Francisco nos dice: «Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina»¹⁹.

Cuidar de la casa común, tal como nos lo pide el Sucesor de Pedro, no es otra cosa que tener misericordia con los pobres, con los que vienen detrás de nosotros, los jóvenes y niños, que desean un mundo habitable; pero también con los que nos preceden, los ancianos, que añoran aquellos paisajes verdes que ellos tuvieron y que hoy ya no existen.

El cuidado de la casa común, por tanto, pertenece hoy al ejercicio de la obras de misericordia, ya que es un marco de referencia esencial para que florezca la justicia.

3. Algunas líneas de conversión pastoral

Quisiera concretar ahora, en unos apuntes sencillos, unas líneas de compromiso que colaboren en la conversión a la que nos llama el Santo Padre, tanto en *Evangelii gaudium* (cf. 25-33) como en *Laudato si* (cf. 216-221). Me detengo en esto porque la conversión, palabra con la que Jesús comenzó su ministerio público (cf. Mc 1,15), es también hoy para la Iglesia, para cada uno de nosotros, un primer deber. El Papa nos dirige una llamada a un cambio de vida, que afecta a todos y en todos los niveles.

En efecto, la misión exige una pastoral en conversión. Precisemos bien las preposiciones. No se trata de una pastoral «de» conversión: hagamos lo mismo pero intentando convertir al otro. Sino de una pastoral «en conversión»: la misma pastoral, nuestras tareas, nuestras costumbres y los viejos «tics», nuestras normas de siempre, son las que tienen que entrar en un movimiento continuo de conversión. Y para dar fuerza a sus palabras el Sumo Pontífice utiliza la imagen de un «sueño como meta». Dice: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar

19. Conferencia Episcopal Española, *La Iglesia servidora de los pobres*, 24 abril 2015, n. 58.

que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad» (EG 27). El Papa hace unas referencias vigorosas a la parroquia, las iglesias locales, los obispos, sin olvidar la institución misma del papado (cf. EG 28-32).

Y concluye de esta forma tan enjundiosa: «La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (EG 33).

Esta conversión pastoral y misionera hay que enraizarla en el corazón del Evangelio, lo que nos obliga a buscar primacías y una adecuada jerarquía de verdades (cf. EG 34-39). Nuestro anuncio ha de centrarse en lo esencial para que se manifieste lo más bello, grande, atractivo y más necesario para la vida del hombre (cf. EG 35); sin mutilar nada del Evangelio ha de ponerse en luz el «principio de la misericordia» y la «revolución de la ternura» (cf. EG 88). Señala la exhortación: «Todas las verdades reveladas proceden de la misma fuente divina y son creídas con la misma fe, pero algunas de ellas son más importantes por expresar más directamente el corazón del Evangelio. En este núcleo fundamental lo que resplandece es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado. En este sentido, el Concilio Vaticano II explicó que “hay un orden o jerarquía en las verdades en la doctrina católica, por ser diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana” (cf. UR 11). Esto vale tanto para los dogmas de fe como para el conjunto de las enseñanzas de la Iglesia, e incluso para la enseñanza moral» (EG 36). Es importante esta puntualización.

La clave del magisterio de Benedicto, centrado en lo esencial, lo traduce Francisco a ejemplos plásticos: «Por ejemplo, si un párroco a lo largo de un año litúrgico habla diez veces sobre la templanza y solo dos o tres veces sobre la caridad o la justicia, se produce una desproporción donde las que se ensombrecen son precisamente aquellas virtudes que deberían estar más presentes en la predicación y en la catequesis. Lo mismo sucede cuando se habla más de la ley que de la gracia, más de la Iglesia que de Jesucristo, más del Papa que de la Palabra de Dios» (EG 38).

3.1. La misericordia se expresa en cercanía a los necesitados y acogida a los pecadores

En este Jubileo, una Iglesia en permanente estado de conversión no se anquilosa, se vuelve dinámica y, en primer lugar, se convierte a la misericordia. Aban-

dona cualquier atisbo de un estilo duro y leguleyo y, en un movimiento de sístole, acoge la misericordia y, en otro de diástole, la ofrece y pone en práctica. Así aparece ante el mundo como el signo y el sacramento de la misericordia de Dios. Nacida de la misericordia de Dios y destinada a transmitirla, la Iglesia lleva en su mismo ser la marca de la misericordia. Es su hoja de ruta. Lo cual la hace una Iglesia en *salida*, con las puertas abiertas y deseos de ir a las periferias humanas (cf. EG 46). Allí encuentra dos grandes dimensiones para ejercer la misericordia: la presencia afectiva y efectiva junto a los necesitados y la acogida a los pecadores²⁰.

La *cercanía a los necesitados* como expresión de la importancia del ejercicio de la misericordia tiene un sólido cimiento. Jesús nos ofrece en el evangelio de Mateo, hablando del juicio final (cf. Mt 25, 31-46), un argumento inconmovible: «Cuando lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis... Cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo» (Mt 25, 41, 45). Los necesitados de esta parábola son los hambrientos, los sedientos, los forasteros, los desnudos, los enfermos, los presos que hoy encontramos por doquier.

Quizá, y esto cada uno lo ha de ver en su corazón y en plegaria, hablando de conversión, ante todo, deberíamos examinarnos y ver si realmente nuestra misericordia se concreta en una ayuda solícita a los menesterosos. Responderíamos de esta forma a la cuestión que el Papa formulaba, antes del rezo del ángelus del domingo 24 de enero de 2016, cuando inquiría sobre si la evangelización de los pobres, que era prioritaria para Cristo (cf. Lc 4, 18), era también el centro de nuestras comunidades parroquiales, asociaciones laicales o movimientos eclesiales, de cada uno de nosotros.

Para que no cupiera duda, precisaba que evangelizar a los pobres significa tener la alegría de servirlos, de liberarlos de su opresión, y todo ello en el nombre y con el Espíritu de Cristo, porque Él es la liberación de Dios, porque Él se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Y continuaba: «Atención: no se trata solamente de hacer asistencia social, ni mucho menos actividad política. Se trata de ofrecer la fuerza del Evangelio de Dios, que convierte los corazones, sana las heridas, transforma las relaciones humanas y sociales según la lógica del amor: Los pobres, en efecto, están en el centro del Evangelio»²¹.

Ofrezcamos la fuerza del evangelio de la misericordia a cuantos no cuentan nada y se sienten a la vera del camino de nuestra sociedad. La cristiana es dinámica. No queda atrapada en la emotividad. Necesita traducirse en servicio activo. El buen samaritano no se detuvo en el análisis de la situación ni en estériles lamen-

20. Cf. A. CRESPO (2015): *La entrañable misericordia de nuestro Dios*, San Pablo, Madrid, 81 ss.

21. Francisco, *Ángelus* (26 enero de 2016).

tos (cf. Lc 10, 32-33). Fue resolutivo y eficaz. La carta de Santiago nos pone en guardia contra una determinada caricatura de la misericordia.

«Ciertamente el ejercicio de la misericordia se ha vuelto más complejo y delicado en estos días. No consiste solo en ayudar a los pobres, sino en analizar las causas que genera la pobreza y procurar erradicarlas o aminorarlas. No se reduce a practicar la beneficencia, sino que exige cumplir y reclamar la justicia. No equivale a dar lo que nos sobra, sino a vivir con cierta austeridad para que otros puedan subsistir y a interpelarnos acerca de nuestro ritmo de vida. No se reduce a un compromiso individual, sino que exige una tarea comunitaria. Ni se trata de responder solo a la miseria material, sino también a la miseria moral y espiritual. Los nuevos rostros de la pobreza se ocultan, a veces, detrás de estampas inéditas»²².

Hoy se reconoce, desde distintas instancias, que la Iglesia realiza un esfuerzo notable en este campo. Llegan a afirmar que la Iglesia es hoy, en nuestra sociedad, la institución más cercana a los marginados y a sus problemas humanos y sociales. Esto nos alegra. Sin embargo, no es difícil encontrar entre los bautizados, o entre aquellos que están más metidos en nuestras comunidades, a personas y grupos poco sensibles a la miseria injusta del Tercer Mundo, a la plaga social del paro, a las legítimas demandas de grupos sociales discriminados o desfavorecidos. Digámoslo crudamente: los pobres no han entrado todavía en la vida de muchísimos cristianos. No pocos los toleran, los consideran un fardo, y por ello los esquivan. He aquí un campo exigente de conversión²³.

La misericordia es una tarea de todo el cuerpo, de todo el organismo, de la Iglesia, no un quehacer exclusivo de algunos de sus órganos especializados como Cáritas o Manos Unidas o las múltiples ONG promovidas y sostenidas por los institutos de vida consagrada. Ellos tienen precisamente la misión de despertar, con su testimonio, la vocación universal de la Iglesia.

El otro signo de la práctica de la misericordia es *la acogida a los pecadores*. Dicen de nuestra sociedad que es excesivamente complaciente con el pecado y enormemente intransigente con los culpables. La Iglesia no puede ser complaciente con el pecado, pero tampoco intransigente con los pecadores. La Iglesia tiene que ser firme y condenar el pecado propio y ajeno. Pero la Iglesia está llamada a la misericordia con los pecadores. No solo en el sacramento de la Penitencia, sino también en su conducta de acogida a toda clase de pecadores. Debe ser sensible a los dramas morales y espirituales que estas dificultades suscitan en muchas conciencias creyentes. El perdón otorgado a los demás es un *buen título* para pedir el

22. A. CRESPO (2015): *La entrañable misericordia de nuestro Dios*, San Pablo, Madrid, p. 82.

23. Cf. J. M. URIARTE (1996): *Esperanza, misericordia, fidelidad*, PPC, Madrid, 118 ss.

perdón de Dios. Pablo presenta el perdón entre nosotros no como una condición o disposición previa sino como una consecuencia del perdón divino: «El Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo» (Col 3, 13). En el Padrenuestro hay una palabra que no es superflua: nunca un adverbio ha tenido tanta importancia: «como *también* nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Al pedirle al Padre que perdone nuestras ofensas, añadimos a nuestra súplica el galardón de que *también* nosotros lo hacemos.

3.2. La conversión como renovación pastoral

Por otra parte, una Iglesia en permanente estado de conversión es una Iglesia que se ha tomado muy en serio la impostergable labor de renovación eclesial a la que el Papa la llama. Y esta reforma eclesial no puede llevarse a cabo sino desde la centralidad de Jesucristo (cf. EG 27), superando obstáculos y tentaciones fáciles. El punto de referencia siempre es Jesús «el primero y el más grande evangelizador» (EN 9). «En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu» (EG 12). «Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviere épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece [...]. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión [...]. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre “nueva”» (EG 11).

La evangelización es la fuente de la renovación de la Iglesia. El Evangelio que ella proclama es el mismo que la fortalece y la rejuvenece. Y esto gracias al Espíritu Santo, hontanar de la juventud eclesial.

4. Agentes de pastoral con espíritu

Misericordia, evangelio, pobres, Espíritu Santo. Es un cuadrilátero cuyos lados no pueden separarse.

El primero que ha de sentir en su interior un alma de pobre es el que predica la Buena Noticia. Se sabe pequeño y limitado ante una obra tan grande, ante una misión que lo supera. Por eso, a la hora de evangelizar, tarea de todo bautizado, lo primero que hace falta es invocar la asistencia del Espíritu Santo y dejarse guiar por él. Así se evita una doble tentación: refugiarse en propuestas místicas y evasivas

sin un compromiso social, o bien implicarse en simples discursos sociales y de compromiso sin una espiritualidad que transforme el corazón (cf. EG 262). El Espíritu crea un «espacio interior» que otorga sentido cristiano al compromiso. El evangelizador que se deja llevar por el Espíritu ora y trabaja sabiendo que la obra no es suya sino del Paráclito, que con sus dones arranca de sí mismo a quien proclama la Buena Noticia y lo hace ir donde más hace falta.

De lo primero que arranca el Espíritu al evangelizador es de la queja temporal, tanto hacia atrás, entendida como nostalgia de un tiempo pasado, como de una mirada ingenua hacia delante, cuando se deja llevar por la fantasía para construir un futuro hecho a medida.

Con el Espíritu, no hay tiempos difíciles sino diferentes. Recordemos a los primeros cristianos. Incluso en nuestro siglo de oro, Santa Teresa de Jesús hablaba ya de «tiempos recios»²⁴. A este respecto dice el papa Francisco: «No digamos que hoy es más difícil, es distinto» (EG 263).

Soñemos con una Iglesia misericordiosa, renovada, amando la hora que le ha tocado vivir; tanto en las encrucijadas temporales como espaciales, viviendo el presente como gracia de Dios. Una Iglesia que en el plano diocesano sea «una madre cercana»; y en el parroquial «hogar de puertas abiertas». Siempre una casa abierta a todos y al servicio de todos, o, como prefería llamarla el Papa Juan XXIII, «la fuente de la aldea», a la que todos acuden para calmar su sed. No puede, por tanto, permanecer replegada sobre sí misma, sino que ha de abrirse al mundo concreto donde está enraizada y donde las personas viven sus luchas, gozos y sufrimientos.

En el capítulo quinto de la *Evangelii gaudium*, el Papa desarrolla ideas enjundiosas que nos invitan a ser evangelizadores con Espíritu (cf. 259-283). Ojalá que cada joven, cada catequista, cada agente de pastoral, miembro de Cáritas o de otra cualquier asociación eclesial dedicada a acompañar a los desvalidos, ambicione ser un evangelizador lleno y movido por el Espíritu Santo. Que cada cual busque en esos números de la exhortación pistas para enriquecer y afianzar su identidad eclesial, y esto con entusiasmo y gozo. No aspiremos a otra cosa que no sea llevar con humildad ese gran título: evangelizador con Espíritu, movido por el Espíritu Santo y por Él sostenido.

El perfil que el Papa traza para cada evangelizador con Espíritu es realmente evocador y sugerente. Se trata de abrirse sin temor a la obra del Paráclito, que logra arrancar temores y en su lugar siembra entusiasmos. Y continúa el Santo Padre:

24. *Vida* 33, 5.

«El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (*parresía*), en voz alta y en todo tiempo y lugar; incluso a contracorriente. Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no solo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios» (EG 259).

Para ayudaros a ser este tipo de evangelizadores me parece importante subrayar tres notas. Las estimo esenciales para contribuir a la propia reflexión personal y promover el perfil de una evangelización con Espíritu.

4.1. La mística del encuentro

Un evangelizador con Espíritu es alguien que tiene trato personal con Cristo, al que ha descubierto no como una entelequia o una pieza de museo, sino como una Persona que escuchar, imitar, amar. La experiencia pascual es el desencadenante de la evangelización. Los relatos pascales nos ofrecen un dato básico y central. Los encuentros con el Resucitado terminan invariablemente en un estado de vital alegría y en una llamada a la evangelización. Hoy también es necesario «hacer experiencia», es decir, sumergirse en el misterio de Dios, que nos trasciende y sobrepasa; en el misterio de Jesucristo Resucitado, que vive en medio de nosotros. Y esto porque hemos de afianzar en nosotros la convicción de que no seguimos la memoria de un muerto. Seguimos al que vive, el Señor, que va delante de nosotros como «el primero entre muchos hermanos» (Rom 8, 29).

Con el Espíritu, vislumbramos que la primera motivación para evangelizar «es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por él que nos mueve a amarlo siempre más». Se trata del encuentro con la Persona de Cristo que Benedicto y Francisco ponen como cimiento de la vida espiritual y la evangelización (cf. EG 7).

El papa Francisco recuerda a su predecesor: «No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”» (EG 7). «Solo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad [...]. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?» (EG 8).

4.2. La necesidad de comunión eclesial

Si descubrimos evangelizadores gozosos y serenos es signo de que se han encontrado personalmente con el Señor. Es una clave del programa pastoral de Francisco: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años» (EG 1).

Un evangelizador con Espíritu es alguien que siente la alegría de ser parte de una familia. No es un francotirador. Nadie es misionero «por libre». Somos enviados por el Señor; por mediación de su Iglesia, para trabajar por el Reino de Dios en medio del mundo. Vivimos en una Iglesia que es «pueblo de Dios» y es un don suyo sentirse en «comunión con los hermanos». La comunión es gracia y tarea, que tiene como efectos la corresponsabilidad y la coordinación cordial de todos nuestros trabajos en torno a los criterios evangelizadores de nuestra Iglesia.

La comunión es una de las riquezas que promueven los Planes de Pastoral de cualquier diócesis, conscientes de que caminar en concordia edifica y recuerda que la fe la aprendemos de la Iglesia Madre (cf. LF 39), que acoge, espera y crece porque no se cierra en ella misma. Desde esta experiencia son luminosas estas palabras de Francisco: «Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”» (EG 14).

4.3. Pasión por el pueblo

Un evangelizador con Espíritu es aquel que ama apasionadamente al pueblo de Dios. No solamente ama a Jesús. Ama también a sus hermanos, siente pasión por su pueblo, se siente bien entre su gente, ante sus fieles, sabiendo que no son suyos sino de Cristo. Esto hace que no los mire de forma transitoria. Por desgracia, hoy hay evangelizadores que están en una parroquia y ambicionan la otra (cf. EG 268). No han logrado unificar mente y corazón en el desarrollo de la misión eclesial. En cambio, son precisos evangelizadores con un alma indivisa, que se acerquen como buenos samaritanos a las heridas del hombre, como buenos pastores que buscan la oveja perdida, como maestros que miran con cariño al posible discípulo (cf. EG 269-274).

Entre los que forman nuestro pueblo, ¿a quién debería privilegiar el amor del evangelizador? Sin duda a los más necesitados y pobres, que son los destinatarios privilegiados del Evangelio y a quienes no podemos abandonar (cf. EG 48).

A este respecto, escribiendo a los líderes económicos mundiales, reunidos en Davos para su encuentro anual, el Santo Padre les decía: «A todos ustedes me dirijo una vez más: ¡No se olviden de los pobres! Este es el principal desafío que tienen ustedes, como líderes en el mundo de los negocios. “Quien tiene los medios para vivir una vida digna, en lugar de preocuparse por sus privilegios, debe tratar de ayudar a los más pobres para que puedan acceder también a una condición de vida acorde con la dignidad humana, mediante el desarrollo de su potencial humano, cultural, económico y social”»²⁵.

Ese grito no es exclusivo de los grandes de esta tierra. Es también para nosotros. Y el Sumo Pontífice, para animarnos a hacer nuestra esta opción por los pobres, nos ofrece un referente de esta predilección en el santo del que asume su nombre como Sucesor de Pedro: «Pequeños pero fuertes en el amor de Dios, como san Francisco de Asís, todos los cristianos estamos llamados a cuidar la fragilidad del pueblo y del mundo en que vivimos» (EG 216). Y nos propone una clave de discernimiento, que es la que hemos procurado analizar a lo largo de estas páginas: «Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia”» (EG 198).

5. Conclusión

Cuando hoy se oscurece la fe, especialmente en nuestro entorno cultural occidental, y se quiere tender un velo de olvido sobre sus propias raíces, es necesario levantar nuestra oración a Dios, invocando a María como Madre de una humanidad más desvalida que nunca; una humanidad que al extirpar a Dios de su vida, se ha convertido en una humanidad huérfana y pobre, porque la mayor penuria es la espiritual²⁶; una humanidad que al no darle a Dios el primer puesto que

25. Francisco, *Mensaje al Presidente ejecutivo del Foro Económico Mundial, con motivo de su reunión anual en Davos* (Suiza), 30 de diciembre de 2015.

26. La pobreza espiritual es menos visible, pero más dolorosa que la material, porque trae consigo consecuencias muy nocivas, tanto en el plano personal como social. En efecto, haber dejado a un lado a Dios ha llevado a muchos a tener comportamientos morales, sociales y personales que destruyen al hombre mismo. En cambio, la adoración a Dios enriquece la personalidad del hombre. Desconocer a Dios en Cristo es la penuria más radical que un hombre puede sufrir. Por el contrario, conocerlo de verdad lleva a una plenitud de vida, a trabajar por el hombre y su dignidad fundamental. Conocer a Dios conduce a reconocerlo en los postergados de este mundo. Cf. Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres*, n. 12-14.

Él se merece, ha colocado en el último a los desfavorecidos, los ha desterrado y excluido.

Para que los pobres puedan ser ayudados, supliquemos a la Virgen de Nazaret. Pidamos que, a ejemplo de su divino Hijo, nos haga amar a los pobres, dándonos lo mejor que tenemos: su Evangelio, fuerza que redime y ensalza.

Si tomamos conciencia de esto y nos entregamos a los crucificados de este mundo con la fuerza y en el nombre de Cristo, llegaremos a ser hombres y mujeres más plenos, pues nuestra responsabilidad para con nuestros hermanos y hermanas es una parte esencial de nuestra humanidad común.

Por tanto, no tengamos miedo de abrir nuestra mente y nuestro corazón a los pobres. De este modo, usaremos rectamente los talentos económicos y técnicos, y descubriremos la felicidad de una vida plena y auténtica, vida que no puede proporcionar el lujo, el despilfarro, el solo consumismo²⁷.

Al invocar a María como Madre, recordamos la paternidad de Dios así como la gran misericordia realizada por Jesucristo: recuperar en cada uno de nosotros la dignidad de ser hijos de Dios. Ella es para sus hijos *Madre de la misericordia*²⁸. El pueblo cristiano se identifica gustosamente con esta advocación, que le es muy entrañable: *Madre de la misericordia*. Ante Ella, los creyentes nos sentimos escuchados, acogidos, confortados.

Fijando nuestros ojos en María, la invocamos con esta súplica, que a lo largo de los siglos han repetido cuantos se sienten apesadumbrados: «Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos».

27. Cf. FRANCISCO (30 de diciembre de 2015), *Mensaje al Presidente ejecutivo del Foro Económico Mundial, con motivo de su reunión anual en Davos, Suiza*.

28. Cf. Juan Pablo II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, 9.

6. Misericordia con presos y cautivos

Pedro Fernández Alejo, trinitario

Delegado diocesano de Pastoral Penitenciaria. Archidiócesis de Sevilla

Resumen

Esta reflexión sobre «La misericordia con los presos y cautivos» pretende encauzar el ser y el obrar de la Pastoral Penitenciaria como una acción eminentemente misionera y evangelizadora de la Iglesia, dentro y fuera de las prisiones. La razón de ser de nuestra pastoral se fundamenta en Cristo y su Evangelio, quien, ungido por el Espíritu del Señor, «pasó por la vida haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el diablo»¹.

Lo que mueve, pues, a los miembros de la Pastoral Penitenciaria no es el «ir» a la cárcel para «hacer obras de misericordia» con los privados de libertad, como si se tratara de una acción social más de la Iglesia, sino el vivir el «Principio Misericordia»² como expresión de sentirse imbuido por el Espíritu de Jesús que anima un peculiar modo de ser y de estar ante el caído, en la prisión. «Movidos a mise-

1. Hch 10, 29.

2. JON SOBRINO (1992): *El principio Misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander.

ricordia»³ es el motor que impulsa a esta pastoral para sentirse vinculada a Jesús, participando de sus mismos sentimientos. La fuente la tenemos en el «Evangelio de la misericordia» a través de unos textos que iluminan y sostienen el modo de ser y de estar con los presos.

La Pastoral Penitenciaria responde a un vivir en comunión con la «Iglesia-Misericordia» y la «Iglesia-Samaritana», de la que se siente enviada para «anunciar la liberación a los cautivos»⁴, y que desea ser, al mismo tiempo, conciencia crítica que le hace actuar como «profeta de la misericordia» ante la Iglesia y la sociedad, y para celebrar con gozo este «año de gracia» como lo es el «Año Jubilar de la Misericordia» impulsado por el papa Francisco.

Palabras clave: Pastoral penitenciaria, redención, misericordia, compasión, evangelizadora.

Abstract

The author introduces the penitentiary pastoral as an eminently missionary and evangelizer action of the Church. The penitentiary pastoral is the result of a communion between the «Church-mercy» and the Church «Church-Samaritan», sent to announce the liberation of the captives, and to be a prophet of mercy as a critical conscience before Church and society.

The key element of the penitentiary pastoral is not visiting jail to «make works of mercy» with those who lack freedom, as if it was another social work of the Church. It is rather a way of living the «principle-mercy» as expression of the Spirit of Jesus who encourages to a particular way of being before those who are in prison. Mercy acts as an engine driving this pastoral to feel linked to Jesus, participating of his same feelings.

Key words: Penitentiary pastoral, redemption, mercy, compassion, evangelizer.

3. Lc 10, 33.

4. Lc 4, 18.

Introducción

Solemos tener la tendencia, a la hora de interpretar los textos evangélicos, de quedarnos en lo anecdótico y superficial y no ir a lo esencial del mensaje de Jesús para que cale hondo en nuestra vida. En el tema que nos ocupa de cómo vivir la *misericordia* con los presos y cautivos es transcendental para nosotros, los miembros de la Pastoral Penitenciaria o Pastoral de Justicia y Libertad, el adentrarnos en el corazón de Cristo para poder sentir y vivir como Él la misericordia que hemos de ofrecer y compartir con los privados de libertad.

Ejercer esta Pastoral de la Misericordia, dentro y fuera de los centros penitenciarios con los presos y presas, nos lleva a dilucidar en profundidad, para poder ofrecer, con espíritu evangélico, la genuina misericordia que Jesús nos comunica desde su vida, que no es otra que la misericordia entrañable del Padre.

Nos movemos, por tanto, desde lo que Jon Sobrino denomina el «Principio-Misericordia» que «entendemos como un específico amor que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga una determinada dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso. Ese “Principio-Misericordia” —creemos— es el principio fundamental de la actuación de Dios y de Jesús, y debe serlo de la Iglesia»⁵. Nuestro «ser misericordioso», empapado en los mismos sentimientos de Cristo, que nos impulsa a actuar «movidos por la misericordia», nos hace ir más allá de lo estricto «hacer obras de misericordia», o del sentimentalismo compasivo, de la preocupación por aliviar momentáneamente «sus necesidades» más perentorias, o, lo que es peor, caer en el paternalismo/maternalismo que inutiliza todo sentimiento de amor verdadero y misericordioso hacia la persona necesitada.

Este es el recorrido que pretendo hacer en estas páginas y procuraré poner de manifiesto que la razón de ser de la Pastoral Penitenciaria, como pastoral de la Misericordia para con los presos y los cautivos, es la esencia de nuestro ser y nuestro actuar con los presos y presas en el interior de la prisión, con los familiares y con la Iglesia, de quien nos sentimos enviados para anunciar la Buena Noticia liberadora a los privados de libertad y para quien deseamos ser conciencia crítica desde un modo de hacer pastoral, de un talante de vivir y de anunciar «la alegría del Evangelio»⁶ como «profetas de la misericordia» que anuncia y denuncia con su testimonio que otro modo de ser persona es posible, que otro modo de ser cristiano y de ser Iglesia samaritana también lo es en el mundo actual.

5. J. SOBRINO, (1992): *El Principio Misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*. Santander. p. 31ss.

6. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, I.

I. Pastoral de la misericordia con presos y cautivos

El Evangelio de la Misericordia anunciado por Jesucristo

A lo largo del Evangelio Jesús nos va perfilando cuál es el verdadero rostro de Dios Padre en su relación con nosotros y cuál ha de ser, por tanto, nuestra actitud de dar gratis lo que recibimos gratis. «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso»⁷. La misericordia y la compasión, la bondad y el perdón que el Padre nos regala es lo que Jesús nos exige que respondamos si queremos ser hijos del Padre que está en los cielos y que ama a todos por igual, preferentemente a los más pobres y desvalidos⁸. La misericordia para con el hermano caído es la medida de nuestra identificación como hijos del Padre, así como nuestra participación en la redención que Cristo nos ha regalado con su muerte y resurrección. Jesucristo es el redentor del mundo, es nuestro redentor. Jesús es enviado por el Padre como Redentor del género humano, como liberación para el pobre y oprimido. Redención, liberación y misericordia son las claves del Reino de Dios, son el eje sobre el que gira la vida y el mensaje de Jesús de Nazaret.

Jesús, como nos dice Pedro, «fue unguido por el Espíritu Santo y pasó por la vida haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él»⁹. Jesús, a lo largo de su vida manifestó, con obras y palabras que Dios estaba con Él y llenaba la vida y el corazón de los pobres de la alegría de saberse amados por Dios y de que eran importantes para Él. Por eso transmitía la salud del cuerpo y del espíritu, perdonaba y liberaba, tocaba y devolvía la limpieza en el cuerpo y en el alma, pronunciaba palabras de vida y resucitaba.

A continuación voy a ofrecer unas reflexiones sobre algunos momentos importantes de la vida de Cristo y su Evangelio con especial incidencia en nuestra misión con los presos desde la Pastoral Penitenciaria.

I.1. El programa de Jesús

Al comienzo de la predicación del Reino, Jesús, enlazando con el Espíritu del Dios del A. T. asume su condición de enviado, de Mesías, de unguido. «El Espí-

7. Lc 6, 36.

8. Lc 6, 36-38.

9. Hch 10, 38.

ritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió. Me ha enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos, para dar la libertad a los oprimidos, y proclamar un año de gracia del Señor»¹⁰.

Después de esta lectura realizada en la sinagoga de su pueblo de Nazaret, Jesús es tajante, sorprendente, atrevido: «Hoy, en vuestra presencia, se cumple esta lectura que acabáis de oír»¹¹. Jesús asume en su persona la función redentora y liberadora que su Padre Dios había desempeñado en el A.T.

A partir de ese momento, Jesús sabe lo que quiere, tiene clara su misión, sabe a qué ha venido, ha entendido para qué lo quiere el Padre y, desde ese momento, está dispuesto a cumplir la voluntad del Padre hasta el final, hasta derramar la última gota de su sangre, hasta el último suspiro en la cruz, hasta el abandono final en las manos del Padre. Jesús mismo va a ser, ese el «pariente cercano» que pague, con su vida, con su sangre, el rescate de todos los cautivos y oprimidos de la historia. Esta es la gran pasión de Jesús: anunciar a los pobres que de ellos es el Reino de los cielos, que eso es una Buena Noticia alegre y esperanzadora para ellos y que ha venido, con la unción y la fuerza del Espíritu, a anunciar la libertad a los cautivos y a poner en libertad a los presos.

Jesús es consciente de que encarna el Reino de Dios, el proyecto misericordioso liberador de Dios en favor de los pobres. Así se lo hace saber a Juan Bautista cuando, desde la cárcel, le llega la pregunta: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro? Id y contadle a Juan, le responde Jesús, lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia»¹².

Esta es la pauta que orienta a la Pastoral de la misericordia con los presos y cautivos de hoy. Cada cristiano comprometido en esta pastoral se siente también «ungido por el Espíritu del Señor»¹³, no solo para anunciar la alegría del Evangelio a los privados de libertad, sino también para ponerlos en el camino de la libertad y acompañarlos en el proceso de su liberación integral. Vivir esta experiencia gozosa de ser Buena Noticia para los excluidos y marginados en la cárcel hace que el Agente de Pastoral Penitenciaria se sienta lleno de alegría al compartir con Jesús de Nazaret su gran misión liberadora y percibir que su misión evangelizadora en la prisión actualiza las palabras de Jesús «hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír»¹⁴.

10. Lc 4, 18-19.

11. Lc 4, 21.

12. Mt 11, 35.

13. Lc 4, 18.

14. Lc 4, 21.

I.2. Las Bienaventuranzas: el Reino de los pobres¹⁵

Oír de labios de Jesús que «los pobres son bienaventurados y que de ellos es el Reino de los cielos»¹⁶ no es para los pobres una falacia o una ilusión, ni tampoco el consuelo de los perdedores, de los que aquí en la tierra no han tenido de nada y tienen que conformarse con lo que le ofrezcan en el más allá.

La clave para entender las bienaventuranzas de Jesús está en la conversión. Esto significa ser otro, no de cuerpo, sino de mente y de corazón; nacer de nuevo¹⁷. La conversión es aceptar lo que Jesús plantea como exigencia y como garantía de felicidad y de salvación, de liberación plena.

Así, el seguidor de Jesús, una vez convertido, se empapará de su mismo espíritu y se convertirá en un ser misericordioso y compasivo. Este es un elemento esencial, vital para todo cristiano pero, de modo especial, para aquellos que se sienten vocacionados para ponerse al servicio de los pobres, marginados, excluidos y presos. No es fácil vivir y sentir el dolor, el sufrimiento de tu hermano que está en la cárcel, carente de casi todo, si no se ha hecho el proceso interior, de mente y corazón, de una conversión sincera y eficaz. Jesús nos exige una comunión e identificación con Él asumiendo en nuestra vida la experiencia de ser pobre, manso y humilde de corazón, que vive la ternura de un corazón limpio y transparente, que es compasivo y misericordioso con el hermano caído, que asume su sufrimiento y su pasión y llora por ello, que le duelen las injusticias de este mundo que siguen haciendo víctimas y generando la destrucción y la muerte de tanto inocente, que lucha por erradicar de esta sociedad la injusticia, las desigualdades y los atropellos a los derechos más inalienables de la persona humana, que son hacedores de la paz que perdona, reconcilia y une a las personas y los pueblos y que, en este compromiso por el Reino y sus hijos más débiles, sufrirá también la persecución, la tortura, la cárcel y hasta el martirio.

Esta aventura liberadora produce dos efectos importantes en el Agente de Pastoral Penitenciaria: por una parte, está el hecho de que te acercas al preso con espíritu tembloroso, lleno de miedos e inseguridades; la incertidumbre de si sabré estar a su altura, si podré transmitirles algo de lo que siento, creo y vivo, o de lo que a mí me gustaría ofrecerle. Hay dudas e incertidumbres y, con toda humildad y sinceridad, compartes tu propia pobreza, tus miedos y dudas, tus debilidades, también tus esperanzas y tu fe y, sobre todo, tu amor; entonces se va produciendo el milagro de estar compartiendo juntos unos sentimientos vinculados a la fe en Dios Padre y en Jesús y a unas expectativas de futuro marcadas por la alegría de la conversión verdadera.

15. Mt 5, 1ss.

16. Lc 6, 20.

17. Cf. Jn 3, 3.

Por otra parte está la participación y la aportación del preso. Sorprendentemente al que considero que está en un nivel bajo de cultura, de formación religiosa, de práctica religiosa, te está ofreciendo una experiencia de fe tan profunda y sincera, una vivencia tan natural y espontánea de Dios que te impacta de tal manera que experimentas la gran riqueza que te está aportando y la profundidad de una fe que tú no has llegado a sentir hasta ahora.

Los presos, muchos de ellos alejados de Dios, de Cristo y de su Iglesia, son, sin embargo, los beneficiarios del Reino, los primeros que deben recibir la Buena Noticia de la salvación. Y nosotros, comprometidos con los pobres por la causa del Reino, tenemos el deber de compartir con ellos los dones y carismas con los que el Espíritu nos ha enriquecido, y transmitir y compartir nuestra fe caminando juntos, unidos por el mismo Espíritu de Jesús, para «evangelizar y ser evangelizados»¹⁸ mutuamente.

1.3. El Samaritano que tuvo misericordia del caído¹⁹

Jesús nos propone en la parábola del Buen Samaritano una manera muy sencilla de descubrir qué es tener fe, qué es creer en Dios Padre misericordioso, qué es vivir el amor pleno a Dios y al prójimo y, sobre todo, qué es descubrir «quién es mi prójimo»²⁰.

En la parábola aparecen varios personajes:

- **Hombre herido:** anónimo, asaltado en el camino, ignorado, no importa el nombre, sencillamente es una persona, es el prójimo, un irreconocible.
- **Salteadores o malhechores:** es la sociedad con sus mecanismos de venganza y castigo; los poderes públicos que crean leyes punitivas para satisfacer la venganza social; los jueces que aplican las leyes desde la legalidad pero no siempre desde la justicia y con sentido de humanidad.
- **Sacerdote:** un profesional del templo, de la religión institucionalizada, que no se mancha las manos para no caer en impureza legal y religiosa, no se siente implicado en lo que le ocurre al herido, encarna la antimisericordia, prefiere dar un rodeo y que no le vean involucrado en los hechos.

18. E. G. 48.

19. Lc 10, 25-37.

20. Lc 10, 29.

- **Levita:** un profesional de la interpretación de la ley del Antiguo Testamento, sabe lo que dice Dios en la Biblia, pero no sabe «leer la Biblia»; no sabe nada de la misericordia; también pasó de largo, no quería verse implicado.
- **Samaritano:** persona no religiosa, enemigo social y religioso de Israel, despreciado por sacerdotes, fariseos y levitas. Este realiza tres gestos significativos que denotan la profundidad de su ser como persona: llegó al lugar, vio al herido, se compadeció de él. «Movido a misericordia» aplicó con el herido lo esencial de un ser misericordioso: cuidó de él, le hizo las primeras curas con aceite y vino y lo vendó. Pone a su servicio todos sus medios: su cabalgadura, sus medios económicos pagando al posadero, encargándose de su curación y recuperación total.

La buena sociedad sabe dónde están las cárceles, y pasa de largo, mira para otro lado, no quiere ver el sufrimiento ajeno. La sociedad tiene miedo y este le lleva a recrudecer su sed de venganza, de rechazo, desprecio y olvido: ¡que se pudran, que se mueran ahí, que no salgan nunca...!

También hay personas del ámbito de lo religioso que imitan perfectamente criterios, actitudes y sentimientos de la «buena sociedad». Son gentes de buena fe, pertenecientes a la clase puritana y burguesa. Pasan de largo, no quieren ver al herido, lo ignoran, tienen miedo, no quieren saber las causas ni la situación de su desgracia y dolor. Prefieren ir al templo a purificarse de sus pecados, refugiarse en el rito, no tener mala conciencia.

Y hay samaritanos auténticos, también entre los cristianos: personas que interiorizan y asumen como propio el dolor y el sufrimiento de su prójimo, son sencillos, humildes, sensibles y solidarios; son creyentes de a pie, rebosando generosidad, sienten lástima y no soportan que nadie sufra ni tampoco que nadie haga sufrir a su prójimo. Ponen todos sus medios para comprobar la situación de la persona oprimida, víctima herida y para ofrecerle sus pobres, pero necesarios remedios, para acompañarle y cuidarle. Salen a las afueras de la ciudad, van a los caminos donde están «desterrados» y alejados; les acompañan, les vendan heridas, les facilitan medios para su rehabilitación física, psicológica, espiritual y social.

La Pastoral Penitenciaria, a través de sus Agentes, es y quiere ser siempre el reflejo de ese espíritu de compasión y de misericordia que nos marca Jesús a través de la actitud y la actuación del Samaritano. Es la identidad de la acción misionera y evangelizadora de la Pastoral Penitenciaria: seguir a Cristo, escucharle y poner en marcha su mismo proyecto de liberación de los caídos y oprimidos:

«vete y haz tú lo mismo»²¹. Y en la prisión cada miembro de la Pastoral de la misericordia, siente muy de cerca al hermano preso, lo siente «próximo» y se compadece de él; comparte con el preso su pasión, su dolor, su angustia y sufrimiento, se convierte en su cirineo particular; trata de curarle ofreciéndole el aceite y el vino que sana y reconforta; le mimaba con sus cuidados, le acompaña en su proceso de sanación, de liberación integral, ayudándole en el proceso de reinserción; le facilita y le acoge en su Casa para personas sin familia y sin futuro hasta su liberación definitiva.

El Voluntario de la Pastoral Penitenciaria se transforma en otro «Cristo Samaritano» y le lleva «la alegría del Evangelio»²² y le «brinda misericordia, pues el evangelizador tiene experiencia de la misericordia del Padre y de Jesús; se arrodilla ante el herido y le lava los pies, toca la carne sufriente de Cristo en el Pueblo, tiene “olor a oveja” y se embarra y ensangrienta con las ovejas descarriadas y heridas»²³.

La Pastoral Penitenciaria es una pastoral que siempre está «en salida», está en constante movimiento, con un dinamismo de «salida», de salir al encuentro de los pobres y marginados, de los heridos y caídos, pobres, esclavos y presos que son los beneficiarios del Evangelio y que están en las «periferias existenciales», en las afueras de las ciudades y los pueblos. Es una «salida misionera», que genera muchas dificultades, incomodidades, contratiempos, ambientes desconocidos y hasta enfrentados con la misión²⁴.

La misión samaritana de la Pastoral Penitenciaria se centra prioritariamente en hacerles partícipes de «la alegría del Evangelio» a fin de ofrecerles un horizonte bello, un futuro de esperanza y de reinserción, un banquete deseable, el banquete del Reino presidido por Cristo, donde puedan ellos también sentarse y participar de las alegrías de la redención y la liberación²⁵.

I.4. El Padre misericordioso²⁶

Magistralmente nos narra Lucas esa estampa familiar marcada por los desgarros sufridos en la convivencia, los conflictos entre padres e hijos. A lo largo de la trama narrativa se van poniendo de manifiesto situaciones, actitudes, sentimientos, emociones encontradas. Los interlocutores se decantan en segui-

21. Lc 10, 37.

22. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, I.

23. *Evangelii Gaudium*, 24.

24. E. G. 46.

25. E. G. 48.

26. Lc 15, 11-32.

da por definir a los personajes e identificándose con la actitud generosa del padre, así como con la aversión hacia el hijo menor que exige sin haber contribuido en la consecución de esa herencia y mucho más se decanta contra el hijo mayor:

El padre, en un acto de respeto, nada frecuente, hacia la exigencia de su hijo menor; reparte la herencia entre sus dos hijos. La decisión de hacer con «su propiedad» lo que quiera es parte de su opción libre, equivocada o no. Cada uno de los hermanos toma caminos distintos. El padre los respeta, aunque el dolor está latente en su corazón. El hijo menor se aleja y «emigra a un país lejano viviendo perdidamente, derrochando toda su fortuna»²⁷. Llega un momento en el que toca fondo; está a las puertas del infierno; cae en lo más bajo, hasta sentir la presencia y la compañía del animal, el cerdo, que simboliza la degradación, la pérdida de la dignidad, el deshecho como persona. Y ya no es que fuera enviado a cuidar cerdos, como último recurso laboral, el más indigno sin duda alguna, sino que él mismo se transforma en un cerdo. Se siente sucio, despreciado por sí mismo y por los demás, no se atreve a levantar la cabeza, no es capaz de mirar hacia arriba, de mirar hacia adelante, su hocico solo está a ras del suelo buscando bellotas, alimento rastroso, que no vale ni para el alimento de los humanos. Así se vio ese joven. Llegó a comprobar el fracaso de su experimento como ser libre, independiente, capaz de enfrentarse a la vida él solo. Y en ese estado de angustia vital, de nulidad como persona, de haber descubierto el sin sentido de su vida porque había tirado por la borda, mejor dicho tiró a los cerdos, todas las perlas y la riqueza de su situación anterior; habiendo derrochado su vida, sus esperanzas de juventud, sus anhelos de una vida mejor independiente, solitaria y en ruptura con su familia.

Y es ahí, en ese puntito del corazón humano, donde surge la gran reacción para retomar su vida anterior; recuperar el amor perdido, enlazar con la situación anterior que le vinculaba a una familia, a un padre que lo era todo para él. Es el momento, no solo del arrepentimiento superficial provocado por la situación indigna, sino que es la experiencia profunda de un cambio radical en su vida, se produce la verdadera conversión de su corazón hacia el amor del padre que lo espera con amor y con los brazos abiertos. Y el padre, estando todavía lejos, «lo vio» y «se conmovió» hasta las entrañas, sale al encuentro, corre hacia el hijo de su amor para abrazarle en su misericordia, perdonarle, acogerle y dignificarle, «se le echó al cuello y se puso a besarle»²⁸.

Y se produjo el gran y esperado encuentro entre el padre y el hijo, cargado de ternura, de amor, de felicidad, todo son besos y abrazos de misericordia; y se le

27. Lc 15, 13.

28. Lc 15, 20.

repone la dignidad de hijo amado con el anillo, las sandalias y la vestimenta nueva, y ocupar el lugar en la familia como antes, el celebrar con gozo la vuelta del «hijo pródigo», «porque estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado»²⁹.

Esta es la realidad de muchísimos jóvenes que tienen su «hogar» en la «casa enrejada», en un Centro Penitenciario. Lugar de «infierno», pero también de «gloria» para algunos de ellos.

Para algunos presos la cárcel les sirve de un periodo de reciclaje, de discernimiento, de análisis de su vida, de sus errores, equivocaciones, fracasos, rupturas. Es en la prisión donde empiezan a darse cuenta del sin sentido de sus vidas, del vacío existencial y de tantas perlas (valores) como han ido tirando a los cerdos tiempo atrás. Y es en ese periodo sin libertad donde se produce, en más de uno, el proceso de búsqueda de su identidad perdida, como persona y como cristiano. La «búsqueda del tesoro escondido o perdido» supone el adentrarse en lo más profundo de su ser y hurgar en su «almario» para destapar y encontrar tantos valores que están ahí enterrados, en lo más recóndito de su ser; valores que son el fruto de la herencia que recibieron de sus padres, maestros, catequistas, entorno familiar y de buenos amigos. Valores y experiencias positivas que fueron recibiendo y viviendo desde su infancia, adolescencia y juventud.

Y comienza a nacer, de nuevo, la esperanza, la ilusión y las ganas de recuperar el tiempo perdido. Renace el deseo de valorarse como persona y de saber que tiene en su interior tantos valores, tantas cualidades buenas, que ha sido siempre una buena persona, pero que, por circunstancias de la vida, al elegir caminos equivocados, al dejarse llevar y guiar por otros menos buenos, al caer en la dependencia de la droga, han llegado a cometer atrocidades, han hecho sufrir a sus seres queridos, se han hundido en el fracaso afectivo, han generado la ruptura familiar, se han encontrado con la soledad y con la cárcel. Son muchos los presos que viven la experiencia de un verdadero arrepentimiento por el mal causado a sí mismo y a los demás, que piden perdón de corazón a quienes han ofendido.

También la estancia en prisión supone, para más de uno, el encuentro con Dios, la recuperación de una fe muy olvidada y abandonada, o nunca descubierta. Puede ser que esa fe revista unos tintes de cierto interés cuando se ven con la soga al cuello y tienen que gritar desesperados «sálvame, Señor, que ya no puedo más». Es una fe necesaria, que brota del corazón y de la realidad de extrema pobreza en la que se encuentra el preso; pobreza que le hace palpar la nada de

29. Lc 15, 24.

su vida, el vacío, la necesidad tan imperiosa que tiene de sentir a Dios, ese Padre bueno que le espera día y noche, de percibir la presencia salvadora de Cristo para sobrellevar la situación de la cárcel. Por eso decía Jesús «que los pobres son evangelizados»³⁰ y son quienes reciben la Buena Noticia del Reino, y quienes mejor la captan y la entienden y la viven.

1.5. La parábola del juicio final en clave de misericordia³¹

Jesús exige que sus discípulos participen de sus mismos sentimientos, interioricen su estilo de vida, vivan y sientan al prójimo como su hermano, lo amen más que a sí mismos, lo amen como lo hace el mismo Jesús. Quiere que sus amigos vivan la plena felicidad y la Alegría de sentirse bienaventurados, benditos del Padre, porque sienten la plenitud del amor del Padre en la medida en que son capaces de amar con la misma intensidad como ama el Padre a su Hijo Jesús, como ambos se donan en el Espíritu. Y ese amor es total y pleno cuando el sujeto de su amor es el hombre y la mujer que sufre la ausencia total del amor de sus semejantes; esos hijos amados del Padre que padecen la injusticia, el hambre, el odio, la exclusión, la indignidad de una vida carente de esperanza, de libertad, de derechos. Por eso Jesús llama bienaventurados, tanto a los que se identifican con sus mismos sentimientos de amor y misericordia, de generosidad y amor sin límites para con los hermanos que sufren, como estos que padecen víctimas del desamor de sus semejantes.

Por eso Jesús no garantiza la participación en el Reino del Padre a los que centran su vida en el cumplimiento fiel y obsesivo de los ritos, de la pertenencia a una religión, a un credo o a una ética. Por el contrario, está asegurando la plenitud de la vida futura a quienes vivieron en esta tierra «haciendo el bien y amando al prójimo»³² desde un corazón marcado por la misericordia entrañable hacia todo aquel que sufre en esta tierra y con quien el mismo Cristo se identifica radicalmente.

«Venid vosotros, benditos de mi Padre...» (Mt 25, 31-46). Así comienza Jesús narrando el gran acontecimiento de la historia de la humanidad visto desde la perspectiva del Padre Dios: lo que Él ha realizado desde el Hijo del Hombre y lo que el ser humano ha hecho o sufrido en bien de su culminación feliz o en detrimento de su futuro en el amor o la desgracia.

30. Cf. Lc 11, 5.

31. Mt 25, 31-46.

32. Hch 10, 38.

Jesús presenta unas necesidades, carencias y sufrimientos que van desde el hambre hasta la cárcel en tres niveles: material (hambre y sed), social (exilio y desnudez), radical (enfermedad y cárcel)³³.

Jesús, el Hijo del Hombre, como «siervo de Yahvé»³⁴, asumió y cargó sobre sus hombros el dolor y la miseria de todas las víctimas, se identifica plenamente con cada hombre o mujer que padece cualquiera de las situaciones descritas en el texto. Es más, el mismo Jesús desde su plena encarnación como persona vivió la experiencia más profunda de ser Él mismo el que sufre y padece toda esa clase de sufrimientos; por eso dice «tuve hambre y sed, estaba desnudo y enfermo, era inmigrante, estuve en la cárcel»³⁵. Está centrando la esencia misma del Reino del Padre que se basa, primordialmente, en vivir la misericordia y la compasión con cada persona que encarna en su vida el sufrimiento, la marginación y el rechazo. Y no se trata solo de que actuemos con misericordia con el pobre, el encarcelado, el inmigrante o el carente de los derechos más esenciales de toda persona humana porque así lo hizo Cristo; sino porque Jesús mismo es cada uno de ellos: «cada vez que lo hicisteis a uno de estos mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis»³⁶.

Lo esencial, según Jesús, no se trata de que nosotros «hagamos obras de misericordia» a las personas que sufren, sino que «seamos misericordia», nos hagamos misericordia, bondad entrañable, compasión identificativa, viviendo su propia pasión y sufrimiento, encarnarnos en su misma realidad sufriente, como lo hizo Cristo, hacernos y ser otros Cristos con ellos y para ellos que cargan su cruz, su dolor y su miseria.

La Pastoral Penitenciaria es siempre la respuesta que ofrece desde la gratuidad la Iglesia-Misericordia. El «vinisteis a verme o a visitarme»³⁷ no cabe realizarlo desde una estructura de acción pastoral del «hacer», sino del «ser» y del «estar». El Agente de pastoral penitenciaria vive y siente la presencia de Cristo encarcelado. El realizar la acción de movimiento de «ir a la cárcel», de «salir a la periferia existencial y geográfica» donde están los privados de libertad, no es para «hacer cosas» con ellos y ellas, no es para entretenerlos, educarlos, consolarlos, escucharlos... exclusivamente, es, sobre todo, para encontrarse con el «Cristo roto», hundido, machacado, maltratado, abandonado.

33. PIKAZA, X. (2005): *Dios preso. Teología y pastoral penitenciaria*. Salamanca.

34. Is 53.

35. Mt 25, 31-46.

36. Mt 25, 40.

37. Mt 25, 36.

a) «Tuve hambre y sed»³⁸

La persona que entra en la cárcel, sobre todo en el mundo occidental, no tiene riesgo de pasar hambre; sus necesidades más elementales están cubiertas por el Estado de derecho. Un Estado garantista de los derechos humanos no descuida esos aspectos esenciales de la dignidad humana. Si se trata de prisiones del Tercer Mundo, la realidad es totalmente la contraria. No suele haber ninguna garantía por parte del Estado de «dar de comer» al preso.

Sin embargo, hay carencias existenciales, espirituales, psicológicas que marcan la vida de la persona en prisión. «Hambre y sed de justicia»³⁹, proclama Jesús como bienaventuranza. Y hambre y sed de justicia padecen cuantos se ven sometidos al imperio de la ley, de una ley que no es aplicada por los jueces con la misma equidad, el mismo sentido humanitario, ni la misma igualdad para todos los infractores de la misma. La ley, en la práctica, no es igual para todos. En las cárceles se apilan multitud de hombres y mujeres víctimas de desigualdades injustas en la aplicación de la misma ley. La ley no tiene los ojos vendados, los tiene bien abiertos para poder ver a los infractores y así aplicarles una pena u otra, o para aparcar «sine die» causa penal según sea el pelaje, la condición, la procedencia, la influencia social, el prestigio sociopolítico-económico de quien se sienta en el banquillo de los acusados. Un alto porcentaje de presos se ven sometidos al juicio severísimo de la ley y a la aplicación en exceso de los mecanismos condenatorios. La reincidencia es un grado de perdición y desgracia para más de un 80% de los presos y presas. Por eso todos ellos padecen esa necesidad imperiosa, esa hambre de justicia, que le lleva a reclamar el que puedan ser tratados con dignidad, con respeto, con humanidad y hasta con más «justicia».

Hombres y mujeres que deambulan por los patios de la prisión mascando su propio drama de sentirse basura, de sufrir el aislamiento, la incompreensión del por qué los jueces los tratan así, por qué la sociedad los sigue condenando una y mil veces, por qué no pueden llegar a satisfacer esa hambre de humanidad, de dignidad, de ser personas con derecho a ser respetados.

La Pastoral Penitenciaria, desde ese espíritu de Jesús empapado de misericordia llega hasta ellos con la humilde pretensión de compartir su angustia y desesperación, su fracaso y desilusión. Es signo de una presencia liberadora que reclama justicia para las víctimas de un sistema penal deshumanizado y extremadamente condicionado y presionado por tantos elementos maléficos de esta sociedad que se ceba siempre con los más débiles, los pobres, los menos influyentes,

38. Mt 25, 35 a-b.

39. Mt 5, 6.

los que nada tienen. Hay un dicho que dice: «a la cárcel solo van los pobres»; los más débiles de la sociedad son los que pueblan nuestras prisiones.

b) «Era forastero»⁴⁰

Jesús se presenta también como forastero, inmigrante, extranjero, apátrida, sin casa⁴¹. En esas condiciones deambulan por el mundo millones de seres humanos; personas trashumantes que recorren de norte a sur, de Oriente a Occidente en busca de paz, de dignidad, de justicia, de libertad. Por diversas circunstancias originadas por la persecución religiosa, la guerra, la violencia, el terrorismo, el hambre y la miseria tienen que salir de sus lugares de origen; pierden todos los derechos allá donde van. Hay millones de personas malviviendo en los campos de refugiados. No tienen patria, ni grupo humano familiar o social que los ampare. No caben en el paraguas mundial de los derechos humanos ni del respeto a su dignidad ni el respeto a sus conciencias culturales y religiosas.

En la cárcel nos encontramos con ese rostro de Cristo desdibujado en una multiplicidad de colores, credos, procedencias, dramas personales y familiares, rostros que reflejan el sufrimiento, la derrota, el fracaso y la muerte. El proceso de adaptación a la vida en prisión es muy duro y difícil. La experiencia de soledad, el desamparo humano y familiar, soportar las distancias y la incomunicación con sus familiares se presenta como una condena más añadida a la impuesta por el juez.

Acercarse a cada uno de estos hermanos y hermanas forasteros y extranjeros y ofrecerles el abrazo de la amistad y la acogida es una experiencia gozosa que te hace sentir reconfortado, no tanto por lo que les ofreces, sino por lo que supone de agradecimiento sincero, de ver cómo en sus rostros se dibuja una sonrisa cargada de alegría porque se siente querido, aceptado, tratado con humanidad y dignidad, con cariño y respeto. Por regla general, es el extranjero y el inmigrante en prisión el que más palos tiene que soportar; no solo por el sistema penitenciario, sino, incluso, por los mismos compañeros de patio. Ayudarles a sobrevivir en ese ambiente hostil de la cárcel, ofrecerles el calor y el aceptarlos como personas es uno de los ingredientes que lleva en sí el espíritu de la pastoral de la misericordia.

c) «Estaba desnudo»⁴²

La pobreza dentro de la prisión se ceba en ese sector de presos que, como se suele decir, no tienen ni dónde caerse muertos, tanto en la calle como

40. Mt 25, 35c.

41. «El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza».

42. Mt 25, 36a.

en la cárcel. La gran mayoría, cuando son detenidos, pasan a las dependencias policiales con lo supuesto, desde allí son conducidos a los juzgados y, si el juez decreta prisión, son llevados a la cárcel. Hay presos a quienes sus familiares les proporcionan rápidamente la ropa. Pero existe un gran número de ellos que no tienen a nadie en la calle; son seres marginados y marginales que están totalmente desasistidos, sin familia o muy alejados de ella; personas que viven materialmente en la calle, como perros callejeros, que duermen entre cartones, en cualquier hueco que les ofrezca un poco de cobijo y puedan resguardarse del frío y la intemperie de la noche. Personas que sobreviven gracias a los comedores de instituciones religiosas y de Cáritas. Mendigos, pordioseros, gorrillas... son ese sector de presos que se tiran días y días con la misma ropa, malolientes, por la ausencia de higiene, con necesidad de vestir algo limpio y distinto.

La Pastoral Penitenciaria suele ocuparse, también, de ese servicio de «*vestir al que está desnudo*», ofreciéndoles la vestimenta adecuada para que pueda cambiarse con frecuencia y aparecer con otro aspecto físico mejorado.

Pero lo importante no es solo procurarles la ropa necesaria para el cuerpo, es imprescindible cubrir también esa otra «desnudez» que no suele verse con facilidad: es la desnudez de su espíritu, de su dignidad. Al igual que Cristo en el calvario, la gran masa social de los presos pobres se siente y se ve despojada de sus vestiduras más sagradas como son: la dignidad como personas, el trato humano tan deleznable y la falta de consideración social o penal.

Como Jesús en el juicio ante Pilato que se sintió desprotegido y abandonado por los suyos, desamparado y acusado vilmente por la ley religiosa y civil, que fue desnudado de su ropa y revestido con telas de injuria, de burla, de desprecio, así se encuentran muchos presos, nacionales y extranjeros, que pasan por el entramado complejo deshumanizador del sistema policial, judicial y penitenciario. Cada momento de ese largo proceso siente cómo le van arrancando, despojando de una prenda valiosa de su vida: aquí será un maltrato físico o psicológico, allí unas acusaciones de hechos delictivos no cometidos, quizá por el simple hecho de ser reincidente, quizá sea por la débil y poco o nada comprometida asistencia del letrado del turno de oficio que le deja indefenso ante las acusaciones, en otro momento será la incomunicación total con el exterior; o el sentirse como una pilitrafa humana en manos del poder. Y así, desnudo, despojado, totalmente impotente se entrega en manos de estructuras injustas y deshumanizadoras, no quedándole otro remedio que asumir, como un cordero llevado al matadero⁴³ (la cárcel) para pagar una pena, una deuda que él, en muchos casos, no ha contraído, o que él, por el contrario, es la víctima propiciatoria de injusticias institucionalizadas.

43. Cf. Is 53, 7.

Revestir este tipo de desnudez solo es posible realizarlo con las vestiduras de la misericordia entrañable, la acogida y la aceptación como persona, la ayuda para recuperar su dignidad, sus sentimientos heridos y sus valores más profundos. ¡Qué drama tan penoso vive y experimenta quien ha sido sometido al vaciamiento de su dignidad, de su ser como persona! Es la desnudez más radical y cruel. Encontrarte a una persona así dando tumbos en el patio o sumido en la más profunda de las tristezas, de la soledad, es una visión impactante. Todos tus esquemas de «persona normal» se vienen abajo; todo tu acerbo religioso y de fe, no encuentra sentido ni razones para entender y, mucho menos, para aceptar esa situación. Ver a tu hermano totalmente desnudo, despojado, hecho un guiñapo humano, lo más parecido a un hombre o mujer, sin soportes morales, humanos, psíquicos y espirituales; contemplarle en ese estado de muerte aparente remueve tus entrañas y la esencia misma de tu condición de persona y de creyente. Y los «porqués» de esa situación se te agolpan en la mente y el corazón. Y desde tu pobreza ofreces humildemente la vestidura de la fe, del amor fraterno, la ternura de un Padre Dios.

d) «Estaba enfermo»⁴⁴

La enfermedad, por desgracia, es muchas veces antesala de la muerte, no la queremos ver ni en pintura. Nuestra naturaleza humana huye de la enfermedad. El deseo más común de todos los mortales, la súplica a Dios más recurrente es que nos dé salud y nos preserve de toda enfermedad. Nos resistimos a aceptar la enfermedad. Y en el fondo surge en muchos esos sentimientos religiosos atávicos y mágicos, que une la enfermedad a un castigo divino por las culpas, errores o pecados. «¡Qué te he hecho, Dios mío, para que me castigues de esta manera!». Suele ser el grito y la queja de más una persona «religiosa».

Y el que padece la enfermedad, en cualquiera de sus variedades tan complejas, tanto en el terreno de lo físico como en el psíquico, tiene que pasar por un verdadero calvario de angustias, miedos, soledades, ignorancia de lo que le sucede realmente, por la complicidad entre los facultativos y los familiares en guardar silencio.

Si es difícil aceptar o convivir con la enfermedad estando en libertad, más o menos acompañados en esos momentos por familiares o amigos, cuánto más difícil e insoportable es padecer cualquier enfermedad estando en prisión. Bien es verdad que en los centros penitenciarios de España existen buenos equipos facultativos que atienden y asisten a los enfermos presos en los cuidados diarios de las pato-

44. Mt 25, 36b.

logías más comunes, como también la atención por parte de los especialistas fuera de la prisión en los centros hospitalarios de las ciudades. Contando con las deficiencias propias del servicio sanitario, a veces tan escaso para una población reclusa tan grande y, debido también a la estructura propia de la cárcel y a sus mecanismos de control y seguridad, nos encontramos con situaciones dramáticas en las que el interno enfermo sufre una angustia letal por falta de una atención rápida y urgente a la hora de afrontar su patología y dolencia, y porque el traslado a una unidad hospitalaria se convierte en una carrera de obstáculos burocráticos y de servicios de transporte vigilado por las fuerzas policiales.

Nuestras cárceles están saturadas de presos y presas que padecen un sinnúmero de enfermedades comunes, así como de patologías infectocontagiosas o de aquellas enfermedades provenientes del consumo de drogas y otras sustancias nocivas para la salud física y psíquica. Muchas de esas enfermedades requieren tratamientos constantes y de por vida. No todos los afectados se toman en serio esos tratamientos, cambiándolos por el consumo de otras sustancias más nocivas y contraproducentes para su sanación o cortando de raíz dicho tratamiento prescrito por el médico.

Y lo más grave e inquietante en el sistema penitenciario es la falta de espacios adecuados y apropiados para acoger a los que padecen enfermedades psíquicas. El incremento de patologías psíquicas va en aumento y en las prisiones no hay lugar para ellos por la falta de medios y por la carencia de especialistas en psiquiatría. Los enfermos mentales, a excepción de aquellos cuya patología es considerada como muy grave por parte del juez y que son enviados a uno de los dos hospitales psiquiátricos penitenciarios existentes en España (Sevilla y Foncalent), son enviados a cumplir la condena en centros penitenciarios normales. Esto lleva consigo que la convivencia dentro de las prisiones se torna cada vez más difícil, tensa y problemática.

La atención de los Agentes de Pastoral Penitenciaria a los enfermos en prisión es prioritaria. El acompañamiento al enfermo preso se considera como una presencia ineludible para ofrecer todo el cuidado, la ternura y el afecto posible. Es un drama haber perdido la libertad, pero más lo es el haber perdido la salud dentro de la cárcel. Son dos carencias que provocan en el preso la angustia y la soledad más absoluta. Vive totalmente solo afrontando su desgracia existencial; no tiene familiares, ni amigos, ni atenciones y cuidados humanos que puedan paliar la tristeza que inunda su corazón. Desde el amor comprometido y cercano que ofrecen los miembros de la Pastoral Penitenciaria, el enfermo en la cárcel siente el alivio y el consuelo de alguien, ajeno a su familia, que se interesa por él; cristianos que ofrecen sus cuidados y atenciones, su tiempo y su cariño para atenderles dentro de la prisión o cuando son trasladados a un centro hospitalario. Este trato humano y cargado de misericordia le devuelve la alegría de vivir; le hace recuperar

esa parte de su salud psíquica y espiritual que tanto necesita para sobrellevar con esperanza la recuperación de su salud y la verdadera libertad.

e) «Estaba en la cárcel»⁴⁵

La Iglesia, a través de los miembros de la Pastoral Penitenciaria, se hace presente en la vida de los presos y presas asumiendo con fidelidad la exigencia de descubrir a Cristo en cada persona privada de libertad. En cada preso encontramos a Jesús revestido, disfrazado de mil y una historias personales.

La mayoría de los presos provienen de contextos deprimidos, de ambientes marginales. Ordinariamente, vienen del hambre y el exilio, de la enfermedad y carencia afectiva, de la «falta de humanidad» del sistema, de carencias económicas y culturales. Los encarcelados son víctimas, siendo a veces también durísimos culpables (porque han convertido a otros en víctimas: les han robado, violado, asesinado). Al menos en general, muchos encarcelados son culpables en relación con el sistema establecido: han roto las normas de vida que definen y defienden la estructura dominante, la legalidad del sistema. Por eso han sido juzgados y condenados... Pero ellos son al mismo tiempo (y sobre todo) víctimas de una injusticia social. Lógicamente, para resolver el problema de la cárcel, hay que empezar solucionando los problemas del orden y/o desorden social.

En un sentido cristiano y social, la mayor necesidad y dolor es la marginación de aquellos a quienes la violencia del sistema legal aparta y encierra, para así sentirse asegurado. Así los mecanismos de la justicia (injusticia institucionalizada) convierten a la sociedad de hecho en un sistema carcelario. La multiplicidad de leyes que sancionan, castigan y penalizan con la privación de libertad una serie de comportamientos humanos que antes eran considerados como falta, hace posible que el sistema punitivo que la sociedad exige a sus dirigentes se convierta en una psicosis colectiva de vivir en un sistema represivo y carcelario.

En el Juicio Final Jesús pone la cárcel como cumbre de todas las necesidades y carencias del ser humano. Se puede entender que los presos son el signo sufriente del Mesías: ellos, los últimos del mundo, expulsados del conjunto social, tratados como desecho, escoria peligrosa, son señal del Reino de Dios sobre la tierra⁴⁶.

En cada preso descubrimos la presencia de Jesús que sufrió el escarnio, la humillación, el deprecio de la sociedad civil y de la fuerza todopoderosa del Tem-

45. Mt 25, 36.

46. PIKAZA, X.: *Dios preso*.

plo. Vemos a Jesús maltratado física y psicológicamente; contemplamos a Jesús sufriendo la injusticia de una condena amañada, tanto por el poder de Roma como por el poder religioso; descubrimos a Jesús que con su sufrimiento físico, moral y psicológico «bajó a los infiernos», tocó fondo en la experiencia más sangrante y cruel que un ser humano pueda padecer y que Él cargó sobre sí todo el dolor; las humillaciones, la muerte de todas las víctimas y de todos los crucificados de la historia.

En cada preso y presa nos encontramos al Cristo de mil rostros desdibujados por el sufrimiento, el dolor y la amargura. En ellos vemos a Cristo que sufre el hambre y la sed, que está desnudo y desamparado, que es un inmigrante víctima de estructuras humanas injustas, le vemos en el enfermo solo y abandonado, le contemplamos cargado de cadenas y grilletes de injusticia.

Estar con Cristo encarcelado es vivir la maravillosa experiencia de entender y sentir a Dios como el Padre de la misericordia. Es vivir el «ser misericordia» como la expresión más profunda de sentirte abrazado por la misericordia del Padre, de sentirte cobijado y resguardado en el pecho de Cristo, es gozar de la ternura del Espíritu que te convierte en un Dios-misericordia sobre la tierra.

2. Pastoral de justicia y libertad: respuesta de la Iglesia-misericordia

El papa Francisco centra la razón de ser de la Iglesia y su presencia en el mundo desde la vivencia de la misericordia: «La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia —el atributo más estupendo del Creador y del Redentor— y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador; de las que es depositaria y dispensadora»⁴⁷.

La Iglesia, siguiendo los pasos del Mesías Liberador, ha anunciado a lo largo de los siglos el mensaje de misericordia y liberación. La cárcel ha sido siempre un instrumento de poder; lo que ha conllevado que no siempre se haya actuado de forma humanitaria o se hayan respetado los derechos y la dignidad de los detenidos. Ha sido la Iglesia quien, a través de creyentes comprometidos y sensibles ante el drama del sufrimiento de los encarcelados, ha sabido estar al lado de los que habían perdido la libertad, la dignidad y los derechos, denunciando proféticamente

47. PAPA FRANCISCO: *Misericordie vultus*, I I.

el abuso de poder y los atropellos cometidos contra los delincuentes. Y de modo más patente se plasma esta presencia cuando surgen en la Iglesia de la Edad Media, hombres carismáticos que asumieron el programa liberador de Jesús de Nazaret y ofrecieron a la Iglesia y a la sociedad de su tiempo un carisma de misericordia y de redención, al contemplar la situación de las víctimas de las Cruzadas entre moros y cristianos —las guerras de religión— de todos aquellos hermanos en la fe que habían sido hechos cautivos y vendidos como esclavos. Tales son los casos de Juan de Mata y Pedro Nolasco, quienes fundaron, respectivamente, las Órdenes de la Santísima Trinidad y la Redención de Cautivos (trinitarios) y la de Nuestra Señora de la Merced (mercedarios).

2.1. Claves de una pastoral de justicia, de libertad y de misericordia

Nuestra pastoral, tanto dentro como fuera de las cárceles, es, esencialmente, evangelizadora, redentora, liberadora y misericordiosa.

- a) **Es evangelizadora:** porque a los presos y presas se les hace un anuncio explícito de la Buena Noticia de Jesucristo. Se les ofrece el programa del Reino de Dios anunciado y vivido por Jesús, desde las siguientes claves:
- Humanizando la vida de la persona privada de libertad: Jesús humaniza y dignifica las condiciones humanas, personales, familiares, sociales y religiosas adversas de los pobres de su tiempo, favoreciendo su despertar a la gratuidad de Dios, a la fe, al amor, al perdón, a la integración.
 - Realizando un ofrecimiento libre de la Buena Noticia de Jesús a un colectivo humano que no ha recibido aún el mensaje del evangelio o que lo ha recibido de manera insuficiente.
 - Presentando a Jesús que evangeliza desde la coherencia de su propia vida; su estilo y talante le hacen «creíble» a él y su palabra, pues enseña «con autoridad»⁴⁸. Hace creíble a Dios Padre, pues facilita a las gentes el encuentro con el Padre de la misericordia.
 - Y ofrecerles el mensaje de la misericordia del Padre⁴⁹, proponiéndoles una Iglesia con las puertas siempre abiertas⁵⁰ y el corazón lleno de compasión y misericordia para con los pobres y desvalidos, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado

48. Cf. Mt 7, 28-29; Mc 2, 21-22; Lc 4, 31-32.

49. E. G. 112.

50. E. G. 47.

a vivir según la vida buena del Evangelio, de acuerdo con la libertad que Cristo les ha otorgado⁵¹.

- b) **Es redentora:** teniendo en cuenta que el verdadero redentor es Cristo, que asume como propia la culpa y la opresión de los demás; pues él rescata para la salvación y la libertad ofreciéndose a sí mismo en rescate por todos⁵² con su muerte en la cruz. Redimir es pagar lo que otro debe para liberarle de cualquier atadura, deuda o penalización, y Cristo «pagó la deuda y expió la culpa» de todos los cautivos de la historia, vino a rescatar, a redimir a los oprimidos⁵³.
- c) **Es liberadora:** la cárcel es por esencia «privación de libertad». La libertad es una conquista del privado de ella, pero hay que ayudarle y acompañarle en ese difícil camino que le lleve a encontrarse consigo mismo, a replantearse la vida desde los valores humanos y evangélicos, a provocar una verdadera «conversión» que le ayude a transformar su vida según el modelo que es Cristo, un modelo de persona íntegra, honesta, justa, pacífica, solidaria y veraz, y que le posibilite a integrarse en la familia, en la sociedad y en la comunidad de la Iglesia.
- d) **Es pastoral de la justicia y la libertad:** es una pastoral de la justicia, porque todos los hombres y mujeres han de vivir su dignidad como personas siendo respetados sus derechos más inalienables. Lo es de la libertad, porque ofrece a cada persona presa unos valores éticos y cristianos que le permiten ser libres interiormente, y así poder vivir «la libertad de los hijos de Dios»⁵⁴ e ir tomando decisiones que le ayuden a vivir en paz y con dignidad en libertad.

Justicia y libertad son valores inseparables que marcan un modo nuevo de hacer pastoral de la misericordia, tanto dentro como fuera de las cárceles; una manera más evangélica de hacerse presente en el mundo de los marginados y excluidos. Es necesario para los cristianos trabajar por la justicia como acción liberadora, pues «donde triunfa la justicia hay libertad»⁵⁵.

- e) **Es pastoral de la misericordia y la compasión:** La esencia de la Pastoral Penitenciaria hunde sus raíces en el corazón misericordioso de Cristo; quiere que incorporemos en el ser y en el hacer pasto-

51. E. G. 114.

52. Cf. Mc 10, 45.

53. Cf. Gal 3, 13; 4, 5; Ef 1, 7; Hb 2, 15-18; 9, 15.

54. Cf. Rom 8, 21.

55. Cf. Lema de las Jornadas Trinitarias de P.P. de la Familia Trinitaria.

ral en la cárcel la misericordia como expresión profunda del servicio de caridad y redención en favor de los cautivos, pobres, enfermos y marginados⁵⁶.

El Agente de Pastoral en la prisión tiene su razón de ir y estar allí por tener «entrañas de misericordia», por vivir identificado con el amor del Padre que es «compasivo y misericordioso»⁵⁷, por asumir como estilo propio de vida el «ser misericordia» de la parábola del juicio final⁵⁸, por encontrar el sentido de su vida en las bienaventuranzas de Jesús cuando proclama «bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»⁵⁹.

Vivir la compasión para con los presos y oprimidos es asumir el dolor y sufrir la pasión y padecimiento del otro; padecer con el hermano su cautividad y fracaso, su angustia y desesperanza⁶⁰, es acompañarle y hacerse presente en su vida para ser soporte y guía en el proceso de humanización y dignificación de su vida y en la lucha por su libertad. Jesús «tuvo compasión» de la gente cuando «vio» su situación de sufrimiento y vejación⁶¹.

También en los centros penitenciarios ejercemos una verdadera pastoral misionera. Allí vamos a cumplir el encargo de Jesús a sus discípulos: «Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio... enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado»⁶². Supone un doble gesto: el del movimiento: «salir al encuentro de los hermanos, a las periferias existenciales»⁶³, y el de la tarea o misión: para comunicarles la Buena Noticia de la liberación redentora en Cristo Jesús. Nuestra misión es la de ayudar al privado de libertad a transformar su mente, su conciencia y su corazón al estilo y vida de Jesús desde el Evangelio.

Realizamos una pastoral del encuentro y la presencia, tal como Jesús nos dijo «estuve en la cárcel y me visitasteis...»⁶⁴. Vivir el encuentro personalizado, humanizador, que genera cercanía y amistad, que ofre-

56. La palabra misericordia expresa la actitud práctica del amor cuando es capaz de vivir la compasión y el compromiso por la liberación. Cf. Ramón Prat Pons: «Grandes líneas de la PP. en el tercer milenio», en «Marco para un plan de PP.», p. 65. Fundación Ágape, 2005.

57. Cf. Sal 103, 8; Jl 2, 13; Lc 1, 50.78; 15, 1-31; 6, 36.

58. Cf. Mt 25, 31-46.

59. Cf. Mt 5, 7.

60. «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, **sobre todo de los pobres y de cuantos sufren**, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón». (Constitución Pastoral «Gaudium et spes» del Concilio Vaticano II, 7 diciembre de 1965).

61. Cf. Mt 9, 36.

62. Mt 25, 31-46.

63. Cf. Papa Francisco E. G, 46.

64. Mt 25, 46.

ce seguridad y confianza; una presencia marcada por la empatía con el preso, que siente, sufre y comparte su dolor y sufrimiento, su soledad y abandono.

El «discípulo misionero», Agente de Pastoral Penitenciaria, debe estar inmerso en un proceso de «discernimiento evangélico» y que se «alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo»⁶⁵. Y desde esa experiencia son capaces de «dar la vida por amor», desgastándose en el servicio y donación por los hermanos más pobres, necesitados, oprimidos y esclavizados⁶⁶.

El Agente de la Pastoral de la misericordia se encarna en el medio penitenciario para humanizarlo, transformarlo, dignificarlo, santificarlo. Nos introducimos en ese mundo para asumir «los gozos y las tristezas, las alegrías y las esperanzas»⁶⁷ de cuantos padecen la angustia, el miedo, el pecado en la prisión. Encarnarse es estar dentro, habitar dentro, penetrar en la vida de los demás, es sentir la compasión a fondo, para padecer con el hermano preso, empatizando con él y haciendo míos sus problemas y sufrimientos. Encarnarse es acoger de corazón al hermano que sufre, para escuchar su dolor; para abrazarle, para compartir con él la mesa fraterna, para montarlo en nuestra personal cabalgadura, en nuestra propia historia personal y cristiana, para abrir nuestros templos y nuestros espacios conventuales y darle hospedaje, medicina y sanación total, para prepararle de vuelta a la libertad en la sociedad. Es convertirse en un samaritano del caído.

También nuestra pastoral es ecuménica. En el momento presente, nuestras cárceles están pobladas de hombres y mujeres provenientes de otras culturas y creencias, sobre todo del islam. Por eso nuestra pastoral es eminentemente ecuménica, ya que salimos al encuentro de esos hermanos que profesan otra fe y que reciben de la Pastoral Penitenciaria la acogida, la atención, el cariño samaritano y son recibidos en nuestras Casas de Acogida como hermanos en Cristo.

Así mismo, ejercemos una pastoral integradora e insertadora, llevando a cabo el doble movimiento de integrar a los presos-víctimas en la familia, la sociedad y la Iglesia, y el de conseguir que tanto la familia, como la sociedad y la Iglesia logren abrirse a la acogida y la inserción en sus espacios vitales a quienes temporalmente se alejaron por sus conflictos con la ley.

65. E. G. 50.

66. E. G. 76.

67. GS, I.

2.2. Ejes de Actuación de la Pastoral Penitenciaria

La Pastoral Penitenciaria camina apoyándose en tres ejes fundamentales de actuación:

a) Prevención

Se dan pasos importantes para acercarse a los sectores y ambientes donde se generan los comportamientos delincuenciales, donde los jóvenes se van entrenando para ser futuros usuarios de las residencias temporales del Estado, como son los Centros de Reforma para menores delincuentes y las macrocárceles. Se ofrece a los adolescentes y jóvenes en los I.E.S., universidades, parroquias, AMPAS de institutos, consejos locales de la juventud, hermandades y cofradías, familiares de los presos, centros de reforma del menor... charlas y mesas redondas en las que se expone la realidad de la juventud actual, el alejamiento o ruptura familiar; las actuaciones pre delincuenciales, el consumo de droga/alcohol, la realidad de la cárcel, etc. Hay presencia en los barrios marginales; contactando con Servicios Sociales, educadores de barrio, asociaciones de vecinos, familiares de los presos, etc.

b) Prisión

Ya queda expresada la labor humanizadora, evangelizadora y reinseridora que realizan los miembros de la Pastoral Penitenciaria dentro de la prisión.

Es imprescindible que la Pastoral Penitenciaria provoque en el preso/a una necesidad de tomarse en serio su inserción o reinserción futura iniciando un camino de «conversión», de cambio de vida interior y de valores dentro de la prisión. Para ello necesitará un acompañamiento personalizado de los Agentes de Pastoral desde el encuentro personal y un buen programa catequético, formativo, celebrativo, etc. La celebración de la Eucaristía y de la Reconciliación son momentos importantes para llegar al corazón de la persona privada de libertad.

Se estimula y anima a los presos/as a que aprovechen el tiempo en prisión para que adquieran más cultura desde los cursos escolares reglados, haciendo cursillos de cualificación y capacitación laboral, participando en talleres ocupacionales o productivos, etc. Lo importante es vencer el ocio y la inactividad que les anula como persona.

c) Reinserción, un camino hacia la «liberación integral»

La inserción-reinserción⁶⁸ de los presos es una tarea primordial en nuestra pastoral, pues hacia ese fin se encaminan nuestros programas pastorales, tanto dentro como fuera de la prisión. Nuestro objetivo, desde la educación y formación en los valores humanos y cristianos, desde la fe en Cristo Redentor y Libertador, es procurar que la persona privada de libertad llegue a conseguir un cambio de mentalidad, una transformación en sus criterios, valores y actitudes, que le lleve a una verdadera «conversión» en su mente y en su corazón. Solo desde esta vivencia sería posible encaminar el futuro con esperanza para llegar a la inserción/reinserción en el medio familiar, social y eclesial.

Somos conscientes de que, normalmente, nuestra labor humana y evangelizadora se queda ahí entre los muros del recinto penitenciario, mientras podamos mantener el contacto personal con la persona encarcelada. También somos conscientes de nuestras limitaciones y que nos sentimos desbordados por la realidad y el hecho inexorable cuando sale en libertad. Nos embarga un cierto sentimiento de impotencia y de frustración al no poder establecer un seguimiento o contacto con la persona liberada.

Sin embargo la Pastoral Penitenciaria no se agota en los programas ni en los Planes Pastorales que se organizan para la misión en el interior de la prisión. Nuestra pastoral tiene unas redes que se expanden por todo el entramado de la acción eclesial. Cada preso o presa procede de una realidad familiar, social y eclesial. Las comunidades parroquiales de origen de los presos son quienes deben asumir, con todas sus consecuencias, la labor de presencia y seguimiento de las familias cuando algún miembro de ellas está en prisión, del mismo modo que debe prestar todo el apoyo necesario cuando ha salido en libertad. Si la conciencia de la comunidad creyente estuviera enraizada en el Espíritu de Jesús y en las obras de misericordia, a buen seguro que la Pastoral Penitenciaria, realizada dentro y fuera de las prisiones, llegaría a cumplir su objetivo y su fin: conseguir la liberación integral de quienes un día llegaron a perder parte de su libertad y de su dignidad y que, una vez obtenida la libertad penal/penitenciaria, puedan gozar de esa otra libertad integrada en los distintos ámbitos de la vida social.

Y dentro del círculo vital de soluciones al proyecto de inserción está la familia. Para muchísimos jóvenes encarcelados la familia ha sido y es una realidad más

68. Normalmente utilizamos el término *reinserción* para expresar el proceso personal que llevan a cabo los mismos presos y presas, contando con la ayuda tanto de la institución penitenciaria como de la Pastoral Penitenciaria, así como de otros colectivos que trabajan en esta línea, desde sus programas respectivos, de cara a su integración en la familia y la sociedad. Lo cierto es que un número considerable de presos/as no han vivido tan siquiera el primer eslabón de la vida social y familiar, que es la *inserción*. Entran en prisión sin haber experimentado la realidad de estar medianamente insertados en los ámbitos familiar y social, y, no digamos, eclesial. Aquí tenemos los cristianos un reto de compromiso y esperanza.

negativa que positiva. Se dan, con demasiada frecuencia, situaciones cargadas de carencias culturales, afectivas, relaciones marcadas por la violencia, la ausencia de respeto mutuo, la irresponsabilidad en la transmisión de valores humanos y religiosos; los progenitores/padres no son el mejor modelo a seguir o imitar:

Se trabaja en reforzar o despertar actitudes que favorezcan el perdón y la reconciliación, con el reconocimiento y el arrepentimiento previo del mal causado a las víctimas, entre las que se encuentra su propia familia; esto es esencial para restablecer las relaciones familiares en paz y armonía. Por otra parte, la tarea de mediación entre preso/a y familia, que hemos de realizar desde la Pastoral Penitenciaria, nos lleva a actuar con muchísimo tacto y prudencia, y siempre siendo conocedores de casi todas las circunstancias que han acontecido en el pasado y que han provocado la ruptura, el desprecio o el odio entre los miembros de la familia.

Familia, sociedad e Iglesia forman un conjunto fundamental para que la incorporación a la vida en libertad de los presos y presas se realice con cierta normalidad y ofrezca ciertas garantías de éxito. Por ello es necesario, no solo el cambio de mentalidad, la conversión del privado de libertad, sino también han de pasar por ese mismo proceso los otros elementos sociales y eclesiales para que llegue a buen puerto esta apuesta por la integración y la libertad.

También consideramos imprescindible, de cara a la reinserción, el poder contar con casas de acogida para recibir a los presos y presas en el disfrute de los permisos penitenciarios, la libertad condicional o total. Nuestras cárceles están saturadas de personas que tienen muy difícil el poder gozar de los permisos penitenciarios y, por ende, el progresar de grado. Lo que supone tener que cumplir sus penas hasta la totalidad de las mismas, sin disfrutar de la libertad condicional, ni de ningún otro beneficio penitenciario.

Por desgracia, no siempre disponemos de esas casas hogar donde poder acoger para acompañar y favorecer el proceso de integración social de muchísimos jóvenes. Esta realidad es una carencia lamentable y desalentadora, ya que nos quedamos a mitad de camino en el proceso de la «liberación integral». Todos volvemos la vista hacia esa Iglesia-samaritana que tiene el deber de dar respuesta al clamor y al grito de los privados de libertad. La penuria de recursos económicos «oficiales» impide que se pongan en marcha o que se mantengan abiertas casas de acogida. Somos conscientes que, desde las Administraciones públicas, Ayuntamientos y otras entidades han cerrado el grifo de las ayudas y subvenciones económicas para estas y otras actividades sociales de la Iglesia que están encaminadas a la atención de los más pobres y desfavorecidos de nuestra sociedad.

Pero también nos resulta escandalosa la actitud de indiferencia y falta de sensibilidad que hay en grandes sectores de la Iglesia y entre los cristianos en

general. En tiempos de crisis como el nuestro, los cristianos nos hemos de arrojar en el Espíritu de amor y solidaridad a ejemplo de las primeras comunidades cristianas donde «nadie pasaba necesidad de entre los hermanos más pobres» y donde se ponían en común bienes y haciendas para atender las necesidades de los marginados y excluidos⁶⁹. Somos conscientes de las serias dificultades económicas por las que atraviesan las casas existentes. Sabemos que, entre todos, podríamos responder con más generosidad en la solución de esta demanda. Tenemos órdenes e instituciones de religiosos/as que están saliendo al frente de esta demanda justa y evangélica. Hay voluntarios dispuestos a dejar su vida y su tiempo en favor de estos programas de reinserción, tenemos bastantes personas, entidades religiosas, como parroquias, hermandades y cofradías, y otras entidades privadas, que aportan su granito de generosidad colaborando económicamente. No ha muerto el espíritu de la conciencia «samaritana» que acoge al caído (al preso), lo cuida, lo trata, lo cura y lo lleva a una «casa-hogar»⁷⁰ para que finalice su recuperación y regrese a su familia y se integre en la sociedad; ese espíritu sigue vivo en el corazón de muchos cristianos y de personas de buena voluntad.

Como en la parábola del Buen Samaritano⁷¹, para afrontar el hecho de las casas de acogida son necesarias, entre otros aspectos importantes, el que haya «samaritanos» que aporten su tiempo y su donación, y el que haya una «posada», una casa que acoja al caído, a la víctima. La Iglesia en general (diócesis, órdenes, congregaciones e institutos religiosos) posee espacios construidos que están infrutilizados, espacios muertos e inutilizados. Sería un buen gesto, en este momento de crisis, que se cediera gratuitamente alguna parte de esas dependencias no utilizadas y se dedicara a la acogida de los presos y presas para su reinserción. Ya existen ejemplos de congregaciones que lo están llevando a cabo.

3. Pastoral de la misericordia: conciencia crítica ante la Iglesia y la Sociedad

3.1. Mentalizar y sensibilizar a la iglesia y la sociedad

Nuestra pastoral en los Centros Penitenciarios no cuenta con muchas simpatías, ni en la esfera social ni, incluso, dentro de algunos sectores de la misma

69. Cf. Hch 4, 32-35.

70. Cf. Lc 10, 34ss.

71. Cf. Lc 10, 29ss.

Iglesia. Sin embargo, está sirviendo de motivación y estímulo a la Iglesia diocesana y a las comunidades cristianas locales para que asuman acciones pastorales más comprometidas en la evangelización de los más pobres y oprimidos.

Es necesario que la Iglesia, encabezada por sus pastores y guiada por «el Principio-Misericordia»⁷² se arriesgue y tome una postura clara de denuncia profética poniendo de manifiesto la cruda realidad de nuestras cárceles y su fracaso para reinsertar a las personas, también para luchar contra las causas que originan tantas miserias, tanta injusticia, marginación y exclusión. No es fácil para la Iglesia institución descentrarse para salir a los caminos donde se encuentran los heridos, según el modelo que es Jesús que prefería salir a los caminos para invitar a los marginados a participar en el banquete del Reino⁷³.

Este Año Jubilar de la Misericordia nos brinda una oportunidad magnífica para que en todas las diócesis y parroquias, en las órdenes religiosas, congregaciones e institutos de Vida Consagrada, en todos los movimientos cristianos y asociaciones de fieles se vaya intensificando y potenciando con compromiso real y efectivo, en comunión con las delegaciones diocesanas y las capellanías de Pastoral Penitenciaria, asumiendo esa misión misericordiosa con los presos y presas en los campos de la prevención, la tarea en la cárcel y en los programas de reinsertión.

En el terreno de la reinsertión de los presos es necesario afrontar un compromiso más eficaz desde las comunidades cristianas y las Cáritas parroquiales y diocesanas, acogiendo a las familias de los presos, haciendo un seguimiento personalizado a quienes han salido de la cárcel, orientándolos en el mundo laboral, apoyándolos en su integración familiar, acompañándolos en su nueva y difícil etapa de acoplamiento al mundo libre. Necesitamos una Iglesia samaritana que sea profeta de la justicia y la libertad.

Es imprescindible que realicemos un esfuerzo constante en cada Diócesis, en los pueblos y ciudades donde están ubicadas las cárceles promoviendo campañas de sensibilización, reflexión y oración sobre los presos y las cárceles.

3.2. El Jubileo de la Misericordia para una Iglesia-Misericordia

Este Año Jubilar de la Misericordia, impulsado por el papa Francisco, debe ser para la Iglesia un revulsivo de cara a renovarse en la identidad de ser Iglesia-

72. SOBRINO, J. (1992): *El Principio-Misericordia, Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander, p. 31ss.

73. Mt 12, 14ss.

Misericordia. La referencia central, clave de este Año Jubilar; es, si el «Padre es rico en misericordia»⁷⁴, nosotros también hemos de «ser misericordiosos como Padre»⁷⁵.

El Papa centraliza su mensaje y su propósito con las siguientes palabras: «Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado»⁷⁶.

Misericordia es la actitud profunda que configura el ser y el actuar de un seguidor de Cristo. Es, por tanto, la razón de ser y de actuar de la Iglesia de Jesucristo. Se vive en la misericordia cuando encarnas y haces tuyo el sufrimiento del hermano herido por la injusticia. La Iglesia, a través de sus hijos, se identifica como «ser misericordia» para poder realizar el mandato de Cristo, su Cabeza, de «anunciar el Evangelio a los pobres y la liberación a los cautivos»⁷⁷. El anuncio de la «misericordia del Padre»⁷⁸ es clave en la acción de una Iglesia misionera que recibe de Jesús el mandato de «ir por todo el mundo...»⁷⁹; una Iglesia que no se encierra en sí misma, en sus estructuras, ni en sus ritos y ceremonias, sino que siempre está «en salida» hacia las periferias marginales y marginadas de esta sociedad, a los cruces de los caminos; y para el camino «no llevéis alforja...»⁸⁰ solo es necesario llevar el corazón lleno de compasión y misericordia para con los pobres y desvalidos, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio, de acuerdo con la libertad que Cristo les ha otorgado⁸¹.

Si «es propio de Dios usar misericordia»⁸², cómo no vamos a «usarla» nosotros sus hijos que tenemos la misión de esparcir esa misericordia del Padre en el corazón de todos, especialmente de sus hijos más desvalidos y oprimidos.

74. Misericordiae Vultus, I.

75. Misericordiae Vultus, I 3.

76. M.V. 2.

77. Lc 4, 18.

78. E. G., I 12.

79. Mc 16, 15.

80. Lc 10, 4.

81. Cf E.G. I 14.

82. M.V., 6.

El Papa impulsa a la Iglesia a sacar lo mejor que le ha regalado el Padre en Cristo su Hijo, como es el ser misericordia y compasión para con los más alejados, con las ovejas que se han ido apartando del calor del amor del Padre y del cobijo de su Iglesia; por eso no solo invita el Papa a que toda la Iglesia salga al encuentro de los hijos pródigos y les abrace en la misericordia del Padre, sino que, también, abra sus puertas, no las metálicas o de madera de las catedrales y los templos, no las puertas tipo cajas fuertes que se cierran por miedo, sino las puertas del corazón que son todo bondad y ternura, todo perdón y comprensión. En este Año de gracia se nos invita a «abrir la Puerta de la Misericordia a través de la cual cualquiera que entre podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza»⁸³.

En la cárcel los presos valoran mucho los gestos y detalles que la gente pueda tener con ellos, porque se sienten personas necesitadas al extremo, pero valoran, sobre todo, los hechos y actitudes de quienes vamos a ellos con el Espíritu de Jesús de Nazaret. Pues no solo nos acercamos y nos hacemos presentes en la cárcel y en sus vidas para anunciarles el Evangelio de Jesús o para hablarles de lo bonita que es la libertad o lo necesaria para vivir con dignidad, sino que también les acompañamos para recorrer caminos de liberación e integración en la familia y la sociedad; estamos a su lado no con buenas palabras de consuelo para que soporten con paciencia su situación de penuria y sufrimiento, estamos para compartir su lucha, su esfuerzo, para aguantar sus miedos y debilidades, sus fracasos y desesperanzas. Lo primordial desde la Pastoral penitenciaria es servirles para «ponerlos en libertad», para sacarlos de esa mazmorra de destrucción y de muerte.

Para ello es necesario que les vayamos facilitando el camino hacia la libertad abriendo otro tipo de puertas que, repito, no son las de madera, sino las puertas que solo las pueden abrir los corazones compasivos y misericordiosos. Y ahí está la Iglesia-Misericordia que se hace cercana, que abraza, acoge, cura y vendar heridas, que traslada a lugares que saben a hogar y familia, a bondad y ternura.

Esa es la primera puerta que procuramos que se abra, la del corazón de la persona privada de libertad para que se reconozca necesitada de perdón, de gracia y de misericordia; que reconozca, también, la necesidad de pedir perdón a todas las víctimas y de perdonar a quienes le han hecho daño y la han hundido en la miseria. Ayudarle a que sienta la necesidad de vivir en paz y reconciliado para afrontar un futuro de libertad verdadera. Pero para que se abra esa puerta es necesario engrasarla con el aceite que proviene del Espíritu misericordioso de

83. M. V., 4.

Jesús. Es necesario ofrecer el encuentro personalizado con el interno e interna, hablarle al corazón, que pueda verse así mismo en la desnudez de su debilidad, de sus miedos y fracasos, de su responsabilidad moral y de su pecado por el daño que se ha hecho así mismo, a los demás y al Padre Dios. Para recorrer ese camino son imprescindibles la acogida cálida y cariñosa del cristiano que va a la cárcel, las celebraciones de la eucaristía, los momentos de oración, el encuentro con la Palabra y, sobre todo, una digna y bien preparada Celebración del Sacramento de la misericordia, la reconciliación y el perdón. Es todo un proceso, a veces lento, que culmina con una verdadera y sincera conversión personal y comunitaria. Testigos de ello somos nosotros los Agentes de Pastoral.

La segunda puerta a abrir sería la de una Iglesia profética, encabezada por los Pastores y seguida por la comunidad creyente, que avanzara hacia la sensibilización para conseguir un cambio de mentalidad en la sociedad para que desarrollase más la capacidad de la compasión y la benevolencia hacia el caído, y no tanto el afán de castigo y venganza contra los delincuentes víctimas de tantas situaciones de injusticias institucionalizadas. Asimismo, provocar una mayor cordura y equidad en los poderes Legislativo y Judicial para que descubran que la solución a tantos problemas que causan los comportamientos ilegales de algunos ciudadanos no pasa por la judicialización y penalización de la vida social, sino por la transformación de las personas a través de la educación y formación en los valores, por el apoyo incondicional a los padres como responsables de la educación de sus hijos, por reconocer la fuerza y el poder de la familia como realidad social básica para la construcción de una sociedad en paz, justicia y libertad.

La tercera puerta a abrir, quizá la más difícil, y que procede y es consecuencia de las injusticias sociales que están generando tanta marginación y exclusión en nuestra sociedad, es la de «abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los presos, romper todos los grilletes»⁸⁴. Y, al mismo tiempo que se abren esas puertas hacia la libertad, es necesario ir cerrando cárceles que supongan destrucción y anulación de derechos y dignidades, que infrinjan un castigo, a veces muy desmedido, entre el mal cometido y el remedio que se le quiere dar. La prisión es el resultado de una sociedad enferma que, para defenderse, tiene que castigar encerrando a los miembros más débiles de la misma. No es un orgullo llenar un país de centros penitenciarios para albergar a más de sesenta mil personas adultas, no es para vanagloriarse el dotar de una legislación garantista de derechos y seguridades. Y mucho menos es para sentirnos orgullosos de nuestras estructuras sociales, empezando por la familia, siguiendo por los sistemas educativos y formativos y por la pérdida de los valores éticos y morales de nuestros adolescentes al contemplar el hecho bochornoso para nuestra sociedad el que más de quince

84. Is 58, 6.

mil menores de edad en toda España están cumpliendo condena en los distintos centros de reforma, o cárceles para menores, habilitados para ellos. Esta realidad nos debe hacer reflexionar sobre la situación grave por la que atraviesa nuestro país en el terreno de la juventud. No se trata de derivar la problemática al hecho de la crisis económica. La crisis de valores en nuestra sociedad es grave, se detectan tumores malignos y cancerígenos en todos los estratos de nuestra sociedad. Los comportamientos delictivos de muchos de sus miembros obedecen a ese perfil bajísimo de altura moral, de sentido de la justicia, de fidelidad a la honradez y la dignidad. Los que habitan las cárceles son el reflejo de la sociedad de donde proceden. La solución no consiste en abrir más prisiones sino en cerrar la gran mayoría de las ya existentes y centrar todos los esfuerzos en prevenir antes que lamentar, en curar los males de nuestra sociedad antes que sean letales, en dotar de los niños y jóvenes de mecanismos formativos, culturales y de valores que les ayuden a vivir con dignidad, con justicia y en libertad.

Puede que la apertura de esta puerta suene a utopía irrealizable para esta sociedad, o que solo tenga cabida en un mundo imaginario e idílico, sin embargo esa es la propuesta que nos hace el profeta Isaías y que la retoma Jesús en la sinagoga de Nazaret. Para ello es necesario que levantemos nuestra voz profética para que un día, no muy lejano, podamos contemplar realizado este sueño del Mesías Libertador y Redentor.

Entre otras muchas puertas de la Misericordia a abrir por parte de la Iglesia estaría la cuarta puerta que sería la de la «acogida». La apertura de esta puerta le corresponde realizarla a las comunidades cristianas, a las parroquias que acogen y acompañan a los familiares de los presos cuando están en prisión y a estos cuando salen de ella; a los grupos y movimientos eclesiales, hermandades y cofradías, asociaciones religiosas, etc., que viven muy encerrados en sí mismos, en sus estructuras intergrupales y no se abren ni abren sus puertas a los «malditos de la sociedad», a los oprimidos y caídos; también les corresponde abrir las puertas de la misericordia y compasión para acoger en sus conventos y estructuras mastodónticas a las órdenes religiosas, congregaciones e institutos de Vida Consagrada; cuántos espacios vacíos y deshabitados hay en nuestras comunidades. Al igual que les pasara a la pareja José y María cuando llegaron a Belén donde nació su hijo el Mesías, que «no había sitio para ellos en la posada»⁸⁵, así les sucede a muchísimos presos y presas que, cuando cumplen su condena y tienen que salir en libertad, y al no tener familia o tenerla rota y desestructurada o ser extranjeros, no encuentran un sitio para ellos en nuestras infrutilizadas estructuras eclesiales y tienen que dormir entre cartones, en la calle o buscarse un refugio para protegerse del frío.

85. Lc 2, 7.

Los hogares o casas de acogida existentes en España para acoger a estos hermanos en libertad son muy escasos y, además, dependen de buenos samaritanos que ayudan económicamente a su mantenimiento. Muchos presos y presas tienen que cumplir la condena en su totalidad porque no hay lugares de acogida que les facilite el poder progresar hacia la libertad gozando de los privilegios que otorga la ley y puedan alcanzar antes la libertad condicional y la total. Este hecho significativo, con tintes de dramatismo y vergüenza para los cristianos, sigue llamando a nuestras puertas, a las puertas de la Iglesia y al corazón de los creyentes.

Termino con las palabras del Papa en la Bula convocando al Jubileo de la Misericordia: «En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos. En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo»⁸⁶.

Jesús no quiere de nosotros que «hagamos obras de misericordia», sino que «seamos misericordiosos como lo es vuestro Padre del Cielo»⁸⁷. Estamos llamados a ser *misericordia* para con la persona caída, marginada, excluida, no querida y rechazada. Los presos y presas son ese Cristo que quiere que le adoremos en ellos, porque ellos, los privados de libertad, son el «sagrario» donde Jesús habita, y la cárcel es el «templo» donde se «adora a Dios en espíritu y verdad»⁸⁸.

86. Mt, 15.

87. Lc 6, 36.

88. Jn 4, 23.

7. Misericordia y reconciliación

José-Román Flecha Andrés

Profesor Emérito Universidad Pontificia de Salamanca

Resumen

El presente artículo gira en torno a la reconciliación como manifestación de la misericordia. El autor comienza recordándonos como la misericordia de Dios florece, de una forma o de otra, en todas las páginas de la Biblia y en muchos escritos cristianos. Las líneas siguientes del artículo se centra en el legado de Juan Pablo II en lo referente a la Misericordia, continúa con la pequeña reflexión sobre la misericordia y el perdón; y finaliza con un pequeño resumen de la naturaleza y las expectativas que debe suscitar en toda la Iglesia el Año Santo de la Misericordia.

Palabras clave: Misericordia, perdón, reconciliación, Jesús, pautas pastorales.

Abstract

The present article is about the reconciliation as a proof of mercy. The author starts remembering us how the mercy of God blooms, one way or another in every page of the Bible and in many Christian writings. The following lines of the

article are focused on the legacy of John Paul II regarding mercy, it follows with a short reflection on mercy and forgiveness; and ends with a short summary of the nature and Church's expectations of the Jubilee Year of Mercy.

Key words: Mercy, forgiveness, reconciliation, Jesus, pastoral guides.

Introducción

Los primeros gestos del papa Francisco no han pasado inadvertidos para nadie. Apenas elegido como obispo de Roma, el cardenal Jorge Mario Bergoglio aludió a un libro sobre la misericordia que le había regalado el cardenal Walter Kasper¹.

Evidentemente, él lo recomendaba a todos los fieles. En muy poco tiempo habríamos de percibir que la referencia a aquel libro no era casual. El nuevo papa Francisco ha insistido una y otra vez en la necesidad de redescubrir la misericordia de Dios y de actuar en el mundo con un corazón misericordioso.

En realidad, esas ideas no eran nuevas. La misericordia de Dios aparece, de una forma o de otra en todas las páginas de la Biblia² y en muchísimos escritos cristianos.

A pesar de ello, es preciso reconocer que este tema no se encontraba explícitamente tratado en los grandes diccionarios de Teología ni en famosas antologías de los textos de los Padres de la Iglesia. Con toda razón el primer capítulo de la obra de Kasper lleva un título tan significativo como este: «La misericordia, un tema actual pero olvidado». «Imperdonablemente olvidado», añade el autor.

I. La herencia de Juan Pablo II

Se podría decir que la Divina Misericordia se ha hecho explícitamente presente en la espiritualidad cristiana de estos últimos tiempos gracias a sor María Faustina Kowalsaka, fallecida en Cracovia a los 33 años, el día 5 de octubre de 1938, y declarada santa por el papa Juan Pablo II el 30 de abril del 2000.

Es interesante releer el grueso volumen que recoge sus *Diarios*. En el quinto cuaderno de ellos, se encuentra esta anotación de sor M. Faustina: «Hoy escuché estas palabras: “En el Antiguo Testamento enviaba a los profetas con truenos a mi pueblo. Hoy te envió a ti a toda la humanidad con mi misericordia. No quiero castigar a la humanidad doliente, sino que deseo sanarla, abrazarla a mi corazón misericordioso”»³.

1. Cf. W. KASPER (2012): *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander, Ed. Sal Terrae 2012.

2. Cf. A. SISTI (1990): «Misericordia» en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid, Ediciones Paulinas, pp. 1216-1224.

3. M. F. KOWALSKA (2003): *Diario. La Divina Misericordia en mi alma*, Granada, Ed. Levante, n. 1588, p. 560.

De alguna manera, el papa San Juan Pablo II había de hacerse portavoz de esta devoción por medio de su encíclica *Dives in misericordia*, es decir, *Rico en misericordia*, y también por la institución de la Fiesta de la Divina Misericordia en coincidencia con el Domingo II de Pascua.

No se puede olvidar que el mismo papa san Juan Pablo II publicó el día 2 de diciembre de 1984 su exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et poenitentia*. En aquel documento, el Papa detectaba en la sociedad y en la Iglesia «la aspiración a una reconciliación sincera y durable», que constituía sin duda «un móvil fundamental de nuestra sociedad como reflejo de una incoercible voluntad de paz» (RP 3b).

La exhortación presentaba a la Iglesia como «el gran sacramento de la reconciliación» (RP 11), trataba de exhortar a los cristianos a promover una vida reconciliada (RP 22) y, finalmente, ofrecía unas pautas teológicas y pastorales para la reflexión sobre el sacramento de la penitencia y su ejercicio fructuoso y saludable (RP 28-34).

2. El perdón de Jesús y de la Iglesia

Ahora, el papa Francisco ha vuelto a poner de actualidad el tema de la misericordia en su doble dimensión. La dimensión que podríamos llamar vertical, que nos lleva a pedir y aceptar el perdón que Dios nos ofrece, y la dimensión horizontal, que nos lleva a ser testigos en la vida práctica de la misericordia y la compasión de Dios ante nuestros hermanos.

La misericordia es otra palabra que puede evocar el misterio de la gracia de Dios. La gracia y la benignidad por la que Dios perdona nuestros pecados y nos purifica de nuestras faltas y miserias.

Al reflexionar sobre la misericordia es obligado hablar del perdón. El perdón que recibimos de Dios. Y el perdón que los seres humanos esperamos de los demás y hemos de conceder a los demás. Sin embargo hemos de reconocer que a muchas personas les resulta muy difícil descubrir la grandeza del perdón.

Bien sabemos que la misericordia y el perdón, como el amor, vienen de Dios. Dios es amor y solo puede reconocerse como amor verdadero el que proviene de Dios. Cuando de verdad amamos a nuestros semejantes es porque permitimos a Dios que nos acepte como canales para pasar a todos sus hijos el amor que Él nos entrega para ellos.

Fallamos a esa vocación cuando pretendemos retener el amor de Dios sin hacerlo llegar a los demás o cuando seleccionamos, según nuestros gustos y caprichos, a las personas a las que queremos hacer llegar ese amor de Dios. Ofendemos al Padre eligiendo a sus hijos. No los amamos con el amor de Dios, que es universal, sino con ese sentimiento de preferencia que nosotros decidimos identificar con el amor:

El día 4 de abril de 1965, en la iglesia romana de Nuestra Señora de Guadalupe, Pablo VI se preguntaba por qué el Señor encuentra también hoy tantos enemigos: «Qué ha hecho Él a la humanidad para que tanta gente se vuelva contra Él, hasta el punto de que algunos crean hacer bien lanzándose contra el cristianismo, que ha difundido tesoros de justicia y paz, liberación y santidad; dones admirables que Jesús trajo consigo?».

¿A qué se debe ese rechazo? Pablo VI buscaba la explicación en una de las frases que Jesús pronunció desde la cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Y añadía: «No saben [...] La misma cosa se repite. En el drama del cristianismo, en el mismo drama de Cristo, que suscita enemistad, oposición y hostilidad en el mundo, se encuentra un fenómeno de ignorancia y desconocimiento. No saben lo que hacen aquellos que no quieren acoger y recibir a Cristo y se rebelan contra Él».

3. Perdón y misericordia

Nuestra fe nos recuerda que el perdón de Dios nos ha sido revelado definitivamente en Jesús de Nazaret. Desde lo alto de la cruz, Jesús pide al Padre que perdone a los que lo condenan y crucifican. Jesús manifiesta una razón que justifica el perdón que pide para ellos: «porque no saben lo que hacen».

El mismo Jesús había confiado a la Iglesia el ministerio del perdón. En una fe que cuenta como fundamento la encarnación de Dios, el perdón es concedido a la comunidad para que esta lo refleje y conceda generosamente a los hijos de Dios.

Ya en su primera encíclica *Lumen fidei* (29/6/2013), el Papa Francisco había escrito que «el decálogo no es un conjunto de preceptos negativos, sino indicaciones concretas para salir del desierto del yo autorreferencial, cerrado en sí mismo y entrar en diálogo con Dios, dejándose abrazar por su misericordia, para ser portador de su misericordia» (LF 46).

Poco tiempo después, en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24/11/2013), el mismo papa Francisco subrayaba este aspecto positivo de la reconciliación con unas palabras tan profundas como impactantes para la opinión pública:

«Sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día. A los sacerdotes les recuerdo que el confesionario no debe ser una sala de torturas, sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible. Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quienes transcurren sus días sin enfrentar importantes dificultades. A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas» (EG 44).

Así pues, los cristianos sabemos y confesamos que hemos sido llamados a seguir a Jesús hasta la cruz y a tener en nosotros los mismos sentimientos que caracterizaron su vida, sus encuentros y su entrega en el sacrificio final (Flp 2, 5). También hemos sido llamados a dar visibilidad al sentimiento del perdón hacia todos aquellos que nos ofenden y hacen difícil la convivencia humana «porque no saben lo que hacen».

Los seguidores de Jesús estamos llamados a ser testigos, pregoneros y agentes del perdón de Dios que nos ha sido otorgado en Jesucristo. Es este un buen mensaje para una sociedad que está marcada por los estigmas de la indiferencia y del resentimiento, cuando no de la venganza y del odio. Es un gran servicio a la humanidad llegar a ser mensajeros y servidores del perdón de Dios.

4. El perdón y la esperanza

Recogiendo esta herencia cristiana, esta sensibilidad y este mensaje, el papa Francisco ha convocado un Año Santo de la Misericordia, mediante la publicación, el día 11 de abril del año 2015, de la bula *Misericordiae vultus*, es decir, *El rostro de la misericordia*.

Ya el mismo título es suficientemente significativo: «Jesucristo es el rostro de la misericordia. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret» (MV 1).

La bula evoca los textos más importantes en los que las Sagradas Escrituras hacen referencia a la misericordia de Dios, que, manifestada finalmente en Jesús de Nazaret, se nos revela como «el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro» y se convierte en norma de acción para los creyentes:

«Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia es la vía que une a Dios y al hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados sin tener en cuenta el límite de nuestro pecado» (MV 2).

Solo Dios puede perdonar nuestros pecados. Como ha escrito el papa Francisco en la bula *Misericordiae vultus*, «el perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza» (MV 10).

5. La penitencia en el jubileo de la misericordia

El Año Santo, convocado por la bula, se ha iniciado con la apertura de la Puerta Santa en la Basílica de San Pedro, el día 8 de diciembre de 2015, fecha en la que se conmemoraba el quincuagésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, y se concluirá en la fiesta de Jesucristo Rey del Universo del año 2016.

Con esta iniciativa trata de recuperar esta idea y esta vivencia de la misericordia y del perdón de Dios, de forma que también los creyentes practiquemos la compasión hacia todos nuestros hermanos.

Es esta una ocasión de gracia para reflexionar sobre la misericordia de Dios, para prepararse a acogerla con gratitud y espíritu de conversión y para estimularnos unos a otros a practicar con generosidad y alegría las obras de misericordia a favor de todos nuestros hermanos, especialmente los más necesitados.

Dicho esto, la bula va anotando algunas señales pastorales que han de caracterizar el Jubileo Extraordinario de la Misericordia⁴.

1. En primer lugar, con el Jubileo se trata de celebrar el 50.º aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II. Ya en su apertura, el día 11 de octubre de 1962, el papa Juan XXIII había manifestado solemnemente que «en nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad».

Por otra parte, el día 7 de diciembre de 1965, en la víspera de la clausura, Pablo VI declaraba que la espiritualidad del Concilio había seguido la pauta de la antigua historia del buen samaritano (MV 4). Aquel espíritu pretende evocar y actualizar el Año Santo de la Misericordia.

4. Cf. J. R. FLECHA (2015): *La misericordia*, CCS, Madrid, pp. 95-100.

2. Teniendo en cuenta la rica enseñanza que se encuentra en las páginas de la Biblia sobre la misericordia de Dios y la misericordia humana (MV 6-9), el Año Santo ha de inspirarse en quinta de las bienaventuranzas que el evangelio de Mateo pone en boca de Jesús: «Dichosos los misericordiosos porque encontrarán misericordia» (Mt 5, 7) (MV 9).

3. Es de esperar que él lleve a todos, creyentes y lejanos, «el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros» (MV 5) y ha de ser, al mismo tiempo, una ocasión privilegiada para recordar que «la credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo» (MV 10).

4. Evocando la exhortación evangélica: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36), el lema del año jubilar será «Misericordiosos como el Padre». Ahora bien, para ser capaces de misericordia, tendremos que recuperar el valor del silencio, para colocarnos a la escucha de la palabra de Dios, contemplar su misericordia y asumirla como estilo personal de vida (MV 13)⁵.

5. En los años santos siempre ha sido habitual la peregrinación a algún santuario. En este caso, la meta de la peregrinación no solo estará en Roma, sino también en la catedral de cada iglesia local y en otros santuarios. Pero el signo característico de la peregrinación jubilar no ha de ser el lugar, sino la decisión personal de no juzgar y no condenar a los demás, y por el propósito de perdonar y darles lo mejor de nosotros mismos (MV 14).

6. Como se sabe, la invitación a «abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales» caracteriza desde el primer momento las intervenciones del papa Francisco. Pues bien, con motivo del Año Santo, es su deseo que el pueblo cristiano reflexione sobre las obras de misericordia corporales y espirituales: «Será un modo de despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y de entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina» (MV 15).

7. La bula papal insiste en la importancia del tiempo cuaresmal. La Cuaresma es para los católicos un tiempo de gracia y de conversión. La Cuaresma del Año Jubilar tendría que ayudarnos a recordar que, según el mensaje profético (Is 58, 6-7), el ayuno que Dios quiere se resume en las obras de justicia y de misericordia, así como en la práctica del sacramento de la reconciliación.

5. El lema ha sido ilustrado con un logo, debido al P. Marko I. Rupnik, en el que se muestra a Jesús que carga sobre sus hombros al hombre descarrado. Puede verse la presentación del logo en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.) 46/19 (8/5/2015).

Así pues en el centro del Año Santo aparece el sacramento de la reconciliación, «porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia» (MV 17). En el proyecto papal, esta práctica del sacramento sería facilitada por el envío de los Misioneros de la Misericordia, como «signo vivo de cómo el Padre acoge a cuantos están buscando su perdón». Por eso estarían facultados para conceder el perdón de Dios, incluso a los pecados graves que están reservados a la Sede Apostólica (MV 18).

8. El Año Santo pretende ser una ocasión de misericordia especialmente para los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal. A ellos se dirige el Papa con un tono vibrante: «Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios, que si bien combate el pecado, nunca rechaza a ningún pecador». La misma llamada se dirige también a los promotores o cómplices de la corrupción, que el Papa ha calificado como «esta llaga putrefacta de la sociedad y grave pecado que grita hacia el cielo, pues mina desde sus fundamentos la vida personal y social» (MV 19).

9. Según el papa Francisco el Año Santo debería ayudarnos a recordar la relación existente entre la justicia y la misericordia. En la Sagrada Escritura, la justicia se entiende como un abandono confiado en la voluntad de Dios. Es claro que Dios no rechaza la justicia. Es más, «esta justicia de Dios es la misericordia concedida a todos como gracia en razón de la muerte y resurrección de Jesucristo» (MV 20-21).

10. Finalmente, todos los jubileos llevan consigo una referencia a la indulgencia. De acuerdo con la teología actual, la bula papal nos recuerda que «más allá del perdón, llevamos en nuestra vida las contradicciones que son consecuencia de nuestros pecados. En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados; sin embargo, la huella negativa que los pecados tienen en nuestro comportamiento y en nuestros pensamientos permanece. La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto» (MV 22). La misericordia se transforma en indulgencia sanadora.

Conclusión

He ahí, recogido en forma de un decálogo, un breve resumen de la naturaleza y las expectativas que debe suscitar en toda la Iglesia el Año Santo de la Misericordia. Estas orientaciones y pautas pastorales apuntan precisamente a una recuperación del sentido teológico y eclesial del sacramento de la reconciliación.

Es verdad que la sensibilidad cristiana ha subrayado muy pronto la necesidad de recuperar el sentido de las obras de misericordia corporales y espirituales. Y hay que reconocer que esa inspiración no es irrelevante, sobre todo en una época marcada por el signo de la indiferencia, como ha denunciado el Papa Francisco en repetidas ocasiones, sobre todo en el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2016.

Sin embargo, es preciso repetir que en el centro del mensaje sobresale la necesidad de recuperar la importancia del sacramento de la reconciliación como confesión de la misericordia de Dios y raíz de la misericordia que es espera de todos los creyentes.

Grandes Testigos de la caridad

**Francisco Garcia Tejero y
Mercedes Trullás y Soler.
Testigos de la Misericordia
en el siglo XIX**

Angelina Ruiz Torres, MDC

Estamos en el Jubileo de la Misericordia. Escribir sobre el padre Francisco García Tejero y Mercedes Trullás y Soler como testigos de la misericordia es para mí un gozo y un desafío. Agradezco profundamente a Cáritas Española y a la redacción de CORINTIOS XIII que me hayan ofrecido esta oportunidad.

I. ¿Quiénes son Francisco García Tejero y Mercedes Trullás y Soler?

No son santos de «altar», no aparecen en el santoral de la Iglesia oficial ni en los medios de comunicación, no eran gente influyente ni tenían ningún título eclesiástico que les diera fama y relevancia. Fueron sencillamente un hombre y una mujer que desde la familiaridad y el encuentro con el Dios encarnado desarrollaron una espiritualidad de ojos abiertos, de oyentes de la Palabra, al estilo del profeta Balaán (Cf Num 24, 2-7). No solo de la palabra escrita en los libros sagrados, sino también de la palabra **dicha** en la vida y en la historia, en la que Dios nos habla. Y desde ahí, se acercaron a los pobres, los ignorantes, los que no cuentan... y comprendieron que de estos es el Reino de los Cielos.

I.1. El Padre Francisco García Tejero (1825-1909)

Sacerdote Filipense del Oratorio de San Felipe Neri de Sevilla. Allí ejercía su ministerio predicando y confesando a la clase alta de la ciudad. Sobresalió en la predicación y en el acompañamiento espiritual.

Un acontecimiento marcó su vida para siempre: la Revolución de 1854 «Bienio Progresista» desaloja a los P.P. Filipenses y el Oratorio de San Felipe Neri fue incautado y convertido en cuartel de milicias, siendo expulsados sus moradores. El P.Tejero marchó a la parroquia de San Roque, extramuros de la ciudad de Sevilla.

Allí comienza a conocer la vida de los **corrales de vecinos**¹, lugares donde vivían hacinadas familias de las clases obreras pobres,

1. El corral de vecinos andaluz y, especialmente el sevillano tal como nos lo describió Luis Montoto y Rautenstrauch en 1882, era un «patio, más o menos amplio, en cuyo centro se alza una fuente o se hunde un pozo: fuente o pozo que están al servicio de los vecinos, los cuales utilizan sus aguas para todos los usos de la vida, siempre y cuando lo permiten las cañerías y las lluvias; cuatro corredores que circunscriben el cuadrado del patio, y en ellos tantas puertas como habitaciones —«salas»— componen la planta baja, amén de un pequeño rincón destinado a depósito de inmundicias y de un patio mucho más pequeño —patinillo— dedicado a lavaderos, cuando estos no están en el mismo patio.

(casi siempre numerosas) y mendigos en pésimas condiciones de salud e higiene, censando en ellos una tercera parte de la población de la Sevilla de ese momento, «pobre gente», diría la sociedad alta de Sevilla. Pobre gente que trabajan y sufren mucho y comen y saben poco.

Es la vida del suburbio, de la marginación, de la ignorancia religiosa y de la pobreza más absoluta.

El padre Tejero dedicaría en adelante su esfuerzo y su tiempo a estas personas, regalándoles ternura y misericordia, ganándose el apodo cariñoso de «el cura de los corrales». Como no acuden a la parroquia, dice: «¡Habrà que salir a buscarlos!»².

Recorre los corrales Sevillanos con su labor de catequización, pero no va por libre, ni en solitario. Ha fundado las Congregaciones de Catequistas seglares. Su método de trabajo tiene estas características:

- Trabajo en grupo.
- Con laicos: comienza con ellos un plan de acción catequética y social.
- Con una metodología basada en el cambio social y la promoción de los pobres.

El objeto de esta acción social, llegar a todo el mundo de la marginación. Se trata de ir y acercarse a quienes la sociedad ha marginado.

No solo van a ocuparse del catecismo sino también de la promoción e integración de los pobres.

Así pone en marcha toda su capacidad compasiva para llegar hasta los que por su situación de exclusión es imposible que vengan... A ellos les dedica su tiempo y sus esfuerzos desde la misión samaritana que le hace conmoverse, curar y cargar con el herido.

»En los corrales, los servicios eran comunes (agua, retrete, pilas de lavar...), las habitaciones eran pequeñas y estaban divididas en dos compartimentos (sala de estar y dormitorio).

»En la puerta se hacía la colada y la comida, y dentro de las habitaciones no había ninguna vía de respiración. La vida en los corrales giraba en torno al patio, lugar en el que se desarrollaban las relaciones sociales entre los vecinos. Todos los habitantes del corral se trataban como miembros de una gran familia. Celebraban juntos los bautizos, las Navidades, las fiestas, los entierros...» (Para una mayor información Cf. Ph. Hauser. *Estudios médicos sociales de Sevilla. Madrid 1884, pág. 286-288*).

2. De ahí su famosa frase: «Si ellos no vienen, es menester ir a buscarlos».

«Perseguir amorosamente a los pobrecitos ignorantes hasta el último rincón donde el trabajo, la ignominia y la indigencia los esconde, cautivarlos con los dulces lazos de la caridad, atraerlos con el ejemplo y el consejo (...) Buscar, instruir y santificar a los pobres de Jesucristo» (P. Tejero, *Prácticas de las Congregaciones Catequistas*. Sevilla 1859, pág. 6-7, que se conserva en el Archivo Documental de las M.M. Doctrina Cristiana. Madrid).

Visita hospitales, cárceles, escuelas... llevando siempre una palabra de aliento y de confianza de parte de Dios. Y saca de la prostitución a gran número de jóvenes que la miseria y la ignorancia las había llevado hasta allí.

Para llevar adelante su misión fundó las «congregaciones de Catequistas» (1859), formadas por seglares para anunciar el mensaje de Cristo en aquellos lugares donde residían los más pobres.

Fundador, junto con Dolores Márquez, de las Religiosas Filipenses Hijas de María Dolorosa (1859) para la rehabilitación de las jóvenes que quieren abandonar la prostitución y obras de protección de la mujer.

Fundador, junto con Mercedes Trullás y Soler (1878), de las Misioneras de la Doctrina Cristiana para que, insertas en las periferias de barrios, pueblos y ciudades, anuncien la buena nueva de la liberación a los pobres desde tareas catequéticas y educativas-sociales. En una palabra, su objetivo es **«Buscar, instruir y santificar a los pobres de Jesucristo»**³.

1.2. Mercedes Trullás y Soler (1843-1926)

Nació en San Sebastián. Quedó huérfana muy pronto. Conoció el amor concreto y contrajo matrimonio a los 16 años. Muy prematuramente, queda viuda y sin hijos que lo prolongase. Obtiene los títulos académicos de profesora de música y magisterio residiendo finalmente en Sevilla.

Más tarde, decide ingresar como religiosa en el Convento de Dominicas.

Pero Dios tenía otros planes sobre ella... Conoce al padre Francisco García Tejero, al confesarse en la Parroquia de Sta. Isabel. Este la invita a que participe en las catequesis y educación de niños pobres y abandonados.

El contacto con la realidad de los corrales como Catequista le impactó y cogió el corazón.

La proposición del P. Tejero de fundar una Congregación religiosa que se dedicara a **«buscar, instruir y santificar a los pobres de Jesucristo»** le hace reorientar su camino, viendo en ello la voluntad de Dios. «Dios sabe lo que hace...», «Mercedes, aquí no, allí...».

3. *Prácticas de las Congregaciones Catequistas*. Sevilla, 1859, pág. 6.

Y el 24 de septiembre del 1878, cinco valientes mujeres con Mercedes por delante dan comienzo a una nueva Congregación: las Hermanas de la Doctrina Cristiana, actualmente y desde el 1960, Misioneras de la Doctrina Cristiana.

Son conscientes de que *su existencia se concibió en el clamor del olvido, en los corrales, donde la desesperación oscurecía los días y el llanto humedecía la aurora*⁴.

Con la valentía del Espíritu, se repartieron los caminos, se insertaron en los pueblos, en los barrios, en los corrales de vecinos, en la ciudad. Hasta vivir lo que la gente vivía y compartir sus gozos, tristezas y esperanzas.

Los teólogos dicen que esto es «encarnarse» desde una tarea educativa-social, catequética y de preevangelización, orientada fundamentalmente hacia los más pobres.

En toda la vida de Mercedes aparecen unos modos de actuar que revelan un corazón armonizado, sensible y compasivo, un corazón cercano al dolor y a la alegría humana.

Supo recorrer ese doble camino e implorar una doble gracia: la gracia de descubrir al Dios del mundo en el encuentro con el mundo; ese Dios que está en la realidad de lo débil, lo pequeño, dándose en ellos, habitándolos, sosteniéndolos... Y la gracia también de descubrir el mundo de Dios en su encuentro con Dios; ese mundo-humanidad con el que Él soñó para que todos puedan sentarse en la gran mesa común que ese Dios, su Dios, ha preparado para todos.

Así se entregó del todo a la tarea de cautivar para Dios a las niñas pobres de Sevilla y sufrió por no poder hacer más por ellas, tan necesitadas de cultura, de alimento y de vestido.

2. Ir donde otros no iban, buscar a quienes nadie buscaba

A Francisco y Mercedes les tocó vivir dentro de un mundo políticamente inestable, sometido a fuertes cambios y revueltas que contribuyeron a que se

4. Oración para el XIX Capítulo General que se celebrará en Julio 2015.

afianzaran las aspiraciones de justicia y libertad, de una mayor cultura y educación para todos y de una mayor dignidad de la clase obrera.

Les tocó conocer la persecución y la miseria, el dolor de los indigentes y la indiferencia de los poderosos, la soledad de los que se entregan a Dios y el ajetreo de los que cargan sobre sus hombros las miserias de los abandonados de la tierra y de las víctimas de la injusticia.

2.1. La España del siglo XIX

Todo el siglo XIX fue un siglo de inestabilidad política, de revoluciones... En aquel momento se pueden consignar dos hechos importantes:

- El de una sociedad clasista, desigual, enormemente injusta.
- El de una Iglesia alejada del pueblo y a la vez perseguida, con medidas políticas contra ella.

Son siglos de persecución contra las órdenes y congregaciones.

En los barrios obreros, faltaban las condiciones higiénicas en viviendas insalubres e indignas.

Las inhumanas condiciones de trabajo de la clase trabajadora, la explotación infantil, las jornadas laborales de 16 y 18 horas y la peligrosidad de las fábricas eran circunstancias comunes.

Las clases populares (70 %) eran las más abundantes con un gran contraste entre el campo y la ciudad.

La propiedad estaba mal repartida y masas de campesinos (en Extremadura, Castilla y Andalucía) trabajaban recibiendo bajos salarios en los grandes latifundios de propietarios absentistas, permanecían desempleados en la miseria buscando un jornal o decidían emigrar.

El acceso a la cultura estaba reservado para las élites mientras que los pobres apenas sabían leer ni escribir.

2.2. La Sevilla de la segunda mitad del siglo XIX

La España del sur, latifundista, de tierras áridas y mal repartidas, presenta especiales problemas de pobreza y marginación... La ignorancia está muy extendida.

Andalucía presenta unas lacras especiales propias de una sociedad clasista, desigual y enormemente injusta:

- Minorías que tienen en sus manos el poder, la riqueza y la cultura;
- salarios míseros e insuficientes;
- mendicidad de niños abandonados en la calle;
- delincuencia urbana;
- prostitución organizada;
- problemas de vivienda, hacinamiento y falta de una vida digna...

La educación es una meta fundamental que no alcanzaba a todos. Las clases sociales más elevadas contaban con el privilegio de poder facilitar la correspondiente educación a sus hijos, quedando relegada a una escasa o nula posibilidad a esos otros sectores humildes y pobres. El 72% de los sevillanos eran analfabetos...

En esta sociedad tan desigual e injusta, una minoría tenía el monopolio del poder, la riqueza y la cultura; las mayorías carecían de todo eso o lo poseían en niveles escasos y hasta miserables...

En medio de esta situación, los sectores sociales que más sufren las desigualdades y pobreza son:

- mendigos,
- delincuentes,
- huérfanos, niños y niñas de la calle,
- prostitutas,
- mujeres trabajadoras y explotadas,
- jornaleros y obreros...

Así la describe el P. Tejero: «Hoy, merced a los decantados adelantos de nuestro siglo, en el seno de nuestra engreída sociedad, especialmente en las sociedades opulentas, se agita una clase numerosa, infeliz, desheredada que se compone de: "individuos a quienes el trabajo oprime en la más dura esclavitud; seres infortunados y abyectos, envilecidos a sus propios ojos por su lamentable desnudez, que apenas se atreven a salir de su retirado albergue"»⁵.

5. *Prácticas de las Congregaciones Catequistas*. Sevilla, 1859, pág. 6.

«Existen, como todos saben, en la ciudad de Sevilla, porción de niños y niñas pobres, huérfanos, desvalidos... su dormitorio es en los sitios públicos... sin instrucción, sin cultura, sin religión... sus delitos los conduce rápidamente al presidio...»⁶.

Esta es la realidad con la que Francisco y Mercedes estuvieron en íntimo contacto y en la que se fueron gestando y tomando fuerza sus opciones.

No es posible, dirá, «que esas pobres ovejas acudan al templo a una hora dada, cuando sus pastores los llaman a la instrucción del Catecismo. **Luego, si ellos no vienen es menester ir a buscarlos**». «Allí, donde la pobreza y la indigencia los esconde...»⁷.

Lo que vieron y palparon no les dejó indiferentes y les hizo ponerse de parte de los marginados y excluidos de la sociedad con entrañas de misericordia y ternura, pues experimentaron que hoy como ayer, «la pobreza no es fruto del destino ni es un fatalismo inevitable. Tiene unas causas que la generan. Detrás de ella hay mecanismos económicos, financieros, sociales, políticos...»⁸.

3. La práctica de la misericordia en Francisco y Mercedes

Misericordia «suenan» a femenino, tiene acento de mujer, de fecundidad, de Vida... La compasión y la misericordia describen el ser, el sentir y el actuar de Francisco al igual que el de Mercedes desde sus acciones a favor del necesitado y de la dignificación del ser humano. Podemos señalar algunas características de esta misericordia en sus vidas.

3.1. Dejan que penetre en sus entrañas el sufrimiento ajeno, es decir, conectan el corazón con la mirada

En Francisco y Mercedes hay una gran conexión entre el corazón y la mirada, es como si hubiesen convertido sus ojos en entrañas, «“viendo”, “con

6. Solicitud del P.Tejero al Ayuntamiento de Sevilla. 14 Junio 1880 (Archivo Documental de las M.M. Doctrina Cristiana. Madrid).

7. *Prácticas de las Congregaciones Catequistas*. Sevilla, 1859, pág. 6.

8. Conf.V.Altaba. *La Espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social*. Madrid, 2012, 41.

profundo sentimiento”, una porción de niños/as que cubiertos de andrajos... »⁹. «El corazón del padre no podía ver sino con el “más vivo dolor” estos hechos».

Si nos fijamos, el verbo **«ver»** aparece siempre delante de ese «conmoverse las entrañas». Las entrañas duelen cuando se abren los ojos ante el sufrimiento de los hermanos/as, cuando la mirada se dirige al desecho de la sociedad, cuando se acepta el riesgo de penetrar en la espesura de la realidad y, sobre todo, cuando se consiente que todo esto alcance las **entretelas del corazón**.

Pero no siempre la visión conduce a la compasión. Se requiere haber quedado seducidos por el amor misericordioso de Dios, de tal forma que los ojos no puedan mirar de otro modo que como miran los ojos de Dios: hasta el fondo del corazón.

Una ojeada a sus escritos es suficiente para darnos cuenta de que miraban con el corazón, tenían comprometido el corazón, sentían profundamente la compasión, experimentaban la ternura y el dolor cuando se pisoteaba a los pequeños. En ellos, hay una afinidad perfecta entre el Ver y sentir compasión, entre el Ver y dejarse implicar como lo hizo Dios: «He visto... he oído... me he fijado... voy a bajar para liberarlos...» (Ex. 3, 25).

Supieron mirar la profundidad de la vida en un constante ejercicio de mirada, de penetración honda, como los «videntes» que ven lo que otros no ven... hasta percibir el diseño del corazón de Dios sobre esa vida, su presencia, su huella...

3.2. Reaccionan ante el sufrimiento ajeno

La práctica de la misericordia en Francisco y Mercedes es una acción o más exactamente, una re-acción ante el sufrimiento ajeno interiorizado que ha llegado hasta las entrañas y hasta el propio corazón.

Se dejan impactar por la realidad, re-accionan ante el sufrimiento y, de ese modo, interrogan, claman y contemplan con autenticidad cómo se esconde en esa realidad la queja de Dios:

9. MERCEDES, M.: *Circular para dar a conocer la Congregación*. Sin fecha (Archivo Documental de las M.M. Doctrina Cristiana. Madrid).

«¿Es posible que estas ovejas acudan a los templos a una hora dada?¹⁰ «¿Se puede mirar con indiferencia a una multitud de seres...?»¹¹.

«¿Es posible que Sevilla tenga establecimientos abiertos para toda clase de personas y no ha de haber uno para estas infelices?»¹².

3.3. **Proyectan una acción decidida en favor de los que sufren**

No se limitan a tener un simple sentimiento de «lástima» ante el dolor de los que sufren marginación y olvido. Tampoco se limitan a «conmoverse» solamente, sino que proyectan una acción decidida a favor de las personas que sufren en función de que esa realidad sea transformada.

Así dirán:

— «¿Qué hacer? ¿Abandonarlos? No, porque cuando no se puede evitar todo el mal se debe evitar cuanto se pueda... **el que suscribe, “compadecido” de tantas desdichadas criatura... comprende un modo de hacer el bien...**»¹³.

— «Aunque tenga que mendigar de puerta en puerta por toda la vida, lo haré gustoso, buscando pan para estas infelices, con tal de que no se pierdan... pues **confesarlas y abandonarlas a sí mismas era obra perdida...**»¹⁴.

— «La Congregación, **“compadecida”** de estas infelices criaturas y **vivamente deseosa de mejorar su triste situación**, ha abierto una Escuela con el doble fin de recogerlas y ampararlas cuanto sea posible; dándoles educación cristiana, enseñándoles todo lo necesario que deban saber y aún cuidando de buscar colocación a las que se hallen completamente desvalidas»¹⁵.

Es el amor práctico el que les surge ante el sufrimiento ajeno injustamente infligido, es la misión Samaritana, que «conmueve las entrañas», **la que cura y carga con el herido.**

10. *Prácticas de las Congregaciones Catequistas*. Sevilla, 1859, pág. 6.

11. Solicitud del P.Tejero al Ayuntamiento de Sevilla. 14 junio 1880.

12. Autobiografía P.Tejero. 1872 pág. 28 (Archivo Documental de las M.M. Doctrina Cristiana. Madrid).

13. Solicitud del P.Tejero al Ayuntamiento de Sevilla. 14 junio 1880.

14. Autobiografía P.Tejero. 1872 pág. 30.

15. MERCEDES, M. (1881): *Circular para dar a conocer las actividades de la Congregación*.

Esta acción llenará la pobreza del corazón del hombre y la mujer; humanizará sus vidas, los levantará de la ignorancia y la postración: **será la misericordia un canto a la dignidad.**

Esta práctica de la misericordia, de compadecerse y conmoverse no es una salida moralista, espiritualista y de beneficencia... Tienen metido en su corazón (su **«ver»**, es un ver desde el corazón) la realidad que han visto.

Escucharon a Dios en los gritos de quienes aparentemente no podían gritar. De ahí que lo que ven y palpan se convierte en signo de llamada y no en representación o imagen estática. Actúan, se comprometen, se implican en aligerar las cargas y enderezar las espaldas de los caídos y orillados del sistema.

Su respuesta es global: socorrer sus necesidades primarias e instruir, educar, promocionar... en una palabra: prevenir e integrar.

3.4. La misericordia la regalan a los últimos

Ante Francisco y Mercedes (igual que ante el Dios de Jesús) los seres humanos no están todos a igual distancia, no son para ellos equidistantes. Su amor empieza por abajo, tiene más cerca a los que no tienen nada, a los más pobres... Hay como una sintonía —eso es también la misericordia— casi espontánea para ver toda la realidad desde los pobres.

Ellos se preocuparon de llevar al «centro» las canciones aprendidas en las «afueras», tarareando incesantemente su estribillo en todas las Constituciones que ellos escribieron: «Es voluntad **perpetua** que la Congregación, entre las distintas obras a que se dedique, **de siempre la preferencia...** a las que redunden en bien de los pobres»¹⁶.

Esto quiere decir que cuando las Misioneras de la Doctrina Cristiana anunciemos a Jesucristo en medios sociales que no son pobres, la opción por los pobres tiene que estar presente en ese anuncio, so pena de traicionar nuestro Carisma y aquello mismo que queremos transmitir.

3.5. En movilidad hacia abajo

Esta es la única forma histórica de un amor universal real, de ese «sin descuidar a los demás» que añadieron en las segundas Constituciones (Reglas

16. Constituciones, 1880 (Archivo Documental de las M.M Doctrina Cristiana. Madrid).

autógrafas) ante la necesidad de hacerse «de una vida propia»: solo partiendo de los que no tienen nada resulta posible llegar a todos.

Es lo que llamamos **«la movilidad hacia abajo»** practicada en todo lugar social donde estemos, no de forma individual, sino comunitaria, como un modo de resistencia creadora frente a la **«movilidad hacia arriba»** y a las ideologías del consumo y el capitalismo de la cultura dominante.

Dejaron que el Señor les tomara de la mano y les sacara de la ciudad (Cf. Mc. 8, 23) porque la mirada del Evangelio se aprende en las **afueras** y en los **abajos** y allí aprendieron a «mirar» y «ver» lo que la sociedad se empeña en ocultar:

- «...su celo no se limitaba al templo... era frecuente verlo en los grandes patios de las casas de vecindad situadas en los barrios más apartados»¹⁷.
- «Se empezaron clases de día con niñas en casa y por la noche en los corrales y casas de vecinos de las Lumbreras donde vivían muchos hebreos con sus familias, necesitados de la luz y de la fe»¹⁸.

3.6. En afinidad con Dios

Esa «afinidad» con Dios en sus preferencias, sentimientos e inclinaciones, ese írseles el corazón detrás de los pequeños, ese caerles tan bien la gente más perdida... va configurándoles un estilo, un talante, una forma de ir por la vida con los poros de la piel abiertos, con los oídos abiertos, con los ojos abiertos. Tenían «agujereados los sentidos» y esto les preparaba el corazón para la compasión.

De tanto compenetrarse con el corazón de Dios, acabaron como él: prefiriendo «lo necio del mundo... lo débil... lo plebeyo... lo despreciado... lo que no cuenta» (1ª Cor. 1, 27-29), prefiriendo «revestirse de la misericordia entrañable» (Col. 3, 12), prefiriendo la misericordia desbordante de Aquel *que abandona el rebaño por buscar la oveja perdida* (Cf Mt. 18, 10-14).

Es la misericordia la que ilumina a los que viven en tinieblas: «La misericordia entrañable de Dios iluminará a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte» (Lc. 1, 78-79).

17. Reseñas de periódicos en su muerte. «El correo de Andalucía», Sevilla. Dic. 1909 (sobre P.Tejero).

18. Libro de Anales de la Congregación M.M. Doctrina Cristiana. Pág. 34.

Quien practica la misericordia con los últimos, comulga con los mismos sentimientos de Dios: «Dichosos los misericordiosos porque Dios tendrá misericordia de ellos» (Mt. 5, 7).

Aprendieron muy bien que para acercarse al Dios compasivo, al Dios misericordioso, al Dios del samaritano, tenían que acercarse a su corazón, tenían que acercarse al corazón de María Dolorosa.

El Corazón de Jesús y María Dolorosa eran para ellos la manifestación de la compasión de Dios. Con ellos salió a su encuentro el Dios de la misericordia que tanto encarnaron en sus vidas.

Desde esa profunda experiencia de unificar contemplación y compromiso, supieron vivir la escucha adoradora de Dios en el **«latir»** del mundo y sentirle cerca mientras actúan, pues para quien sabe «ver», todo espacio y lugar del mundo se convierte en sagrado.

Es la mística de la encarnación. Es la mística de una espiritualidad encarnada, de ojos abiertos. Esto es lo que fueron e hicieron Francisco García Tejero y Mercedes Trullás y Soler; y esta es la tradición que hemos recibido de ellos.

La compasión y la misericordia han de estar en el trasfondo de todo y ha de configurar todo. Y para las Misioneras de la Doctrina Cristiana es lo que constituye nuestra vida, nuestra manera de mirar a las personas y de ver el mundo; nuestra manera de relacionarnos y de estar en la sociedad, nuestra manera de entender y de vivir nuestra vocación, nuestra manera de rezar y encontrar a Dios... Nada hay más importante. Nada nos puede justificar la indiferencia ante el sufrimiento ajeno.

Cuando experimentamos la misericordia que somos, como la experimentaron ellos, permitimos que la Misericordia que Dios es, fluya por nuestra vida. Nos convertimos en cauce por donde fluye el Dios Compasivo y Misericordioso en el aquí y ahora de nuestra realidad social.

«Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo» (Bula del papa Francisco para el Jubileo de la Misericordia n.º 15).

Últimos títulos publicados

PVP (€)

■ Cuestiones actuales de Teología de la Caridad (Julio-Septiembre 2000) N.º 95	9,91
■ La economía mundial. Desafíos y contribuciones éticas (Octubre-Diciembre 2000) N.º 96	9,91
■ Por una pastoral de justicia y libertad. VI Congreso Nacional de Pastoral Penitenciaria (Enero-Junio 2001) N.ºs 97-98	13,22
■ La Acción Caritativa y Social de la Iglesia. Del dicho al hecho (Julio-Septiembre 2001) N.º 99	10,16
■ Teología de la caridad: cien números de CORINTIOS XIII (Octubre-Diciembre 2001) N.º 100	10,22
■ Retos y caminos de actuación ante la problemática social de la España actual. XI Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia (Enero-Marzo 2002) N.º 101	10,46
■ Inmigrantes: Vivencias, reflexión y experiencias. XIII Jornadas sobre Teología de la Caridad (Abril-Junio 2002) N.º 102	10,46
■ Migraciones, pluralismo social e interculturalidad. Retos para la Doctrina Social de la Iglesia (Julio-Diciembre 2002) N.ºs 103-104	10,46
■ Coordinación de la acción caritativa y social de la Iglesia. Encuentro Nacional de delegados episcopales y responsables de la acción caritativa en la diócesis (Enero-Marzo 2003) N.º 105	10,82
■ Una nueva imaginación de la caridad (Abril-Junio 2003) N.º 106	10,82
■ Desarrollo de los pueblos y caridad (Julio-Diciembre 2003) N.º 107-108	10,82

	PVP (€)
■ Modelo de vida: consumo, consumismo y caridad (Enero-Marzo 2004) N.º 109.....	10,82
■ Cultura de la solidaridad y caridad política (Abril-Junio 2004) N.º 110	10,82
■ La Iglesia en Europa desde la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II (Julio-Septiembre 2004) N.º 111	10,82
■ ¿Hacia dónde va el Estado de Bienestar? Debate sobre el bien común y sus mediaciones. XIII Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre 2004-Marzo 2005) N.ºs 112-113	10,82
■ Mediación-reconciliación «por una pastoral de justicia penitenciaria» (Abril-Septiembre 2005) N.ºs 114-115	10,82
■ «La presencia de la Iglesia en una sociedad plural». XIV Curso de formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre-Diciembre 2005) N.º 116	10,82
■ De Camino hacia «Deus caritas est» (Enero-Junio 2006) N.ºs 117-118	10,82
■ El compartir fraterno (Julio-Septiembre 2006) N.º 119	10,82
■ «El amor como propuesta cristiana a la sociedad de hoy». Reflexiones a partir de la Encíclica <i>Deus caritas est</i>. XV Curso de formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre-Diciembre 2006) N.º 120	10,82
■ Testigos de la dignidad del pobre en un nuevo mundo (Enero-Marzo 2007) N.º 121	11,50
■ La actual situación democrática en España. Su base moral (Abril-Junio 2007) N.º 122	11,50

■ La caridad crece por el amor (Julio-Septiembre 2007) N.º 123	11,50
■ Ecumenismo unidad en la caridad (Octubre 2007) N.º 124	11,50
■ Esperanza y Salvación. Lectura de la encíclica <i>Spe Salvi</i> (Enero-Marzo 2008) N.º 125	12,00
■ El desarrollo de los pueblos (Abril-Junio 2008) N.º 126	12,00
■ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Julio-Diciembre 2008) N.ºs 127-128	12,00
■ San Pablo, testigo de la caridad (Enero-Marzo 2009) N.º 129	12,50
■ Conciencia individual y conciencia pública ante la situación social y política (Abril-Junio 2009) N.º 130	12,50
■ Acogida y solidaridad con el emigrante (Julio-Septiembre 2009) N.º 131	12,50
■ <i>Cáritas in veritate</i>: una propuesta humanista (Octubre-Diciembre 2009) N.º 132	12,50
■ Construir un nuevo modelo social: provocación y respuesta cristiana (Enero-Marzo 2010) N.º 133	12,60
■ La crisis, un desafío cultural y ético (Abril-Junio 2010) N.º 134	12,60
■ Celebrar desde la caridad el año europeo contra la pobreza y la exclusión social (Julio-Septiembre 2010) N.º 135	12,60
■ La crisis ecológica, un reto ético, cultural y social. XIX Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre-Diciembre 2010) N.º 136	12,60

■ Iglesia, colectivos vulnerables y justicia restaurativa. «Por una pastoral de justicia y libertad» (Enero-Junio 2011) N.º 137-38	18,00
■ Voluntariado y ciudadanía activa: la institucionalización de una utopía (Julio-Septiembre 2011) N.º 139	12,85
■ VII Congreso Hispano-Latinoamericano y del Caribe de Teología sobre la Caridad (Octubre-Diciembre 2011) N.º 140	12,85
■ ¿Qué propuestas de evangelización para la vida pública en España? (Enero-Marzo 2012) N.º 141	12,85
■ La familia: fuente y espacio de caridad (Abril-Junio 2012) N.º 142	12,85
■ «La Iglesia y los pobres» (1994) (Julio-Septiembre 2012) N.º 143	12,85
■ Los nuevos escenarios de la Iglesia en la evangelización de lo social (Octubre-Diciembre 2012) N.º 144	12,85
■ Jóvenes hoy. Cambio social, caridad y evangelización (Enero-Marzo 2013) N.º 145	13,30
■ Fe y Caridad (Abril-Junio 2013) N.º 146	13,30
■ Jornadas de Salamanca (Julio-Septiembre 2013) N.º 147	13,30
■ Rehabilitar la democracia (Octubre-Diciembre 2013) N.º 148	13,30
■ La exhortación apostólica <i>Evangelii gaudium</i> (Enero-Marzo 2014) N.º 149	13,30
■ Benedicto XVI: el Papa de la caridad (Abril-Junio 2014) N.º 150	13,30

■ Economías solidarias (Julio-Diciembre 2014) N.ºs 151-152	18,00
■ La alegría del Evangelio (Enero-Marzo 2015) N.º 153	13,30
■ Caridad en misión. Compartiendo la vida más allá de las fronteras (Abril-Junio 2015) N.º 154	13,30
■ Mística y Caridad. Tras los pasos de santa Teresa de Jesús (Julio- Septiembre 2015) N.º 155	13,30
■ Lógica económica y lucha contra la desigualdad (Octubre- Diciembre 2015) N.º 156	13,30
■ Misericordia. Aproximación teológica y pastoral (Enero-Marzo 2016) N.º 157	13,30



Boletín de suscripción anual a Corintios XIII

Datos personales:

D./D.^a/Entidad _____ n.º _____ piso _____ C.P. _____
Domicilio _____ n.º _____ piso _____ C.P. _____
Localidad _____ Provincia _____
Teléfono _____ E-mail _____ NIF/CIF _____

Precio de suscripción 2016: España 33,35 € Europa: 45,50 € América: 74 \$

Forma de pago:

Por domiciliación bancaria: Titular de la cuenta:

Código cuenta cliente:

País	Nº Control	Entidad	Oficina	D.C.	Nº de Cuenta Corriente
□	□	□	□	□	□
□	□	□	□	□	□
□	□	□	□	□	□
□	□	□	□	□	□
□	□	□	□	□	□
□	□	□	□	□	□
□	□	□	□	□	□

- Adjunto cheque
 Realizo transferencia a la cuenta de La Caixa
Número: 2100-2208-33-0200255098

Firma



Carítas Española, de acuerdo a la legalidad vigente, incorpora sus datos personales a nuestros ficheros garantizando su confidencialidad. Si lo desea puede acceder a ellos, rectificar o cancelarlos escribiendonos a Embajadores, 162. 28045 Madrid.



Ante la importancia significativa del gran acontecimiento del jubileo de la Misericordia, *Corintios XIII* quiere ofrecer a los lectores un comentario tanto de este evento como de la bula *Misericordiae vultus (MV)*, proclamada por el papa Francisco.

La revista aborda el tema desde diversas aproximaciones teológicas y pastorales. Junto a la aproximación bíblica al concepto y praxis de la misericordia en el Antiguo y Nuevo Testamento, se presenta una lectura desde la perspectiva catequética y de la práctica de la reconciliación. Completan este número artículos que ofrecen una reflexión desde el trabajo pastoral con personas presas y con migrantes.

Por último, la sección Testigos de la Caridad nos habla del Padre García Tejero y de Mercedes Trullás.

 **Caritas
Española**

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID
Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882
publicaciones@caritas.es
www.caritas.es

